



El Mayor Segrave preparándose para emprender el "raid" en que había de morir

El anhelo inextinguible é inextinguible de superar un «record» marcando con el propio nombre un punto más lejano logrado con máxima rapidez, ha producido otra tragedia: la muerte del Mayor Sir Henry Segrave, cuya audacia esta vez tenía la aureola romántica de que era á sí mismo á quien quería vencer. No lo logró; pero señaló con sangre, para que sea más difícil superarla, su «marca» anterior

DE LA VIDA QUE PASA EL PRECIO A QUE SE PAGAN LOS "GASTOS REPRODUCTIVOS"

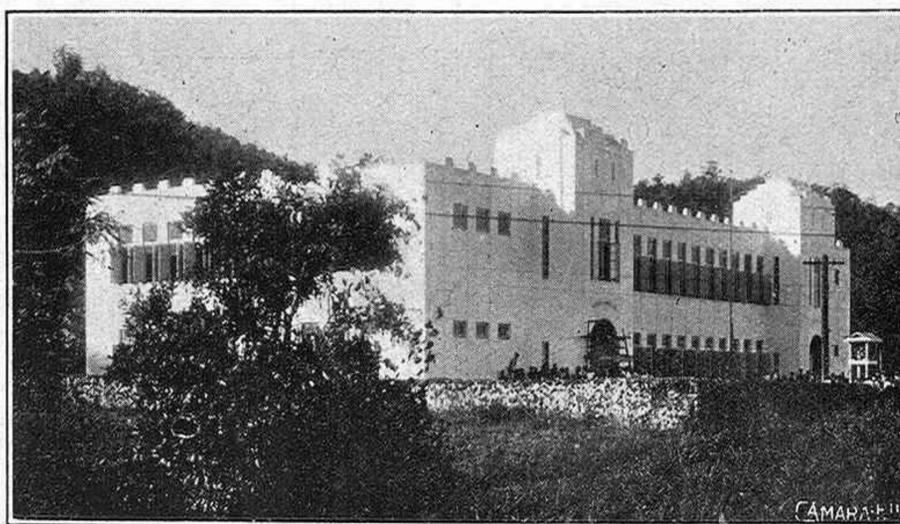
SENTIMENTALIDADES Y REALIDADES

FUÉ en esta página misma de LA ESFERA, y luego en *El Diluvio*, de Barcelona, y otras publicaciones provincianas, donde expuse yo, hace pocas semanas aún, la doliente miseria y el hambre torturadora que padecían en Puerto Rico millares de niños de los que forzados por la ley, con mayor rigor del que se suele usar entre nosotros, acudían á las escuelas de la que fué isla española. Y respondiendo á una iniciativa de *La Prensa*, de Nueva York, tendí yo mis manos limosneramente pidiendo á los niños españoles un cuponíquel para sus hermanos portorriqueños. Aparte donativos particulares que se enviaron, un grupo de exploradores barceloneses compuesto por los jóvenes Alfredo Bienzobas, Enrique Tomás, José Avenza, Jorge Buire, Diego Mora, Amadeo Fox, Alfredo Sivilla, Carlos Donnay y Pablo Salado, no sólo rompieron sus huchas y reunieron sus ahorros, sino que emprendieron la tarea de visitar personajes y personas y exponerles aquella tesis mía de que los deberes históricos de España en aquellas tierras que formaron un día el imperio hispánico no están terminados y liquidados aún. Y estos muchachos animosos, de delicada sentimentalidad, llegaron á reunir 778,75 pesetas para los niños hambrientos de Puerto Rico... La suma, heroica para reunida por un esfuerzo infantil, y gracias al auxilio de una Junta de Damas hispanoamericanas que existe en Barcelona, tiene, si no la importancia cuantitativa de la debida ofrenda de España, el valor de un símbolo. En la época romántica, cuando para adornar los artículos periodísticos era forzoso apelar á la fantasía del dibujante, del litógrafo ó del grabador en madera, hubiéramos podido componer una bella lámina en que aparecieran estos niños barceloneses entregando su óbolo á los niños portorriqueños famélicos, en demostración de que hace más por un pueblo la ternura de corazón y la cooperación efusiva que el fantástico arbitrio de los gobernantes que lo abruma, queriendo realizar una arrebatada obra de progreso, escudándose en la donosa doctrina de los gastos reproductivos.

SI EL SEÑOR MATOS, MINISTRO DE FOMENTO, QUISIERA LEER ESTAS LÍNEAS...

En Puerto Rico no tienen hambre solamente los niños que asisten forzosamente á las escuelas: tienen hambre millares de hombres y de mujeres; los campos se despueblan y las ciudades se llenan de mendigos. El propio gobernador yanqui, un Roosevelt, hijo de aquel otro infausto para nuestra memoria, ha ido personalmente á los Estados Unidos á clamar el dolor y la ruina de la posesión antillana.

¿Cómo aquella riqueza, aquella abundancia, aquel bienestar y prosperidad de la época de la dominación española se han trocado en miseria y hambre? El caso es ejemplar. El invasor yanqui, cuando nos arrebató la isla deliciosa, advirtió que España la conducía con un ritmo demasiado lento. No había suficientes escuelas, y las que había estaban instaladas en locales humildes; no había una red de carreteras que fuera como el sistema arterial de un organismo; los arroyos y los regatos esquivaban dar sus aguas á la tierra se-

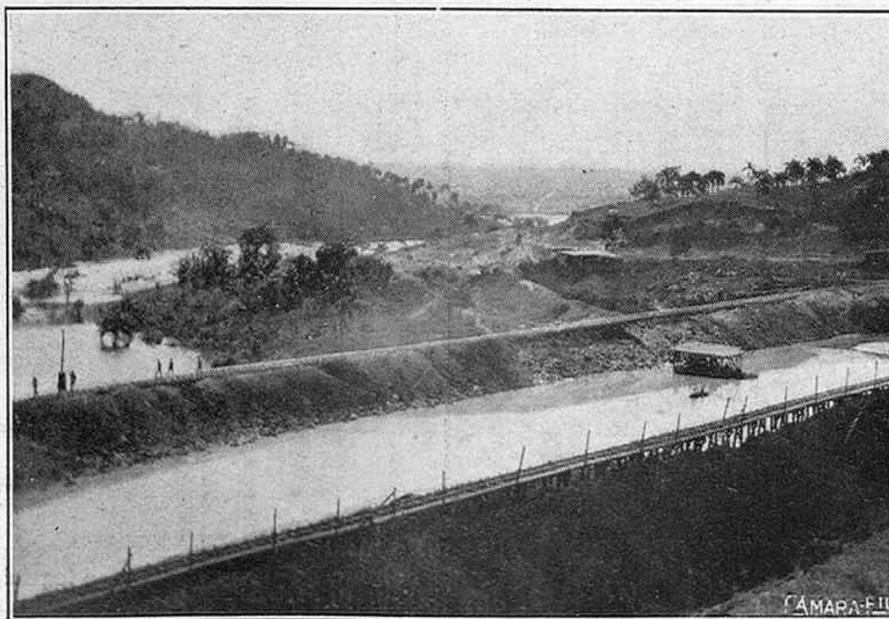


Puerto Rico.—Escuela pública de Manali. Tiene diez y seis salones ó clases, y costó 72.813 dólares

dienta y la conducían, dilapidadores, al Océano; las industrias clásicas funcionaban con los mismos artilugios mecánicos con que las fundaron los primitivos colonizadores; ni un kilómetro de rail y apenas unos cuantos de hilos telegráficos... ¿Y quería España seguir siendo la dueña de aquel encantado paraíso...?

Hicieron irrupción en Puerto Rico unas legiones de ingenieros, arquitectos, sobrestantes, agrónomos, maestros de escuela, mecánicos, financieros y funcionarios. El presupuesto español era una ruindad. Se le hizo de nuevo enteramente; se arbitraron fondos, y en breves años la isla quedó como nueva. El triunfo de este osado golpe de civilización se proclamó, repartiendo por toda América unos mapas dobles en que aparecían frente á frente el Puerto Rico español y el Puerto Rico yanqui. Allí apenas había otras líneas que las del contorno costero; se ofrecían á la vista los pueblos aislados; en el gráfico correspondiente á bibliotecas, el Puerto Rico español aparecía totalmente en blanco, totalmente inexistente. Los gráficos yanquis, en cambio, eran un enredado de rayas negras, que representaban carreteras; de rayas punteadas, que eran ferrocarriles; de rayas rojas, que eran telégrafos y teléfonos; de rayas azules, que eran embalses y canales de irrigación; de circulitos y cuadraditos y estrellitas y burujitos, que eran escuelas, sanatorios, repoblaciones forestales...

¿Qué riqueza creada, que cantidad de millones de dólares puesta en circulación, pasando de mano en mano entre los proveedores de materiales, los transportadores, los ingenieros, los obr-



Puerto Rico.—Una de las obras hidráulicas realizadas por «Inigahon-Service»

ros, los industriales, los comerciantes y los funcionarios!... En alas de este progreso invasor, entraron en la isla numerosas resmas de papel impreso, que recordados en trocitos, en forma de moneda fiduciaria, ponían la riqueza y el goce al alcance de todos los ciudadanos. Y con resmas de papel impreso también llegaron osados financieros y compraron las parcelas de tierra sembradas de caña que poseían los humildes... Luego, cuando un día estuvieron terminados los suntuosos palacios edificados para escuelas, y las carreteras numerosas, y los canales y acequias, y las bibliotecas bien provistas, y las redes alámbricas, se encontró el pueblo con que todo el dinero que se había invertido á raudales, locamente, contando por millones, enriqueciendo á los constructores, lo tenía que pagar mon-

eda á moneda, en forma de tributos agobiadores. Y tras unos años de titánico esfuerzo, helo ahí rendido á la miseria, incapaz de soportar y liquidar la carga financiera que lo abruma. Y aquellos mapas en que nuestros buenos amigos, los señores yanquis, nos inferían el injusto agravio de comparar, sin compensación de la diferencia de tiempo, el Puerto Rico de 1898, que nos arrebataron, con el Puerto Rico de 1928, debieron completarse con las dos figuras del colono español, dueño de su campo de caña y su bohío, bien alimentado y feliz, y el obrero de la época actual, sin un palmo de tierra en que alzar su cabaña, obligado á cultivar la tierra por un jornal, no tasado á la manera yanqui en el interior de los Estados Unidos, sino á la manera colonial, y obligado también á devolver la misera soldada en forma de tributos ó en forma de encarecimiento excesivo de los pocos productos que puede adquirir para sustentar su vida y cubrir su desnudez.

EL ENGAÑO DE LOS LLAMADOS «GASTOS REPRODUCTIVOS»

Ya lo ve nuestro ministro de Fomento: se ha evocado el ejemplo de Puerto Rico también en la Comisión de la Cámara francesa, ante la que Tardieu expuso un plan llamado de reconstrucción nacional. El progreso tiene también su precio. Llegar al límite de capacidad y posibilidad con que cada pueblo puede comprarlo es la fórmula prudente. Excederla es arrastrar los pueblos á un mañana de ruina y de hambre. Hasta aquí no se ha demostrado sino que las grandes obras que se realizan con dinero de empréstitos enriquecen á los que las construyen, á los ingenieros que las dirigen, á los Bancos que hacen las emisiones, á los productores que venden sus materiales, á los industriales que negocian mientras dura el período de la construcción. He aquí el caso evidente de Puerto Rico: todas las ciencias modernas, desde la ingeniería á la eléctrica, desde la agronomía á la pedagógica, han hecho allí cuanto pudieron imaginar. La producción ha alcanzado las formas más perfectas de la industrialización... Y he aquí que en Puerto Rico los campos y las ciudades se despueblan, y los niños—según testimonio del gobernador yanqui—, convertidos en espectros, en esqueletos inconcebiblemente animados, llegan á los palacios suntuosos donde están instaladas las escuelas, llorando de hambre...

DIONISIO PEREZ

SEMANA TEATRAL

«LO MEJOR DE MADRID» * «LAS GUAPAS»

CUANDO los teatros tienen perfectamente definido su género y se atienen á esa definición al confeccionar sus carteles, tienen ya, por ese hecho, una condición esencial que bien podremos denominar virtud: la sinceridad. Siendo fieles á sí mismos no engañan á nadie, y nadie puede llamarse á engaño cuando á su género se atienen.

Pedir á la Comedia obras del tipo de *El nido ajeno*, *Gente conocida*, *Las flores* ó *Las vírgenes locas*, es empeñarse en parar el Sol para que no corra el tiempo, ni las gentes cambien de opinión.

Hace algunos años, bastantes años, ése era el repertorio de la Comedia, y á la Comedia iba el público que quería ver esas obras, que, además, tenían en aquel teatro intérpretes apropiados.

Ahora no ocurre lo mismo: el público del teatro de Tirso Escudero tiene una sola aspiración: pasar el rato lo más alegremente, y es lógico que el empresario procure satisfacer ese deseo y sirva á los gustos del público; por mi parte, he dicho muchas veces, y sigo creyendo, que á los empresarios que van al teatro para ganar dinero y no para salvar el arte, no puede pedir-seles otra cosa, so pena de cometer una injusticia.

El de la Comedia, además, adoptado ese criterio, adapta á él todos los elementos necesarios para desarrollarle bien: forma una Compañía adecuada, con actores de indiscutible fuerza cómica, como Zorrilla y Ortas, y al elegir obras para que esos actores las interpreten no las pide tampoco más que el máximo poder hilarante.

Tal vez sería preferible que, dentro del género, los autores diesen á los cómicos, muy capaces de llegar á muy superiores alturas, ocasión de hacer algo más que tipos del pueblo bajo, movidos en escenas de escasa elevación también.

En la obra estrenada ahora, original de los señores Carreño y Sevilla, y que lleva por título, *Lo mejor de Madrid*, Ortas tiene un papel de



CARMEN DIAZ

Ilustre actriz, que ha celebrado en el Teatro Lara su beneficio, realizando una brillante campaña artística

condición social más elevada; pero su deficiencia mental, por un lado, y el continuo trato con gentes de inferior categoría hace que la elevación sea más aparente que real.

¿Es que no hay elementos cómicos en ambientes distintos del que explotaron los autores de libretos para el género chico, ó es que aquellos libretos tuvieron tal fuerza que no hay modo de romper el molde?

Probablemente será lo segundo; pero sea cual fuere la causa, el efecto es lamentable.

Hubo un período en que los autores cómicos no encontraban gracia más que á la clase media.

Esa monotonía fué causa de la muerte del «jugete cómico», que aburrió á las gentes abusando del tema, y ese peligro es el que ahora amenaza á la comedia asainetada.

Pero, si ello ha de ser, que sea como ahora en la Comedia, con una obra que entretiene sin ofender, y cómicos que la hagan aún más graciosa.

Algo semejante puede decirse de Eslava. Para gentes de una moral excesivamente estrecha y que, además, toman demasiado en serio los excesillos que en él se cometen, el repertorio del teatro del Pasadizo de San Ginés no es admirable; pero, naturalmente, el público del pasadizo no es el mismo de la parroquia, y el que va á Eslava, ya sabe á lo que se expone, si esas obrillas ligeras en que se cultivan las gracias de la forma—en toda su amplitud y no meramente de la literatura—son expuestas para quien va á verlas suficientemente insensible, para que esas gracias no le impresionen excesivamente.

El inconveniente de esa repetición constante del mismo género, con los mismos motivos, poco más ó menos, y con las mismas figuras, que generalmente son los verdaderos motivos que en presencia de una obra, en noche de estreno, nos hacen pensar si efectivamente aquella obra la están estrenando ó la estrenaron hace quince días, ó es la que estrenarán dentro de tres semanas.

Un aficionado á la geometría tendría que estudiar las mismas curvas en todas las obras de una temporada, y aun de varias temporadas consecutivas. Todas siguen la misma trayectoria y presentan los mismos panoramas. Algo suele variar el tema, secundario siempre, del libro y la forma literaria; pero como aun esas variaciones son mínimas y no es á buscar trozos para una antología á lo que suele irse á Eslava, tanto monta.

Lo esencial, en un estreno de Eslava, es saber que los intérpretes son los mismos ó, dicho sea sin ofensa para nadie y dando mayor importancia á lo que lo tiene, las mismas.

Las guapas, de Eslava, son las mismas guapas de siempre, un poco más guapas quizás cada vez; y como, en definitiva, de eso se trata, las guapas siguen gustando á los señores, y cada éxito es también recuerdo exacto del anterior y protección exactísima del inmediatamente venidero.

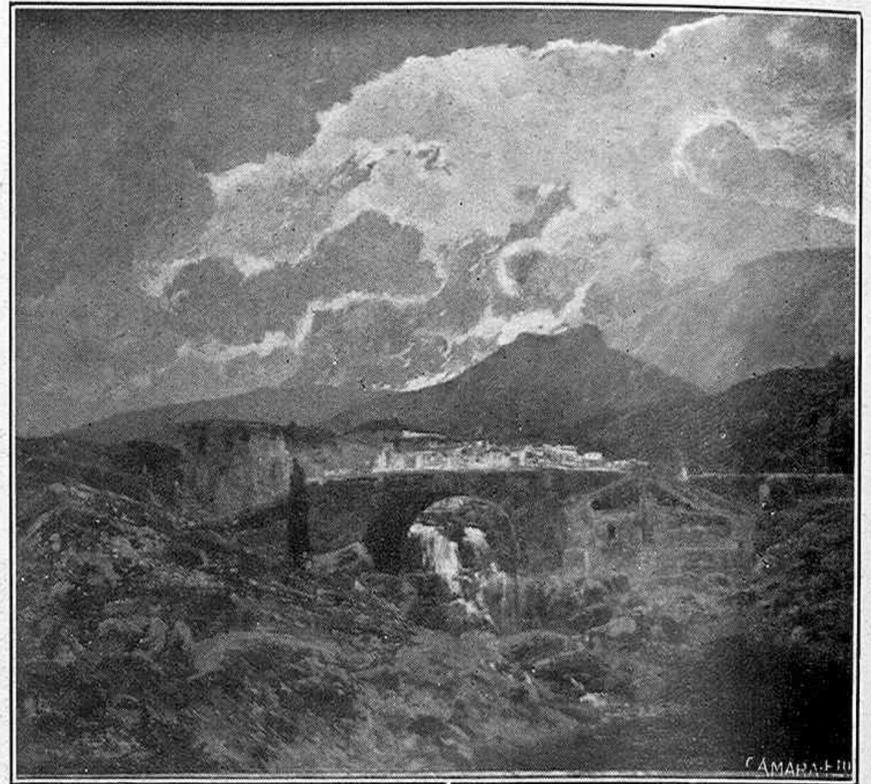
ALEJANDRO MIQUIS

LA ACTUALIDAD ARTISTICA

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



«Prisionera», cuadro de Caulino Jáuregui



«Paisaje», por Juan Espina

LA PINTURA

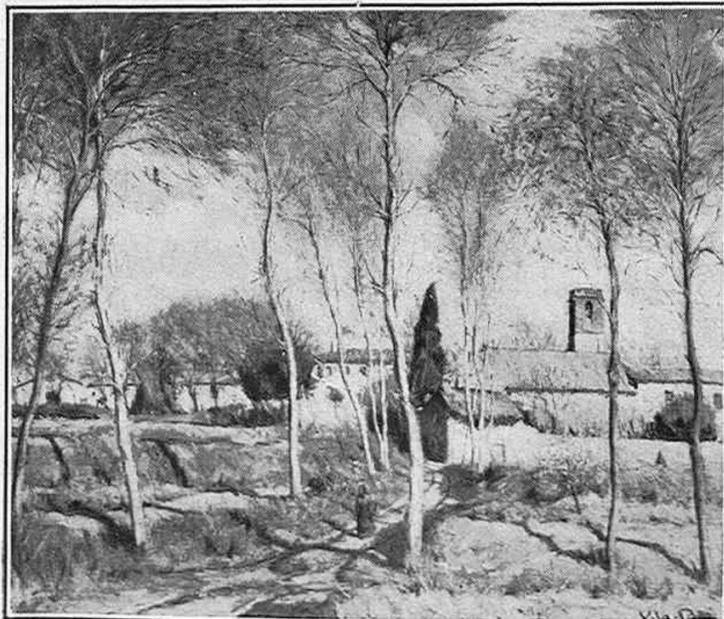
III

DESPUÉS DEL FALLO

MUCHO antes de darla á la publicidad y de tomar la lista de recompensas estado oficial, era sabida y propalada, con demasiados lujos de detalles, por los corros, mentideros—que no lo eran mucho—y círculos artísticos, lo que ya decía mucho en disfavor de quienes han juzgado, que no han sabido ó no han querido guardar esa educada y ele-



«Campesinas gallegas», cuadro de Juan Luis

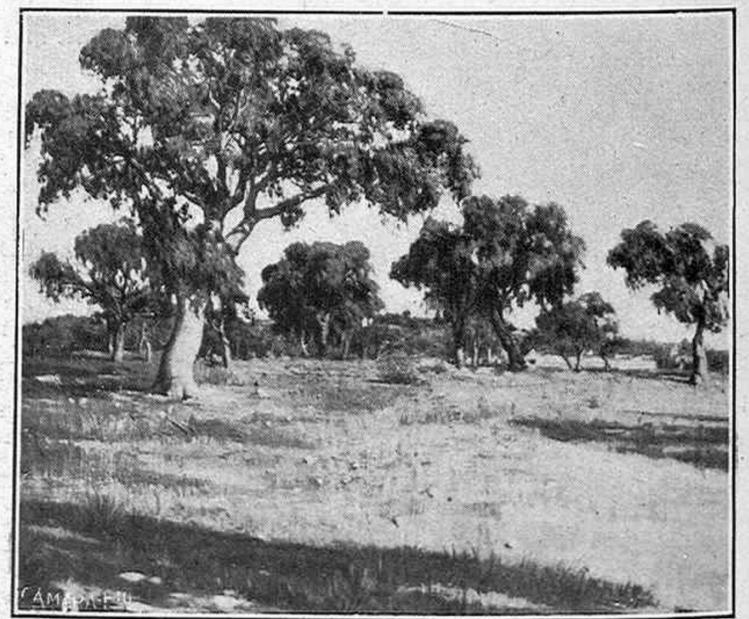


«Pueblo del Vallés», por Vila Puig

mental discreción á que estaban obligados.

Acaso por ello, cuando fué conocido el acuerdo insólito é injusto, se produjo, desde luego, un estado de opinión desfavorable y generalizado, pero menos violento de lo que era de esperar y de lo que suele acontecer otras veces por mucho menos motivo.

Ha de sorprender necesariamente á quien visite esta Exposición—y cuantas más veces la visite y mayor sea el detenimiento se sorprenderá más—que hayan quedado desiertas varias medallas, cuando mejor era suponer al Jurado en



«El encinar», por Bernardino de Pantorba

aprieto duro y arduas discusiones por encontrarse con pocas recompensas que otorgar ante un número crecido de artistas que por igual las merecían.

Más lógico fuera imaginar á los miembros del Jurado metidos en la noble tarea de buscar ampliación de medallas, que preocupados por ceteras inadecuadas y tan dispuestos á esa incongruente tacañería.

Posiblemente es ésta la vez primera que un Jurado de pintores deja de otorgar en una Exposición Nacional cinco ó seis medallas,



«Luz y Elena», por León Astruc

y precisamente en el certamen que ofrece un conjunto más igual y un tono artístico más sostenido y armónico.

No se comprende poco ni mucho esta inédita escrupulosidad y tantos remilgos en conceder las medallas primeras y segundas; no se comprende, porque ni ha justificado el Jurado hasta el final su actitud, ni en los premios concedidos resplandece esa rectitud de propósitos que el fallo parece indicar.

Suponer que en la actual Exposición sólo hay un artista que merezca primera medalla, y que este artista sea precisamente el señor Gómez Alarcón, y además por su cuadro *Borja*, es carecer á todas luces de ponderado sentido crítico. No hay razón para otorgar una primera medalla al señor Gómez Alarcón y no concedérsela á otros artistas más meritísimos y acaso de más importante carrera artística. Como ese cuadro se pueden señalar en la Exposición otros seis ú ocho. Y otros seis ú ocho, mejores aún que él...

No hay razón tampoco para dejar algunas segundas medallas sin otorgar, y dar las terceras, como las han dado, sin atención y cuidado, sin criterio estético ni tendencia determinada. Algo así como si las hubiesen tirado á voleo...

¡Con cuánta razón y perspicacia el ministro de Instrucción Pública, antes de recibir la propuesta del Jurado, exclamó: «En estas Exposiciones, lo más interesante es que haya compradores de cuadros. Lo de menos son los premios y á quienes se adjudican. Yo, en estos asuntos, he intervenido muchas veces, y á mi parecer, muchos de los principales premios concedidos han sido inmerecidamente!»...

Digno colofón autorizado de la propuesta de este año. Y en verdad, que de otros años también...

Nutrida, variada, diversa es la Sección de Pintura, la más ecoica de todas las tendencias y la más representativa en ese aspecto del arte hispánico, tan extraordinario y tan diferente, tan plural y tan colmado de racialidad.

EL PAISAJE

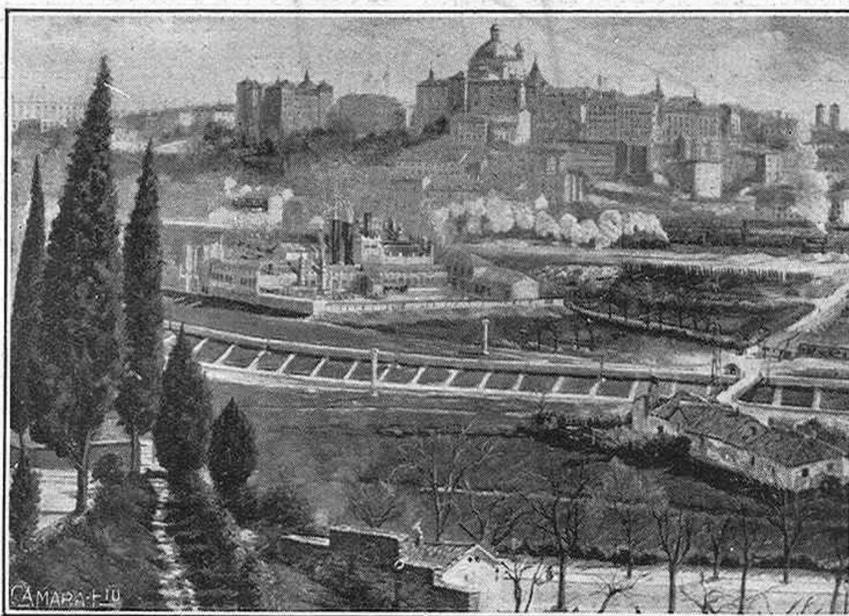
En el paisaje, que es precisamente donde vemos más virtualidad estética, por cuanto se ofrece á nuestra mirada ávida y curiosa, se destacan unos cuantos maestros que no se desdican nada de su obra anterior y acrecentan su legítima nombradía. No nos es posible detallar ahora con el mismo minuciosismo que hemos contemplado toda la serie de obras que merecen atención y elogio. Así, apenas hemos de transmitir algunas notas mentales y marginales de nuestro manoseado catálogo.

Joaquín Mir—al cabo recompensado con el máximo galardón, la medalla de Honor, por una nutrida votación con mayoría copiosísima—presenta tres cuadros. Tres cuadros que, dentro de sus maestras peculiaridades, ofrecen tres ma-

neras interpretativas. *Pueblo sobre el Ebro* es una visión realista y sutil de un panorama dotado de grandeza wagneriana y de encanto poético. *Fantasia del Ebro* es una ideal visión del natural, un poema de armonías gratísimas, una dorada visión de poeta. *Noviembre*, en cambio, es una veraz interpretación del paisaje, donde el glorioso pintor muestra su fina sensibilidad y su maestría ejemplar.

Santiago Rusiñol, cada vez más apegado á su estilo y á sus temas dialectos, ofrece otros tres

cuadros, en los que su factura pictórica inconfundible y personal aparece íntegra en sus características sostenidas á lo largo de toda su obra: *Jardín*, con sus verdes monótonos, sus

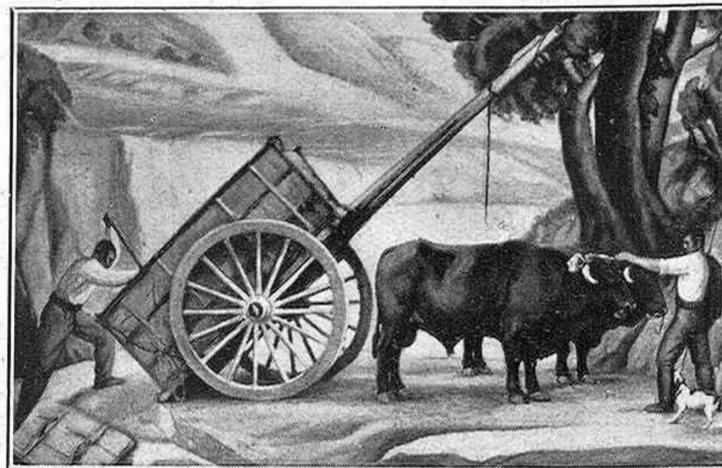


«Vista de Madrid», por José Manaut Viglietti

umbrías de traza arquitectónicas; *Surtidor*, henchido de melancolía apasionada; *Claustro*, rincón romántico. Los tres dotados de esas mismas cualidades técnicas que han aupado su fi-



«Jorge el Cachorrero», por Daniel Vázquez Díaz



«Acarreo», cuadro de R. Aguado Arnal

gura con tanta fuerza sobre el arte español. El paisaje de Juan Espina sorprende por el ímpetu moceril con que está compuesto y concebido, tanto como por su resultado. Acorde, vibrante y sostenido de un pintor de extraordinarias facultades, que tiene aún una mano firme y segura y una mirada sagaz.

También Enrique Galwey García señala una vez más su temperamento aún mozo, dotado de un brío insospechado, y sus cualidades de pintor acertado en la elección de motivos bellísimos, con sus lienzos claros y luminosos: *Ultimo beso del sol*, *La laguna de la Tatinia*, *Tarde dorada en Vallde-mosa*.

¡Qué entrañablemente galaico este lienzo de Llorens, *El cobertizo*, tan íntegro en racialidad, tan sentido y profundo!

Cuando parecía difícil de superarse, Ricardo Verdugo Landi da muestras mejores de sus condiciones maestras en dos lienzos de atrevida concepción y de logro eficaz. *Galerna* y *El inválido*. Dos notas diferentes, pero acuciadas del mismo buen sentido y dotadas de esa apasionada comprensión del mar y de los puertos que tiene en todas sus obras.

Juan Angel Gómez Alarcón, en *Los primeros almendros* y en *Borja*, dos cuadros finos de color, dos cuadros de amable tonalidad, que aseguran su condición de buen pintor, nos hace recordar otras obras anteriores mejor logradas todavía.

Vila Puig no se desdice esta vez en *Santiga* y *Pueblo del Vallés* de su arte tan henchido de catalanía, tan admirable y á un tiempo dulce y vigoroso. Son dos trozos de paisaje que no se olvidan y que consienten el cotejo con otros igualmente notables: *Olot*, de Mayol, y *Puerto de Barcelona*; *Palamós*, de Ivo Pascual; *La caravana*, de Guinart; *Paisaje*, de Mercadé; *Sol al fondo*, de Francisco Llop.

Dentro de una nueva técnica y de una visión moderna y decorativa, se recuerdan: *Regatas*, de Gerardo de Alvear; el *Paisaje con animales*, de Pérez Rubio, uno de los pintores más interesantes y nuevos, más inquieto y más codicioso de actualidad que tenemos; *Cuesta arriba*, de José Frau, que exhibe, además, otro lienzo notable en la Exposición, y en los que aún mejora sus condiciones de paisajista, tan reiteradamente manifestadas, y su temperamento ya formado.

«Bernardino de Pantorba», al cabo, ha visto en parte premiada su fecunda labor con una tercera medalla, no otorgada por favor, sí en justicia, á su obra *Aprendiz de río*, que compendia su arte de paisajista vigoroso. Un excelente paisajista de clara visión y de bien probadas facultades.

Igual Ruiz evoca con el mismo ímpetu, con la misma cordial comprensión y veracidad, las fuertes lumbradas mallorquinas en su *Montes de oro*, que las tierras granadinas. *Guejar* es un paisaje pintado con esa unción optimista y ese grato regusto que caracteriza al joven pintor va-



«Retrato», por Almela Costa

lenciano. Y, además, se deben mencionar: Luis Gil de Vicario, que nos trae una pintoresca y abigarrada visión gallega en su lienzo *Tarde de calma en Berbés*, donde ha plasmado con igual veracidad que acierto una escena de la vida portuaria; *El muerto*, de Ramón Pulido; *Mallorca*, de Simonet; *Azul*, de José Guiteras; los dos lienzos de Seijo Rubio; *Pinares de Sierra Espuña*, de Almela Costa; los paisajes de Cristóbal Ruiz, tan personales, tan entrañablemente sentidos. *Un canal* (Brujas), de Manaut, y *Otoño*, de Mariano Sancho, deben señalarse y distinguirse de los demás.

EL CUADRO DE GÉNERO

Eugenio Hermoso ha creído oportuno traer, junto a sus figuras femeninas recientemente pintadas, un lienzo acabado hace cinco lustros. No desdice, ciertamente, esta *Fiesta infantil*, tan sugestiva y encantadora, de su obra última. En una y otras se advierte ese encanto pleno de gracia, esa amorosidad limpia y esa ternura infinita de siempre para los temas femeninos, que son tan apasionadamente interpretados por este pintor extraordinario.

Y, como antítesis de esta pintura clara y bella de Hermoso, de temas que tienen fragancias mujeriles y encantos de niñez feliz e ingenua, la obra áspera y violenta de Solana. La pintura agresiva y expresiva; los temas sombríos y de pesadilla; la obsesión de Solana por la carne pecadora, mísera y astrosa, por el dolor, por la muerte... Cuanto es Gutiérrez Solana, cuanto significa y representa, cuanto supone en el arte español, se ofrece en los tres grandes lienzos que ha enviado, donde resplandecen todas las excelentes cualidades de su pintura y sus características. Es la única obra que hoy se discute con encono y se defiende con fervor. Arte que apasiona. ¡Ahí es nada!...

José Aguiar en *Pais del Sur*, mejor que en *La alfombra de flores*, de un gran sentido decorativo, se afirma en su legítima nombradía recién lograda. ¡Qué realismo tan ponderado el de sus desnudos! Su arte vigoroso, pleno, clásico y nuevo a un tiempo, aparece dotado de toda su virtualidad estética en *Pais del Sur*, armonizado y compuesto con acierto extraordinario. Su paleta luminosa, rica en matices, canta pictóricamente en *La alfombra de flores*, que

parece concebido para ser pintado «al fresco». Juan Luis se nos aparece totalmente renovado en sus soberbios lienzos *Campesinas gallegas* e *Interior de iglesia*. Ya no es aquel Juan Luis de *Florisel* y *Ojelia aldeana*, de sabor italianizante y de trazas góticas o flamencas. Ahora dejó su apasionado misticismo, se evadió de aquellos temas que tanto le definían, y sorprende con unos lienzos grandes, claros, a las veces luminosos, donde su buen arte de pintor, su condición de dibujante y su paleta remozada, jugosa y rica, al cabo coetánea de las inquietudes modernas de su época, sorprenden y cautivan.

Rigoberto Soler, en *Pescadores del mar de Ibiza* y *Después del baño*, demuestra que si es un buen paisajista no se le resiste tampoco la figura. Su luminosidad clara y transparente, su destreza en la composición, su habilidad técnica, hacen que gustosamente, deleitosamente, se recree uno en la contemplación de sus obras.

Un solo cuadro de Laureano Barrán, *Salida del baño*, es suficiente para acreditarle de buen pintor, digno de todas sus recompensas anteriores.

¿Por qué no se habrá premiado este bello cuadro de Mariano Sancho, *Estío*, tan saturado de gracia gitana, tan felizmente pensado y tan conseguido? Lienzo fraterno de aquel otro, *Coralito*, en el que, como en éste, ritmos y armonías cromáticas tenían dejos de canción gitana, melancolía y sabor castizo.

Vuelta de la escarda, de Juan Rodríguez Galdón, decorativo y bello, ordenado con soltura y gracia, es un cuadro que basta para acreditar un pintor. Se advierte de una vez las condiciones y cualidades de su autor, que es de los que no pueden pasar inadvertidos.

Pero no son estos solos los nombres que reclaman la atención y tienen derecho a un mayor comentario del que puede otorgárseles. Así Guido Caprotti, más acertado en *Reposo* que en *Mi familia*, de rancio sabor; Soria Aedo, que, como Pedro Antonio, no se desdican nunca de su magnífica obra anterior, ni olvidaron las buenas lecciones de su maestro, López Mezquita; Covarsi, que ha dejado sus eternos temas de montería y nos presenta esta vez *La leyenda del castillo*, acaso demasiado espectacular, pero bien compuesto y diestramente pintado; Váz-



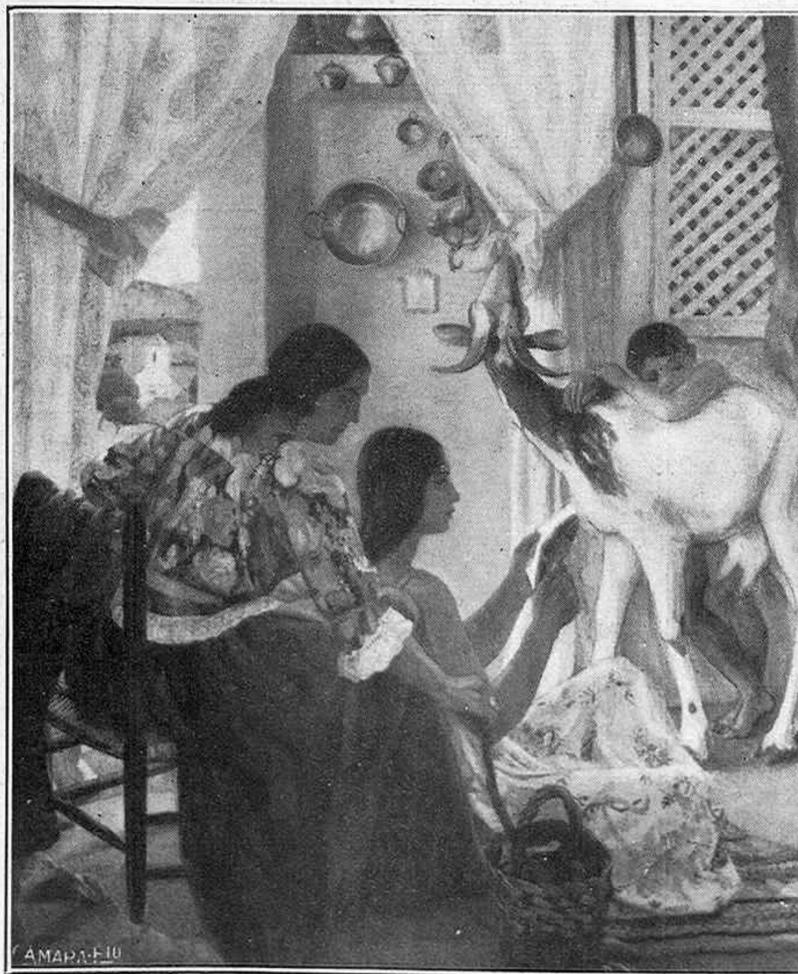
«Retrato», por Hipólito Hidalgo de Caviedes

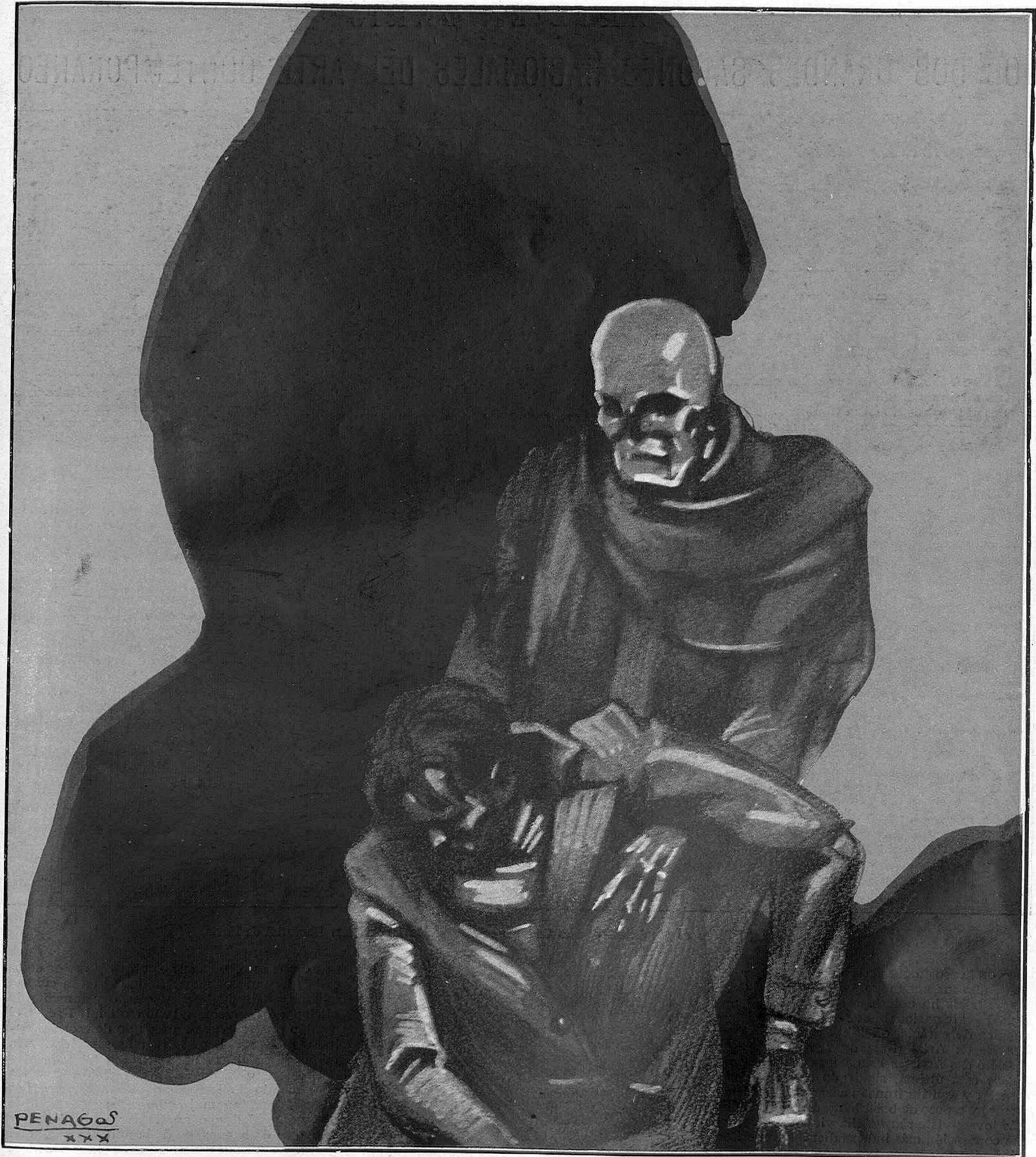
quez-Díaz, que tanto en el retrato de su madre como en *Jorge el Cachorro* atestigua su fina sensibilidad y su energía constructivista de gran pintor y dibujante; Nicolás Soria, que legitima sus triunfos anteriores; María Luisa Pérez Herrero, cada vez más segura de sí y de los temas que acomete; Aguado Arnal; Juan Cardona Raurich, tan excelente maestro como siempre; Labrada, y también Joaquín Valverde, que en *El molino* resuelve con fortuna un tema de composición no fácil; Pedro Casas Abarca, que nos muestra su pintura sonriente, tanto en *Intimidad* como en *El despertar de Manón*, cuyas obras parecen como una contribución del arte pictórico a las fiestas del centenario del Romanticismo: dos lienzos cuidados, plenos de encanto y sugerencias amables; Marisa Roesset, que con *Lola la gitana* señala una personalidad que empieza claramente a definirse; Luis Berdejo, de acordes finos, de suaves entonaciones felicísimas; Arturo Souto, pintor de sensibilidad moderna, de espíritu sutil, encarnado con tipos de su Galicia nativa, fervorosamente comprendidos e interpretados; Enrique Climent, que en el retrato del doctor Blanco Soler muestra una vez más su temperamento original; Romero Barrero, cada vez más seguro de su arte y más fino de color.

Las notas del catálogo parecen interminables, y aun recordamos unos nombres a los que gustosamente dedicaríamos un comentario que no nos es posible hoy, aunque lo merezcan tanto como Agustín Segura, tan excelente tratista; Eugenia Mesa de Navarro, pintora de buenas condiciones y vigorosas facultades; Fermín González Prieto, Navarro Ramón, Ricardo Aguerre, Fernando del Pilar, María de los A. López Roberts, Joaquín Vaqueiro, Sancha, Bagaría, Novella, y... tantos otros como forzosamente se han de olvidar en esta enorme zarabanda de nombres y cuadros, a cuya sugestión no es posible substraerse y cuya sola lista ocuparía muchas páginas de LA ESFERA.

Por ello, cada vez es más difícil y peliaguda la misión humilde del comentarista, que teniendo para todos igual fervor y el mismo respeto, se ve en la imposibilidad ahora de otorgar a cada uno toda la importancia y el espacio que se merecen...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

«Estío», por Mariano Sancho
(Fots. Cortés, Zanagas y Moreno)



D E S D O B L A M I E N T O

En el sueño interrumpido
y mientras me recobraba,
vi con un sexto sentido
mi vida que se alejaba.
Era una sombra angustiada,
desfalleciente, morosa...

¿Iba hacia á la nada? ¡Si!
Y fué tan fino el momento,
que dudó mi pensamiento
si por la sombra ó por mí.

Angel LAZARO

(Dibujo de Penagos)

EL ARTE EN PARÍS

LOS DOS GRANDES SALONES NACIONALES DEL ARTE CONTEMPORANEO

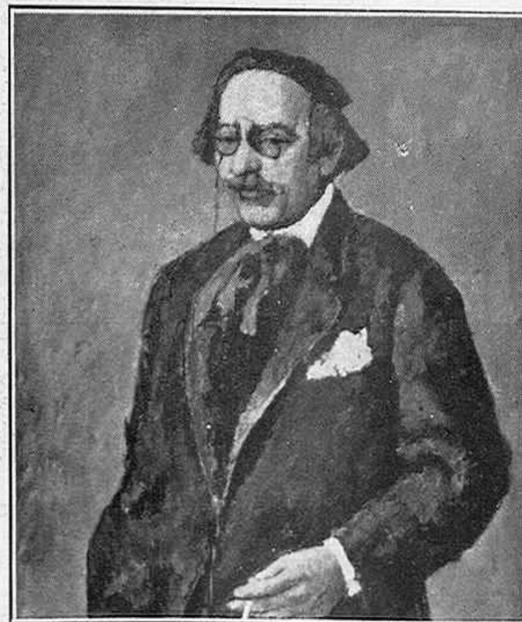


«La partida», cuadro original de Eugenio Cadel, expuesto en la Exposición Nacional de París

CON la acostumbrada pompa oficial, y este año con una mayor expectación, el Grand Palais ha abierto sus puertas «del prestigio del arte nacional», con las dos Exposiciones anuales de carácter oficial: «Société Nationale Les Beaux Arts» (llamada *la Nacional*) y la «Société des Artistes Français» conocida por *el Salón*; esta última, siguiendo su tradición de carácter y espíritu francés: casaca de Academia, mesura y reposo de buen burgués. La segunda es más joven; viste *chaquet*, ha viajado más, tiene una concepción más independiente y un criterio más universal; acaso por estas condiciones, su calidad artística es más selecta y auténtica.

El *Salón* ofrece este año el atractivo de exponer una serie de obras de carácter retrospectivo; obras de artistas que figuraron en los primeros años de la vida de esa ya vieja Sociedad: Charles Lamy, Servandony, J. M. Nattier, F. Boucher, Chardin, J. B. Banloo, etc., etc. Obras recibidas en su época con general aplauso y como ejemplos geniales del arte nacional, á excepción de Diderot (1759), que supo colocar el valor de ellas con el mérito que hoy ocupan.

Los dos Salones de este año son de una mayor selección; parece ser que el Jurado ha procedido con una más seria conducta en la admisión, y,



Retrato del poeta Godoy, original de Tristán Klingsor, expuesto en el Salón Nacional

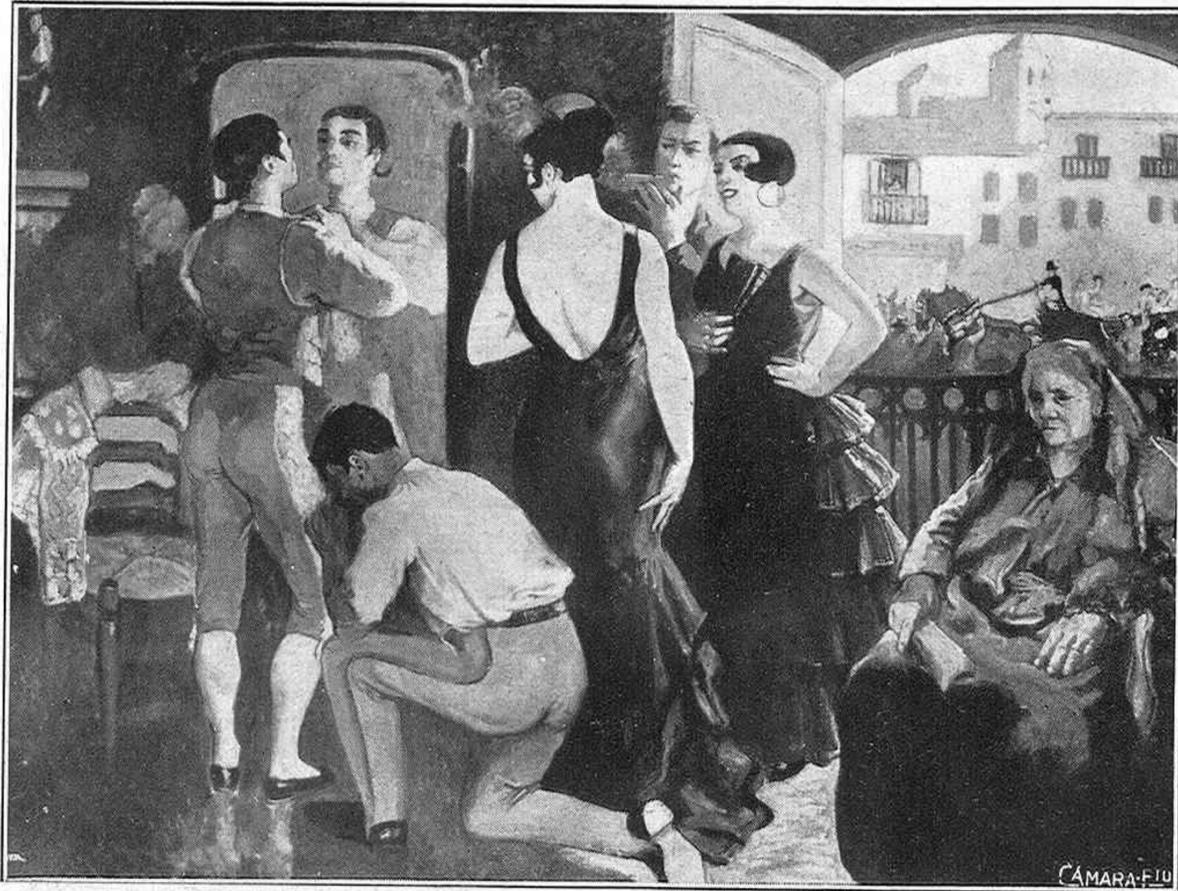
acaso por esto, hay menos obras y mejor colocadas; hay menos morralla de esa en la cual se adivina al discípulo y al eterno y lamentable aficionado de recomendación oficial. Ese es el camino para salvar el prestigio de esos dos Salones; pero aún hace falta más severidad en la admisión de obras.

El aspecto, calidad é imaginación artística sigue siendo el mismo de los años anteriores. Los rusos siguen tan mal como antes; alardean de una genialidad que no tienen; nada dicen de nuevo ni de bueno; son de la audacia y del mal gusto. Lo mismo ocurre con los checoslovacos y poloneses. Los ingleses se distinguen, como siempre, con una mayor personalidad, distinción y tradición; no obstante su modernidad, ellos conservan siempre un equilibrio y concepto formal del arte dignos de un caluroso aplauso.

Los franceses han corregido mucho su anterior concepto del arte; estos artistas pertenecientes á *la Nacional* y al *Salón* van dejando de ser *pintores oficiales*, *pompieri*, como dicen los de *avant-garde*. Los dos Salones ofrecen este año un más depurado gusto y, por tanto, una mayor distancia del espíritu banal de mala academia y de mercantilismo. No se puede asegurar qué resultará de esta mejoría en la calidad de estos

Salones y la mejoría que se advierte en los buenos y auténticos artistas de *avanzada*; pero es indudable que, por el momento, lo que sí se ha conseguido es emplazar a cada aspecto y tendencia en su lugar; el público ya empieza a comprender y a tranquilizarse de su aturdimiento; ahora lo importante es ver cuáles serán los que lleguen a vencer y a imponer sus obras. Lo que sí se puede asegurar es que lo mismo los unos que los otros adolecen de base sólida y de bello equilibrio; la decadencia del arte actual no obedece a falta de inteligencia, sino al carácter social de nuestra vida; de ahí esa falta de sentimiento profundo y puro amor por el arte, y de ahí la actual pretensión de querer hacer arte solamente por el instinto, pero de un instinto no de pureza, no de inocencia, sino de grito salvaje contra todo lo conocido y consagrado; y es por eso el resultado de esos miles y miles de pintores rusos, poloneses, checoslovacos, chinos, norteamericanos y negros, que dejaron de ser peluqueros, zapateros, camareros de café, criados de casas aristócratas de anteriores monarquías, que se han refugiado en el ambiente de París con su *arte de instinto*; entre todos esos miles hay media docena que son profesionales, y a excepción de ellos, los demás son de un mal gusto inadmisibles; si el *pompierismo* es de una banalidad cursi que produce hastío y pena, el resultado pictórico de esos *vanguardistas* produce náuseas; los primeros son la ñoñez, que es contraria al arte, pero los otros son la roña y la depravación contra todo sentimiento del bien y de la belleza. Y es por esto que podemos ver con simpatía que *el Salón y la Nacional*, unidos, por un lado (carácter oficial), y por otro el *Salón de Otoño* y el *Salón des Tuileries* (de carácter libre y universal), seleccionen y busquen el camino del arte con su nobleza y elevado concepto que tuvo en sus buenas épocas.

La España vista por los extranjeros se presenta todos los años; rara vez con éxito, no de público, sino de haberla llegado a comprender. Este año la han interpretado los artistas que el año pasado visitaron nuestro país: griegos, algún italiano y franceses. De todos ellos, los que han presentado una más justa interpretación han sido los pintores franceses Eugenio Cadelé y Ives Brayer. El señor Cadelé, artista de cierto renombre por su atractiva personalidad, es un fiel enamorado de los asuntos de España; todos los años él presenta motivos típicos que en sus viajes por Castilla estudió con detenimiento e inteligencia; su técnica es de un efecto luminoso y sus



«En casa del matador», cuadro original de Ives Brayer, expuesto en el Salón Nacional

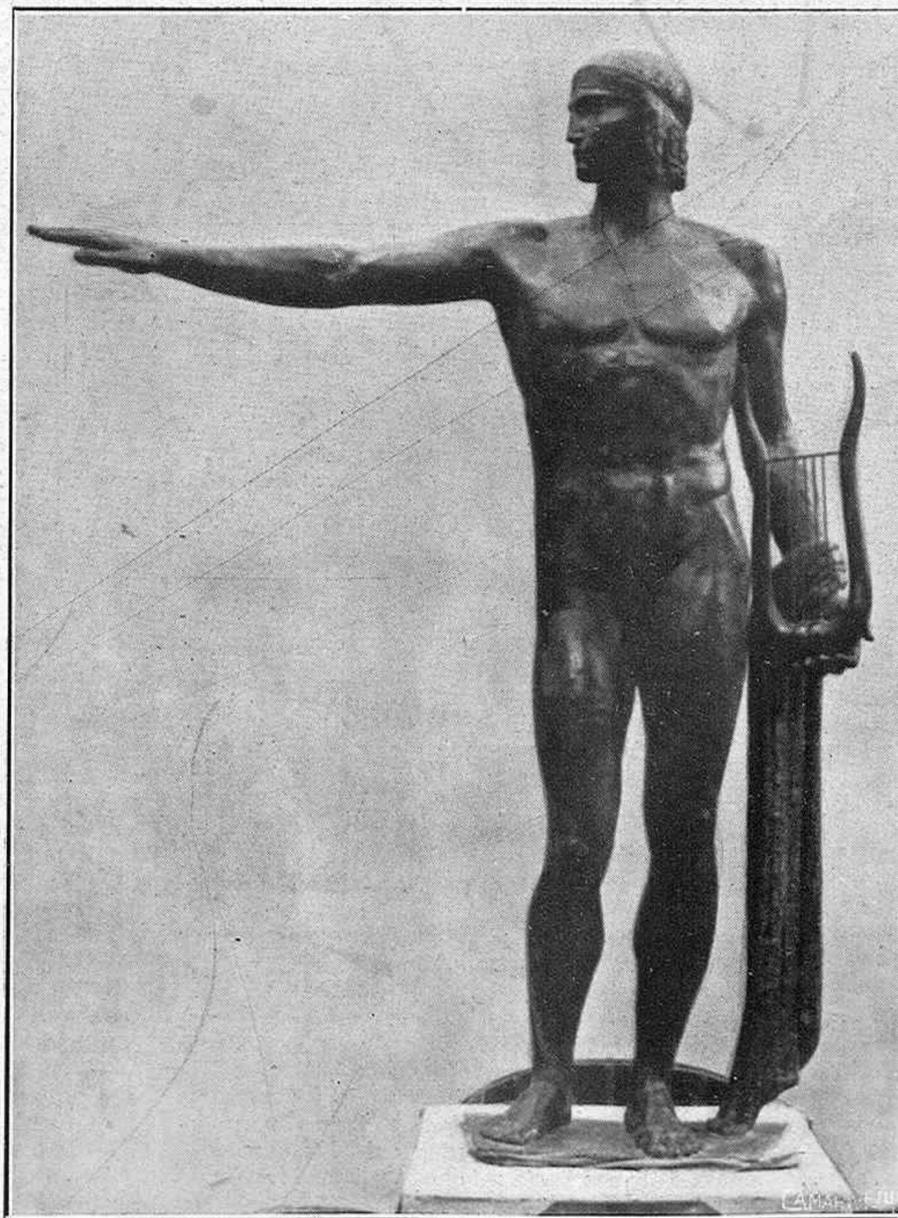


Figura culminante de la fuente monumental en honor de los soldados franceses y australianos muertos en la guerra, obra original del gran escultor Francisco Picard

El monumento de Picard es, entre los que recuerdan la guerra, uno de los pocos que vuelven los ojos al clasicismo, interpretándole, no obstante, con sentido moderno

composiciones de grato sentimiento decorativo. El señor Brayer ha presentado, entre otros cuadros, uno de gran tamaño, titulado *En casa del matador*; asunto y composición ya tratado por varios artistas españoles, pero que el señor Brayer ha interpretado con afortunada audacia en la técnica. No obstante su avanzada modernidad, es de lo más serio y notable de estos Salones; sin recurrir a extravagancias, ha conseguido una obra de importancia pictórica digna de elogios.

De los otros artistas, ya conocidos por el mundo del arte, hay obras que justifican el prestigio de sus autores: M. Forain, siempre con sus obras de una penetrante observación psicológica, y de maestría en el impresionismo de su técnica; M. Emilio Bernard, el predilecto discípulo de Cézanne, presentó varias obras bien distintas al maes-

tro y a todo el modernismo que de él se esperaba. Su arte actual está dentro de ese concepto de ser notable siendo «muy antiguo y muy moderno», y ciertas ricas influencias de los clásicos maestros venecianos, de los que supo aprender buenas cosas.

M. Tristán Klingsor, el distinguido artista, una de las figuras más interesantes del arte actual, ha presentado varios cuadros de una notable modernidad; pero el más interesante es el retrato del poeta Godoy: es una obra de una interesante modernidad, en la cual el señor Klingsor ha podido expresar inquietudes modernas perfectamente sujetas y conseguidas en un equilibrio de personalidad humana y de una remarcable educación artística.

El notabilísimo pintor rumano Gregorio Stoenesco sostiene dignamente sus éxitos de anteriores Salones; este joven maestro es una de las personalidades temperamentales de la sana y buena actualidad. El retrato lo crea con una impetuosidad de paleta rica en matices en tono mayor y en gama gris, que se hace difícil encontrar nada comparable entre los artistas actuales. Ignoro qué edad tiene el señor Stoenesco; pero si es joven y piensa seguir haciendo retratos — pues hace *naturalezas muertas* admirables —, este pintor puede colocarse a una muy superior altura, que la casi totalidad de los artistas de todo el mundo artístico actual. Sin temor a equivocarme, puedo decir que para tratar de su pintura es necesario volver las espaldas a todo cuanto se hace ahora; siendo muy moderno, mucho, es más clásico y más recio que la casi totalidad de los maestros actuales.

FRANCISCO POMPEY

Paris, Mayo 1930.

«PANDERETA CIVILIZADA»



Todo el mundo censuraba la conducta de Jaime Peñáguila. Esa sociedad que exige una base, aparente al menos, para cimentar las reputaciones, comenzaba á escandalizarse ante el derrumbamiento de la que sostuvo con fuerza á Peñáguila, una fuerza adquirida por el uso en infinitas generaciones.

Pero la alarma provenía del equilibrio disparatado en que éste quedara, sin tratar de elevarse por su propia cuenta un nuevo pedestal lo más «verosímil» posible. No era mucho lo que le exigían: bastaba una inyección poderosa en su cuenta corriente para rehabilitarle. Y de nutrir con áurea savia su caja de caudales estaban deseando encargarse las más entusiastas campeonas del deporte matrimonial.

Pero Jaime prefería sostener en el aire su cabriola excéntrica, dando lugar á que la «especie» ramorease en los salones, desgarrándose gráficamente en los labios de las gentiles herederas que soñaron escuchar la «Epístola» á su lado.

Una noche, al llegar al Círculo, donde se le acogía con esos elocuentes silencios, indicio de que se corta una murmuración, Adolfo Brandi, constituido en portavoz oficial, le interpelló descaradamente:

—Oye, Jaime: perdona si me mezclo en tus asuntos; pero porque te quiero bien lo hago. ¿Sabes lo que se dice de ti?

—¡Tantas cosas...!—respondió él, indiferente.

—Pero una, sobre todas, te deja malparado.

—Sería la primera vez que el comentario de mis amigos me fuese favorable.

—Esas son habilidades para salirte del terreno—insistió Adolfo, decidido á abordar la cuestión.

—Es que no me interesa lo que digan de mí.

—O puede que lo sepas y que, á pesar de todo, te aguantes.

Aquella insidia tuvo la eficacia de interesar súbitamente al interpellado.

—¿Qué se dice?—exigió.

Adolfito, entonces, «se tiró á fondo».

—Pues aseguran, nada menos, que si «á pesar

de todo» continúas sosteniéndote en el plan fatuoso de siempre, su dinero le cuesta á alguna caprichosa.

Muy pálido, conteniéndose á duras penas, preguntó, mordiéndose las palabras:

—¿Quién asegura «eso»?

—Todo el mundo—se apresuró á manifestar Adolfo, escudándose en la unanimidad.

Un gesto colectivo apoyó sus palabras.

Jaime Peñáguila se contuvo en el límite de sus violencias, obediente quizá á una intuición estética, y tuvo la humorada de dar explicaciones.

—He quemado mis últimos cartuchos con ese apresuramiento que da la convicción de lo irremediable, con el deseo fatalista de que se cumpliera «lo que tenía que ser». Pero ya se acabó; tranquilizaos, porque ahora va de veras.

Y sacando un billete de quinientas pesetas, añadió, dirigiéndose al grupo:

—Son las últimas y se liquidan. ¿Quieres cenar conmigo, Adolfo? Puede resultar interesante una digestión en la que se consuma una ruina.

Brandi tuvo un gesto digno.

—Perdona que no acepte tu invitación, y perdona lo que te dije.

—Era absurdo. Yo, que me he arruinado por «ellas», ¿iba á vivir ahora «de ellas»?

Yo presencié la escena aquella noche en que el marqués de Peñáguila trocó su realidad fabulosa por otra más verídica. Desde entonces no había vuelto á encontrarle. Por eso me sorprendió su aspecto con la mejor de las sorpresas cuando él vino hacia mí con la misma efusión de siempre.

Muchas veces, recordando á mi amigo, había imaginado que su caída ruinosa le habría conducido á ese inevitable camino, impuesto por el tópico; que empieza en las tabernas inferiores y termina en presidio.

Afortunadamente, no era así.

Su indumentaria seguía siendo irreprochable,

y su aspecto, optimista, apenas velado por la melancolía de unas canas, indicaba muy claramente que el camino recorrido desde la famosa noche del Círculo, era de una absoluta normalidad.

Mientras tomábamos café en la terraza del hotel, donde la casualidad nos había reunido, me relató su nueva vida, desnuda de incidentes.

Utilizando las pocas influencias que le quedaron, solicitó y obtuvo un puesto en las oficinas del Estado. Los primeros tiempos fueron duros; más que el trabajo, le dolía la sujeción que hubo de soportar, respirando un ambiente cargado de humo de tabaco barato y de polvo denso. Al fin, después de salvar el obstáculo de unas oposiciones, recuperó la libertad, que le llegaba envuelta en un flamante nombramiento de inspector de Aduanas.

Ahora vivía bien, paseando el orgullo de ganarse la vida por todas las tierras fronterizas.

Su relato alejaba de mi imaginación la figura inútilmente altiva de aquel Peñáguila, por cuyas manos corrieron libremente los millones. Eran nuevos el tono de su voz y la gravedad que daba á sus palabras; conocía ya el valor de la vida, y esta experiencia comunicaba á su acento hondas inflexiones humanas.

Yo admiraba, observándole, la eficacia de la necesidad que había obrado el milagro de su transformación. El advirtió mi examen, y sonriendo hizo su propio comentario.

—¡Todos somos capaces de todo, si la vida nos pone á prueba.

—¡Es verdad!—afirmé.

—¡Y quizá sea mejor así!

Después, variando de tono, se interesó por mis asuntos.

—¿Y á ti qué viento te empuja hacia este lado?

—¡Cosas raras!—respondí, estremeciéndome al contacto de mis recuerdos, con una sensación eléctrica.

—¿Cosas raras en tu vida, Eduardo?

—El amor; la mentira del amor rematada por todas las hieles del engaño.

Ante mi sintética información, aceptada por él discretamente, quedamos silenciosos, con los ojos llenos de luz, esa luz que enciende en las miradas la contemplación de perspectivas anchas ó el recuerdo de cosas infinitas.

En la terraza, el tabaco inglés enrarecía la atmósfera con su humo azul y acreditado.

Yo deseaba la caricia yodada del mar sobre mi frente, y propuse á Jaime un paseo por el Muelle cercano; pero él rechazó mi proposición.

—¡Aquí no se respira!—protesté.

—No exageres, hombre. Además, hay que agradecerle á estas muchachas que nos adornan la terraza el regalo de su presencia.

—¡Bastante me importa! ¡Para lo que ellas lo agradecen!...

Comprensivo, lamentó:

—¿Tanto daño te han hecho?

—¡No lo sabes tú bien!

Debió imaginarlo, porque volvió á hundirse en el silencio, dando tregua á mis asperezas.

En el cristal azul de la noche comenzaron á resbalar, como gotas doradas, las luces del Peñón, y, bordeando el tintineo de cristal de las copas, la brisa del Estrecho suspiraba cadenciosamente.

Jaime y yo nos volvimos rápidos, movidos por la misma intuición.

En la puerta del hotel, destacándose sobre un fondo obscuro repujado de plantas, apareció una mujer.

Era alta, esbelta, distinguidísima; pasó entre los grupos que subrayaban su marcha con murmullos de admiración, y vino á sentarse en una mesa próxima á la nuestra.

Tenía, entre la multitud, ese aire que muy pocos poseen; su indiferencia ante el homenaje popular indidaba la calidad espiritual de aquella mujer.

De cerca pude admirar en ella, sobre todo, la firmeza de su mirada, certera, hiriente, descubridora.

Iba envuelta en un mantón tan prestigiosamente bello, que arrancó á las inteligentes miradas femeninas, reflejos ambiciosos.

Pero sobre sus hombros resbalaba en pliegues demasiado rígidos, que prestaban á su figura ese encanto desintegrado de los mantos de las estatuas. Entre el cuerpo y la vieja seda filipina, tejida con marfiles y con rosas de te, estaba impalpable una secreta hostilidad.

Hasta nosotros llegaron algunos comentarios.

—¡Mira que llevar un mantón tan bonito con tan poca gracia!

—¡Más que con poca gracia, parece que lo lleva con odio!

Jaime tuvo para la comentarista una mirada tan llena de recelos, que llegué á sospechar que su vida guardaba alguna relación con la de la incógnita, y sin poderme contener, olvidando su anterior discreción, le pregunté:

—¿Quién es esa mujer?

—¿Te interesa?

—Me intriga.

—Yo sé poco de ella—respondió, evasivo—. En realidad, poco más que tú; siempre la he visto desde lejos.

—Pero, ¿la has encontrado muchas veces?

Estuvo silencioso durante mucho tiempo, y al fin, siguiendo cierta evocación, encontró fácil la confidencia.

—La primera fué en Gibraltar; había anochecido y estaba la bahía desierta, recogida en esa primera obscuridad de la noche, apenas iniciada. El agua reflejaba el temblor eléctrico de algunas luces dispersas, que yo contemplaba abstraído, cuando sentí que alguien se paraba á mi lado. Al volver la cabeza vi á esta mujer, entregada también al placer de contemplar aquel nocturno misterioso. No sé el tiempo que transcurrió, ella mirando al mar, yo admirándola á ella. Sus pupilas claras, dominadoras de la sombra, seguían los movimientos de una luz suave que brillaba lejos. Más que su belleza, me interesó aquella mirada inmóvil, escrutando á través de la obscuridad, el laborioso parpadeo de la luz anónima.

Al cabo, muy despacio, emprendió el camino de regreso á las calles de la ciudad. La seguí, dispuesto á informarme de cuanto pudiera relacionarse con ella; pero en el bullicio de la calle Real,

de una manera casi inexplicable, la perdí de vista.

Viví algunos días obsesionado con su recuerdo, hasta que otras sensaciones distintas se llevaron aquella curiosidad de mi espíritu.

Y en Fuenterrabía la encontré de nuevo. Iba sola y ponía el cerco de sus pupilas claras alrededor del tráfico dibujado rotundamente sobre el gris suave de la playa norteña.

Entonces traté de sacar mejor partido de mi vigilancia, y procuré seguir sus pasos en la estación veraniega. Al otro día pude comprobar que Fuenterrabía, como Gibraltar, eran altos brevissimos en la ruta de la viajera.

—¿Y antes de ahora no habías vuelto á encontrarla?

—Sí; ¡hemos «coincidido» muchas veces!

Sin quererlo, fué irónico en sus palabras.

Yo, queriendo adivinar, le pregunté:

—¿Una «profesional» distinguida tal vez?

—¡Ni mucho menos!—protestó.

—¿Una turista millonaria?

—¡Tampoco!—se dolió esta vez.

—Entonces, ¿quién es esta «sirena» que te traen las olas?

—¿A mí? Lo mismo que esta noche, indiferente, aislada, lejana, la he visto siempre.

—¿Y te pesa?

—No.

Yo recordé mis rabias amorosas y traté de ponerlo en guardia.

—No te fíes; ese misterio no será más que un sistema de vida. Ya pasaron los tiempos de las capitanas corsarias.

—¿Qué ocurrencia!

Quiso bromear y no supo; su inquietud me dió la clave del enigma.

—En definitiva—añadí, haciendo uso de una perfecta indiscreción—, esa mujer ejerce tu misma profesión, sólo que á la inversa.

—Exactamente—afirmó él; pero en seguida trató de justificarse con una precisión demasiado vehemente.

—Pero lo hace tan bien, que no hay manera de probarlo. Yo lo sé, me consta, y, sin embargo, no puedo hacer nada. ¡Es una «virtuosa» del contrabando!

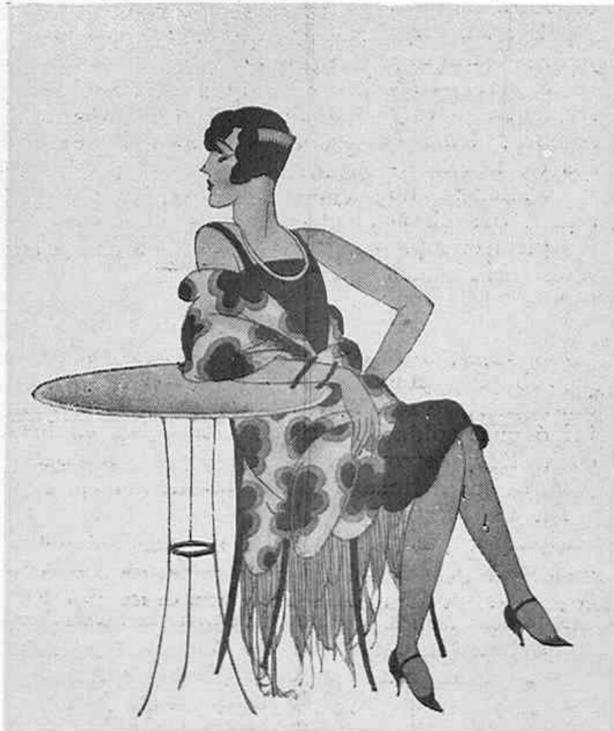
—¡Pues, chico, me felicito de haber encontrado tan precioso ejemplar de ese noble arte!

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. ¡Esta gente que hizo un trato bravío al margen de las Aduanas tiene toda mi admiración! Pero yo creía que ese oficio, de aboengo genial, radicado entre el mar y la sierra, estaba ya en desuso.

—Es la «pandereta» civilizada, ya lo ves. Esta mujer que bebe *cocktails* y que fuma cigarrillos egipcios se llama «Soledad», y está saturada de contrabandismo hasta la médula. Es la herencia de su raza rebelde, que le clavó en los ojos claros un «santo y seña» secular.

—Estás más enterado de lo que me dijiste respecto á su vida.



—No sé más que su nombre y que reside en Puerto Real con su madre.

—¿Y tú no has procurado acercarte á ella?

Jaime, recordando su puesto, trató de recoger velas.

—Nunca; perdido el interés del primer encuentro y descubierto ya su secreto, ¿para qué ir más allá de lo que las circunstancias aconsejan? ¡Es mejor considerarla como «enemiga» de aventuras!

No le creí; él se dió cuenta é insistió:

—Además, pudiera acarrearle un compromiso grave, y no me conviene una amistad tan peligrosa.

—¿Peligrosa por qué? Estáis en igualdad de circunstancias. ¡Tú también vives de contrabando!

—¿Yo?

—¡Tu situación actual es una especie de «matute»!

—Ya te advertí antes que yo no siento la anomalía de mi situación. Dejé mi modo de vivir, forzado por las circunstancias; encontré otro distinto, y me adapté á él sin pensar que nacía de nuevo. ¡Tú sabes bien que lo que perdí no era irremplazable.

—¡Tienes razón!

Quedamos silenciosos mirando al cielo, que copiaba para nosotros los ojos serranos de Soledad. Siguiendo al pensamiento volaron mis palabras.

—¿Tiene novio?

—No—repuso mi amigo, sorprendido en idéntica ruta—. Ya te dije que siempre va sola.

—Eso no quiere decir nada.

—¡Cuando yo te lo digo!... Estoy seguro de que no quiere á nadie.

La madrugada nos sorprendió aún hablando de ella. Habíamos llegado hasta el Muelle, enfrascados en una charla de antiguos camaradas que, al hallarse de nuevo, comunican sus impresiones, ganados por la hora y por el ambiente.

El día salía de las sombras envuelto en una fría coloración de tonos grises, débil aún para suavizar la obscuridad rotunda de la noche dejándose los bultos inmóviles de la descarga.

Las gasolineras dormían amparadas al abrigo del puerto. Un buque, atracado en medio del agua, producía la impresión hostil de un enemigo receloso. En sus costados negros se desvelaban todavía brechas de luz, alucinadas por el alba.

Jaime me habló en aquel momento con un tono triunfal y esperanzado. Desde su presente, proyectaba un salto gigantesco que le rindiese el porvenir. Tenía una rara elocuencia, que yo consideraba como un descubrimiento; la vida pulía, cada nueva jornada, el espíritu de aquel hombre, que no imaginé nunca tan sutil.

De pronto, cortando sus palabras, un automóvil cruzó como una flecha ante nosotros. En él, camino de la serranía, iba Soledad, acompañada por un hombre.

No pudimos dudar.

Tan rápido como sus vidas, impulsadas por un nervioso vértigo, corría el coche hacia las cumbres peligrosas, donde el amor y la libertad se defendían á veces con el grito de hierro de algún balazo.

Entonces vi cómo nadie se inmuniza contra el recuerdo. Mi amigo sonreía con la perfecta indiferencia de un hombre de mundo, y comentó humorísticamente:

—¡He quedado mal como observador!—Y sonriendo:—La verdad es que sólo á mí se me podía ocurrir que una mujer como ésa no tuviera ya dueño!

Parecía sincero; pero yo, que le conocía aquella sonrisa, prodigada en sus tiempos mejores ante mesas de juego y mujeres difíciles, sabía á qué atenerme.

Y en el gesto elegante dibujado en los labios del aristócrata estaba leyendo una sentencia inexorable y fría.

En el primer «alijo», el cartel valeroso y hábil de Soledad, contrabandista, iba á quedar deshecho entre las manos próceres de Jaime Peñaguila, inspector de Aduanas.

ROSARIO DEL OLMO

(Dibujos de Echea)



MAÑANAS DEL RETIRO

EN pocos días la primavera engalanó nuestros parques con el follaje, y el aristocrático Retiro, un poco melancólico siempre, proyecta la sombra amable de sus árboles en las *allées*, ahora escondidas é incitantes, brindándose á secretas confidencias.

Las gentes comienzan á acudir en mayor número, y son, sobre todo, las horas matinales las más apropiadas para sorprender tertulias

y grupos pintorescos.

Los viejos jubilados, modestos rentistas, saludan el triunfo del sol con la alegría de las almas que ven vencido un año más, la tragedia invernal de terribles catarros y peligrosas gripes. Reúnense cerca del *parterre*, entre sol y sombra, temerosos de la excesiva violencia de aquél. Sus charlas giran siempre sobre los mismos temas: el tiempo,

la salud y los asuntos políticos. ¡Pobre España!...

Más lejos, en la rotonda del estanque, grupos de robustas amas norteñas (Galicia, Asturias, Santander); acentos regionales en parlás con tal ó cual soldado, mientras los bebés en los cochecitos, rostro al cielo, dejan que la luz bese y curta sus delicados rostros infantiles.

En un banco, sólo, la *nurse*, feísima, con antiparras que recuerdan las de antiguas dueñas, hace calceta para entretener su aburrimiento, ya que no su despecho.

Las *demoiselles* que lucen la pierna montada, en un excitante movimiento, interin tejen un diálogo de miradas con el estudiante, que á duras penas puede fijar la vista en las páginas sueltas del libro de texto, porque aquellas en-

cantadoras extremidades femeniles hablan más fuerte á su juventud que la voz fría del deber y el apremio de los exámenes. A la postre, las hojas del libro pasarán al bolsillo y el joven escolar ocupará un puesto en el banco de las institutrices.

Al diálogo de miradas sucederá el de las palabras, y las calabazas académicas se traducirán en triunfos del amor. Cuando en las vacaciones del estío estudie en su pueblo para pasar en Septiembre el curso que perdió en Junio, pensará sin enojo muchas veces en su querida francesita del Retiro..., en las apacibles y dulces mañanas primaverales...

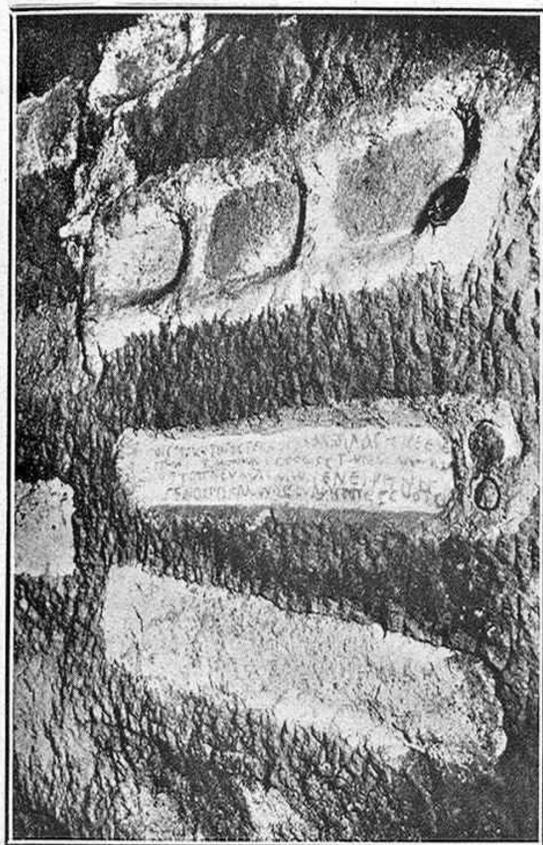
VICTORIANO GARCIA MARTI

(Fots. Alverdi)

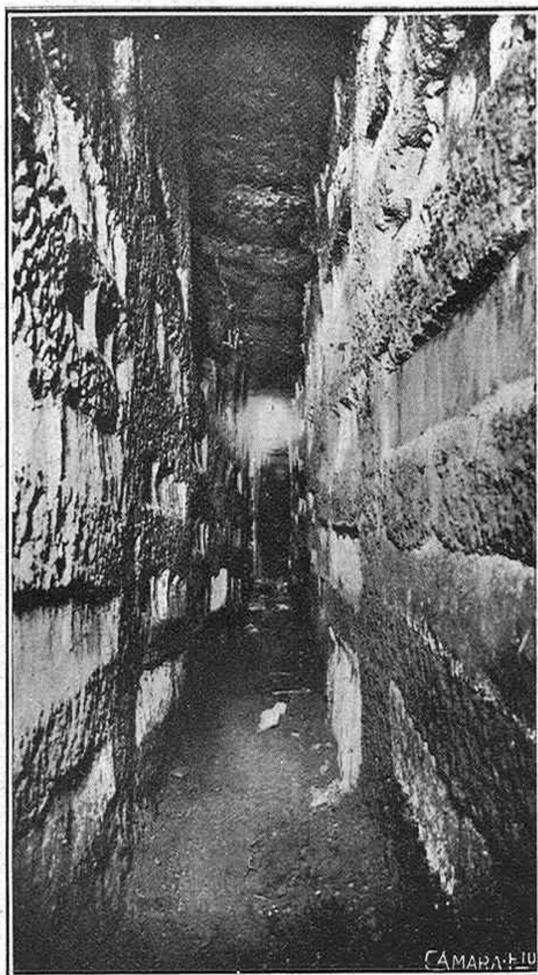


HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN ROMA

LA CATACUMBA DE LOS VIUDOS



Nichos («loculi») con inscripciones griegas, que aparecieron intactos en la catacumba



Galería principal de la catacumba recientemente descubierta en Roma, y que data del siglo IV de nuestra Era



Nichos con inscripciones latinas, en una de las galerías excavadas

EL progresivo ensanche de Roma, que durante la última década, especialmente, ha alcanzado asombroso desarrollo, ha originado el descubrimiento, por verdadero azar, de varios cementerios cristianos primitivos ó catacumbas, ya señalados en los itinerarios de las peregrinaciones en los siglos VI y VII, pero cuya huella se había perdido por completo en el curso de los años.

Como quiera que todos esos cementerios cristianos hubieron de ser abandonados en la novena centuria, luego de ser trasladados á basílicas y conventos los restos de los mártires, las catacumbas quedaron sometidas á las depredaciones de los bárbaros y á la destructora acción del tiempo, con lo que las necrópolis subterráneas fueron quedando poco á poco cubiertas con escombros y ruinas, borrándose hasta la huella de estos sagrados lugares.

Los trabajos de exploración iniciados en el siglo XVII, por Bosio, luego proseguidos por Boldetti, Bottari, Marangoni y, finalmente, por P. Marchi y De Rossi, permitieron descubrir y restaurar en parte las catacumbas más notables situadas á ambos lados de las antiguas vías consulares. Esas obras de restauración han sido reanudadas en la actualidad por la Comisión pontifical de Arqueología Sagrada, que simultanea con dichos trabajos

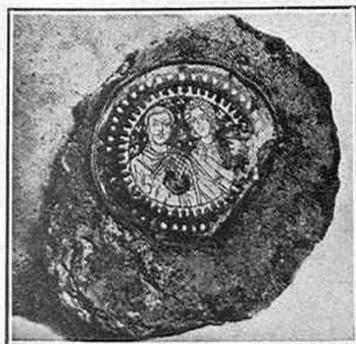
el de exploración de nuevos cementerios cristianos primitivos, pues ha de advertirse que de muchos de ellos no es aún conocido el exacto emplazamiento, lo que, naturalmente, dificulta su hallazgo. Sólo la

casualidad ha podido favorecer las pesquisas científicas en los casos difíciles. Y esa obra del azar fué y sigue siendo favorecida por las construcciones de nuevas barriadas más allá de los antiguos límites de la ciudad, en cuanto el vaciado de tierras para establecer cimientos permite descubrir en ocasiones galerías y conducciones subterráneas que datan de los tiempos de la Roma imperial y primeros siglos del cristianismo. Fué así, en efecto, cómo se hallaron, hacia 1920, en la antigua Vía Salaria, las ya famosas catacumbas de Pánfilo y los Giordani, y cómo ha aparecido el año último, durante la construcción de una gran arteria que unirá las vías Salaria y Tiburtina, el cementerio cristiano de que nos ocupamos.

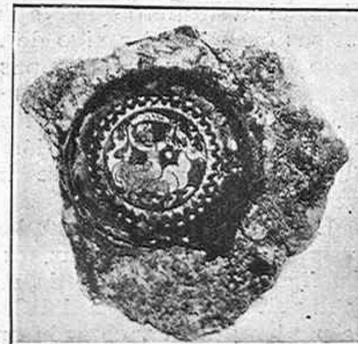
Describiendo este importante hallazgo arqueológico, el profesor Francesco Fornari, director de la Comisión antes mencionada, dice lo siguiente en *The Illustrated London News*: «La parte descubierta en esta catacumba presenta la especial circunstancia de que sus galerías se encuentran casi totalmente obstruídas por tierra procedente de otras galerías excavadas en épocas posteriores. Ello ha servido, afortunadamente, de protección en las devastaciones de que á través de los siglos fueron víctimas estos primitivos cementerios cristianos. Desembarazadas las galerías de estos rellenos, quedamos sorprendidos los exploradores al encontrarnos con una sección intacta en esta ignorada catacumba. Los nichos (*loculi*) aparecían ante nuestros ojos tal como debieron quedar en el siglo IV de nuestra Era, fecha probable de la catacumba. Conservaban todos ellos sus inscripciones perfectamente legibles, y en el interior, ó incrustados en la argamasa de los cierres, las monedas, estatuillas, vasos y lámparas colocados por la piedad de las familias en el lugar de eterno reposo. Era como si en vez de dieciséis centurias hubiesen transcurrido unos cuantos decenios.

»Como en la generalidad de las catacumbas romanas, los *loculi* estaban cerrados con baldosas ó losas de mármol. Predominaban en ellas las inscripciones en latín, aunque también aparecían muchas en griego, esculpidas ó pintadas en rojo, según fuese el cierre de mármol ó de barro cocido. Las inscripciones solían consistir simplemente en el nombre del difunto. Otras, más extensas, registraban sus prendas morales, su edad y la fecha del enterramiento. Detalle curioso es que en un considerable número de epitafios pueden leerse nombres de mujer con expresivas dedicatorias de sus viudos, circunstancia que ha dado nombre á esta recién descubierta catacumba. Donde faltan las indicaciones epigráficas, pequeños objetos sirven de testimonio del dolor familiar. Comúnmente consisten en estatuillas de marfil, monedas, láminas de vidrio ó tablillas de barro con inscripciones varias. Casi la totalidad de estos recuerdos funerarios se hallan incrustados en la argamasa que cierra los nichos, siendo perfecto su estado de conservación. Las monedas proceden en su mayoría de los reinados de Alejandro Severo, Claudio, Probio, Numerano y Diocleciano.

»Mención especial merecen entre estos hallazgos tres magníficos ejemplares de vidriería dorada y policromada, uno de ellos perfectamente intacto, representando una nereida cabalgando en un monstruo marino, y otro, apenas dañado, con los retratos de una mujer y un hombre, utilísimos para el estudio de la indumentaria de la época.»



Plato de vidrio policromado descubierto en un nicho



Otro plato de vidriería artística, conservado en una tumba

READER

LA REALIDAD DE UNA FIGURA DE PANTALLA

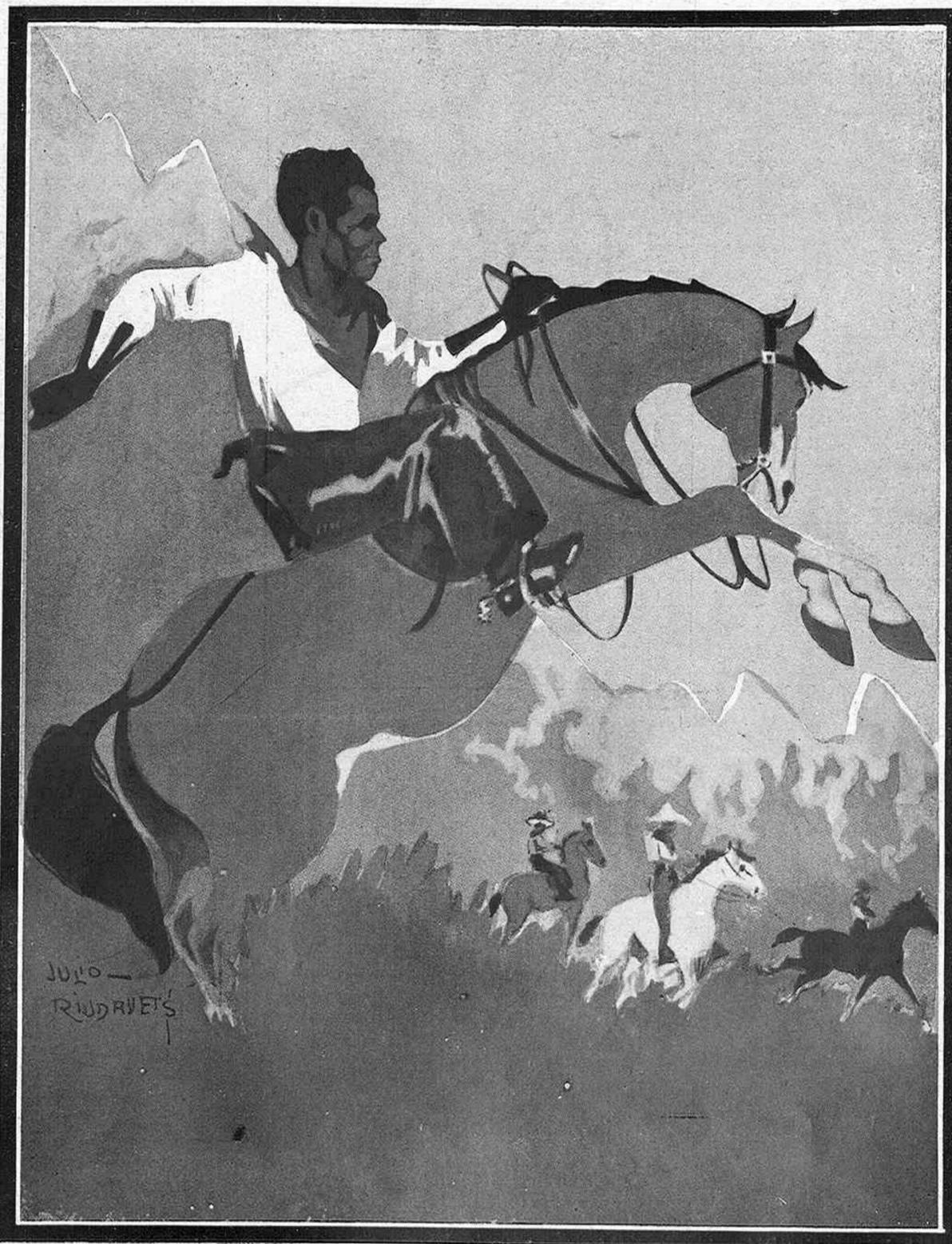
HOMBRES DEL OESTE

EN los amaneceres claros del Oeste, los hombres de la raza nueva recorren los caminos del llano ó las altas roquedas de la serranía, donde unos guijos, caídos en medio de la tierra, semejan un collar inmenso que rodease la garganta de todo un mundo...

Por cima de las crestas del monte ó al través del llano surge la figura arrogante del *cow-boy*, el hombre de la pradera, Centauro moderno que se ríe de la vida, desprecia los peligros de una equitación valiente y sigue su camino, entre saltos audaces y cortes profundos, á cuevas con su alegría infantil, un ancho sombrero de fieltro y unos zajones primorosos. Desde lo alto de su caballo contempla los tajos que le rodean, *ranchos* espléndidos que en medio de los prados se alzan, montes y mares, cataratas, ríos... Toda una Naturaleza brava y salvaje.

Va cayendo la noche sobre los hombros hercúleos del vaquero; declina el sol en una lenta agonía llena de sangre y de grandeza. Un rayo de sol, antes de morir, mira al jinete, le besa el rostro, y luego, sin darse cuenta de ello, va á caer, ya moribundo, sobre el rocín, que al sentir sus caricias, de un salto retrocede ante el asombro del *cow-boy*... Es el hombre nuevo del siglo; el aventurero que Mayne Reid nos evocó en sus cuentos, el amigo de Aimard, que, cansado de colocar sus trampas en el Arkansas, acude á la cortijada de la pradera, trinca un caballo brioso y cambia el ritmo de su aventura, olvidando su mocedad indómita, esta hermosa juventud que un día se irá para no volver...

El vaquero de la pradera, hermano gemelo de nuestro mayoral andaluz, es alegre y audaz. Su figura, que ocupó toda una época literaria y sugestiva, es el alma del Oeste, el corazón de la pradera; alma y corazón que se juntan en la soledad de los campos hasta crear este tipo á que sólo podría oponérsele un rival peligroso: el atleta griego ó el Centurión de Roma, hombres que vivieron enamorados de la fuerza, de



la audacia, exactamente lo mismo que un *cow-boy*.

En sombras, los picachos de la sierra se dibujan á lo lejos. Las lucecillas de los *ranchos*, en medio del verdor magnífico de la pradera, parecen gusanos de luz que vinieron á refugiar sus amores en esta soledad grandiosa de los campos. El galope de un caballo, ligero como los vientos, cruza el llano cuando ya es noche cerrada y la tierra no tiene otra luz que las estrellas del cielo, farolillos claros y divinos que son las pupilas de Dios que en la noche nos vigilan.

El *cow-boy*—gran soñador con hechuras de chiquillo travieso—, cuando en la media noche se apea de su caballo y se sienta encima de un peñasco, alza los ojos á los cielos y, enamorado de las estrellas, se pone en pie primero, sobre las crestas de la sierra después, y en su loco

deseo de arrebatarse una estrella que brilla más que ninguna, cocluye por dar un salto hasta caer sobre los lomos de su caballo y cogerla... Ya dijo el poeta que las estrellas de la noche, cuando se cogen con las manos, se echan luego al aire, á cara ó cruz

...cual si fueran monedas...

Las nubes asoman desplegadas al viento, como viejas carabelas de una escuadra romántica que por los mares del cielo navegasen detrás de un bergantín... ¿Qué admirante las guía? ¿Qué viejo lobo de mar, asomado en la popa, maneja el timón de la escuadra de Dios? En la claridad del día, el sol es argonauta y guerrero; mas en la noche es un rayo de luna quien gobierna el botelón y la proa y los remos marineros de los barcos corsarios, estos extraños buques que recorren el azul detrás de una quimera... Boquiabierto, el *cow-boy* contempla el paso de las escuadras de la noche: nubecillas rojas, estrellas rutilantes, caminando siempre por encima de los hombres y de los montes... Luego de despertar de sus sueños, el *cow-boy*, en los amaneceres del Oeste, galopa hacia su

ranchito, donde una mujer bonita y primorosa le espera impaciente, mirando con angustia los caminos del mundo por donde vendrá el amado... En sus ojos, azules como la mar ancha y bravía, penetra la vida á raudales, como el sol del estío se cuele en los campos y las negruras de la noche se entran en el corazón. La mujer, blanca, sugestiva, se bebe la vida cada día de un sorbo magnífico que viene á embellecerla en estos años de ilusiones y de promesas; pero si el vaquero intrépido no volviese más, la vida, que ella se iraga cada mañana, envuelta en el sol de su juventud, se iría también para siempre detrás de su *cow-boy*, al galope sin freno del corcel de su pensamiento ó montada acaso en un rayo de sol...

LUIS RIUDAVETS DE MONTES

(Dibujo de J. Riudavets)



¡SALVE, BARCELONA!

*Barcelona
tiene nombre de matrona.
Es Sevilla alada.
Barcelona es firme, como cimentada
en la roca viva, sobre el mar latino.
Ella ama lo humano; lo práctico enseña;
pero no desdeña
el arte divino.*

*¿Barcelona es bona
si la bolsa sona?...*

*Yo fui á Barcelona con poco dinero,
que es mal de quien vive de la fantasía,
y allí volver quiero,
¡la admiro, la adoro!...
Si el cielo me diese todo su tesoro
me lo gastaría
en ciudad tan bella,
mimada del mar,
¡hasta cambiar
la última estrella!...*

*Barcelona es blanca, como el alabastro,
y se alza serena ante el mar azul,
espejo del cielo, semejante á un astro
cuyo brillo eclipsa al propio Estambul.*

*Barcelona tiene todos los encantos
de la urbe moderna y es, como París,
sirena que arrulla con mágicos cantos.
Envidia su cielo Lutecia, la gris.*

*Yo, sobre Sevilla, ciudad de la gracia,
como una corona pongo el Partenón,
y sobre esta urbe de la democracia,
con la maravilla de su Exposición,
¡salve, Barcelona!,
pongo otra corona,
fundida en el seno de patrio crisol:
La excelsa corona del «Pueblo Español».*

Goy DE SILVA

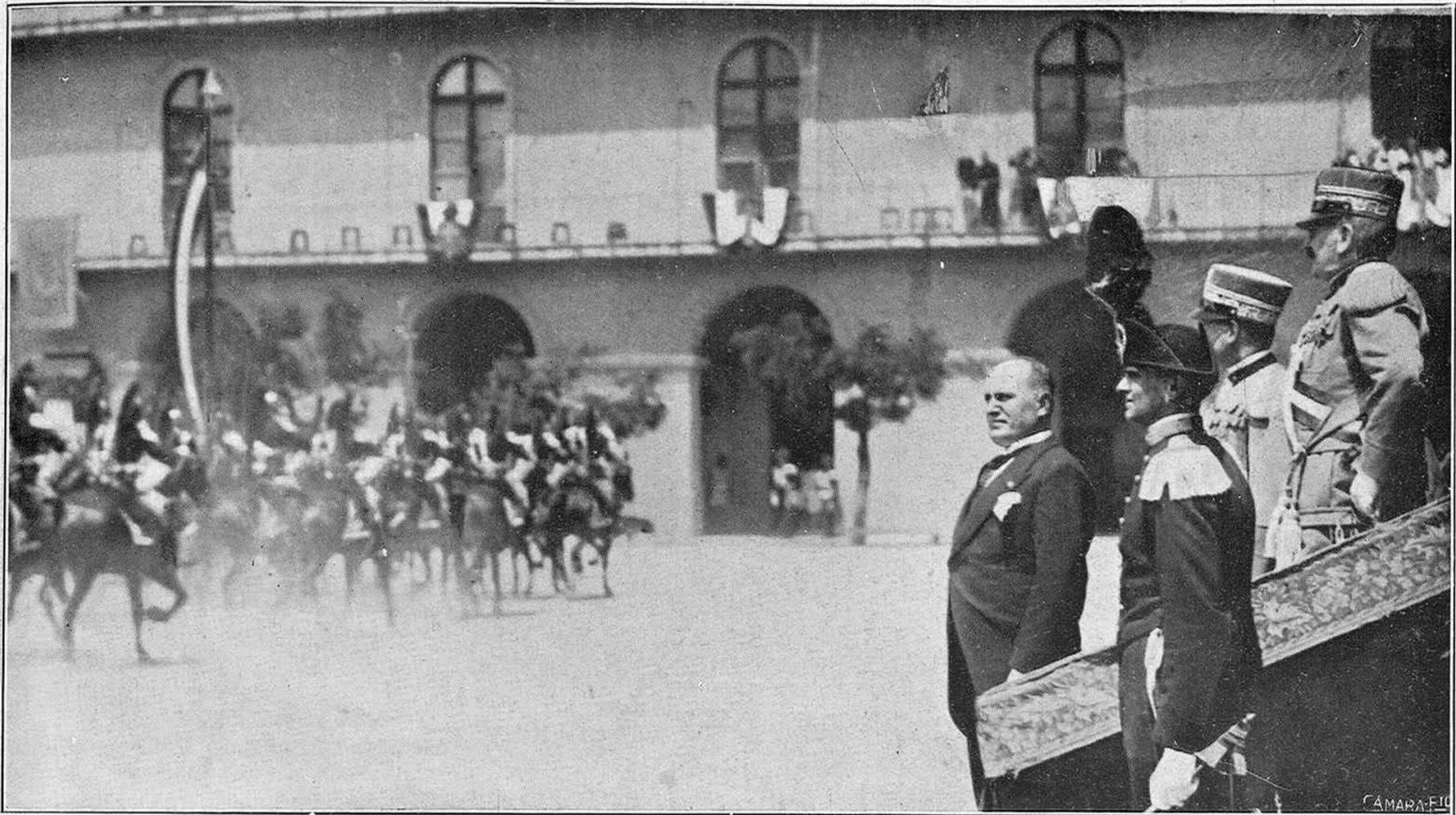
(Fot. Gaspar)



«Dos amigos jugando», cuadro original de Joaquín Aguado García, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

LOS IDEALES DE MUSSOLINI

El culto á la fuerza y el espectáculo de la fuerza



Los coraceros del Rey desfilando ante Mussolini en una reciente revista militar



El «Duce» cultiva en sus hijos el culto á la fuerza y la energía, haciéndoles amar los deportes. Los hijos de Mussolini aparecen en nuestro grabado ocupando el palco presidencial en el circuito automovilista de «Las tres fuentes» (Fots. Agencia Gráfica)

LA serenidad francesa, claramente manifestada en discursos ecuanímenes de los prohombres galos, parece haber calmado la efervescencia belicosa que los discursos de Mussolini y de sus más próximos secuaces habían producido en Italia.

No han hecho cesar, sin embargo, la agresividad, que ahora ha tomado forma más espectacular, del Duce.

Mussolini, en efecto, multiplica ahora las revistas militares, como si quisiera dar á propios y extraños, muy reiteradamente, la sensación de una Italia fortísima y dispuesta en todo momento á la acción.

En todo momento gusta de erguir su figura, rematada por su perfil cesarino, en actitud de reto, ante fuer-

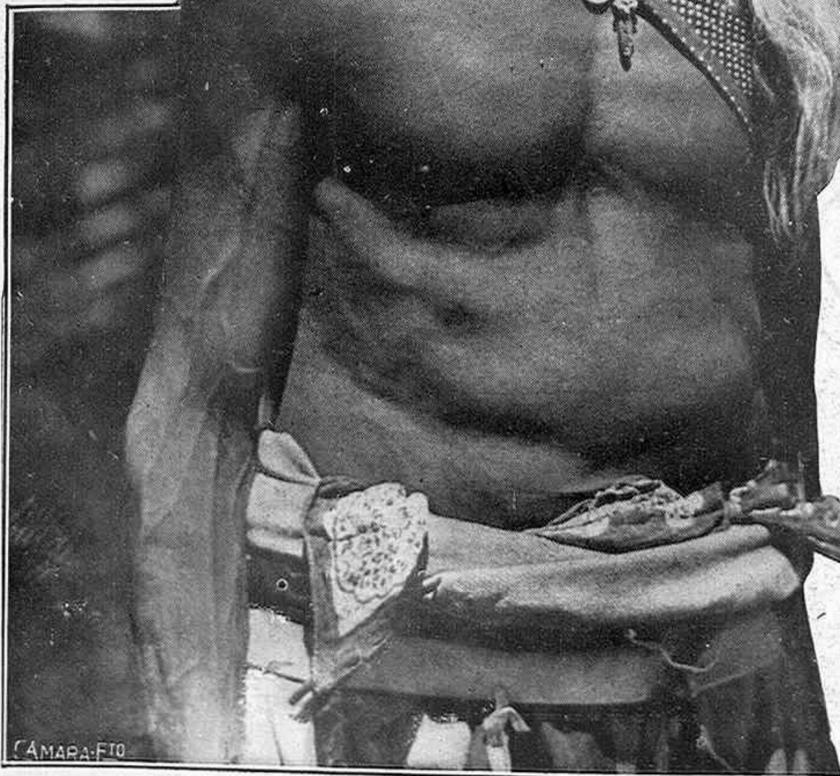
zas militares que en ejercicios y revistas exaltan el patriotismo y sueñan con la Roma imperial, y nadie puede negar que en los pueblos, como en los individuos, la sensación de propia fortaleza es también, y muy marcadamente, un elemento de triunfo.

Aun hace más, siempre orientado por el mismo pensamiento, y es procurar que en todo momento sea dignificado cuanto represente manifestaciones de fuerza, de energía y de audacia.

Los hijos del Duce asisten siempre, en lugar preeminente, como si se tratara de hacerlos servir de ejemplo, á todas las fiestas deportivas importantes que celebra Italia, y que en todas las causas tienen el estímulo del Rey y, más intenso aún, el del Duce.



Un grupo de cuatro bailarines yaquis en un momento en que reposan de sus fantásticas danzas rituales



Un magnífico ejemplar de bailarín yaquis, con insignias de su jerarquía

La Pascua florida de los indios yaquis

SANTA ANITA, una población del Arizona, ha sido recientemente lugar de peregrinación de turistas y curiosos, yanquis preferentemente, que han acudido a presenciar los extraños ritos religiosos, ó mejor dicho, mágicos, con que los indios yaquis celebran la fiesta que corresponde á nuestra Pascua florida.

Lo más saliente de esos ritos son las danzas simbólicas, que tienen extraordinaria viveza y animación y cuyo sentido no es fácil de descifrar sin un verdadero intérprete, capaz de traducir los gestos y las actitudes de los danzantes. Para realizarlas, los bailarines yaquis usan una indumentaria poco menos ligera que la de las señoritas de conjunto en los teatros occidentales de revistas, en que el desnudo es

«de medio cuerpo arriba»,

como decía Ortego comparando la honestidad de las boleras con el descoco de las cancanistas. Los bailarines yaquis llevan desnuda por completo la parte superior del cuerpo, de cintura arriba; pero ocultan la inferior con adornos más ó menos complicados y ricos, muchas veces sonoros, y se cubren la cabeza con máscaras que á nosotros nos parecen grotescas, pero que tienen también una representación simbólica para ellos muy expresiva y para ellos más que de tradición: ritual.

Lo fundamental de la indumentaria de los yaquis bailarines son los magníficos y muy amplios cinturones, bien adornados con profusión de colgajos artísticamente colocados y que terminan muchas veces en enormes cascabeles, con cuyo sonido tiene extraño pero siempre rítmico acompañamiento la danza de aquellos indígenas, que además, y para aumentar el ruido, manejan otros instrumentos sonoros.

Las fiestas de los yaquis ha constituido este año un espectáculo interesantísimo.

CAMARA-FOTO



Vista de Teruel, la evocadora «Ciudad de los Amantes»

POR LA ESPAÑA DEL ARTE TERUEL CIUDAD EVOCADORA

TODAVÍA hay personas que sólo conocen Teruel por lo que han oído de sus extremadas temperaturas invernales ó porque el nombre de la ciudad va engarzado íntimamente con la popular leyenda de sus infortunados amantes. En lo que se refiere á su riqueza artística y evocadora, para muchas permanece aún inédita esta ciudad aragonesa, viril y legendaria, digna, por muchos conceptos, de mejor suerte.

Y sin embargo, en el solar turolense hay verdaderas joyas del arte medieval, que contrastan con la severidad de sus edificios y con sus calles moriscas y silenciosas.

Teruel descansa aún en un remanso de paz y de ensueño, porque aquí la modernidad de los edificios no ha borrado las huellas de un pasado glorioso, plasmado en sus piedras milenarias y en los mal conservados restos del amurallado recinto que, como dice un celebrado cronista, « *fueron fechos, non solament con agua et con tierra, et con piedra, mas aun con sangre*», queriendo dibujar de este modo el carácter indómito, valeroso é independiente de una raza. En sus plazuelas recatadas pervive el encanto de su leyenda, impregnada de un romanticismo suave y halagador, sin el bullicio mundano y enervante que impone el vivir actual en las grandes urbes. El quietismo que se respira fúndese con la melancolía del paisaje que rodea la población.

Dijérase que Teruel heredó de los árabes la resignación y el fatalismo que llenan estrechamente el alma de la ciudad, y que por ello no siente



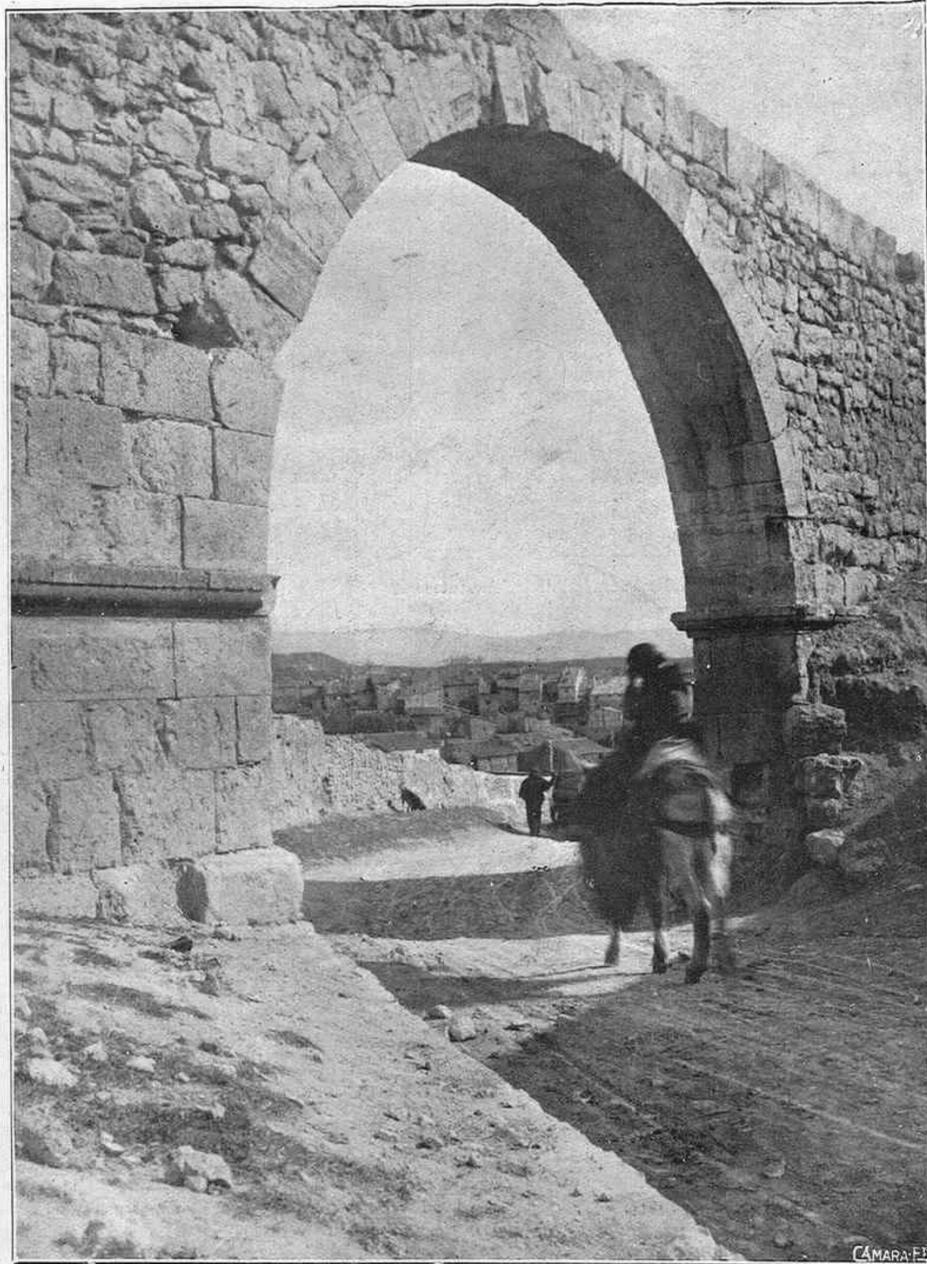
La calle de la Tribuna, una de las más antiguas de la población

grandes inquietudes frente al porvenir, ni un desmedido orgullo por el pasado. Asentada la urbe en los confines de Castilla, Aragón y Valencia, hubo de intervenir, á través de los siglos y por su estratégica situación, en porfiadas luchas y bélicas empresas cuando así lo demandaba el derecho conculcado ó la independencia de sus fueros. Poco importa que la Historia guarde todavía afanosa el secreto de los verdaderos «aborígenes» de la «Ciudad de los Amantes», para dejar ancho campo á la fantasía, porque donde la cronología se oscurece surge la tradición, con la galanura de poéticas leyendas.

La población, vista desde el llano, admira por su posición y asiento en elevada meseta. Sobre el horizonte descuella su catedral, con bellos adornos arabescos y circuida por las torres de sus parroquias, siendo el cimborrio de la «Seo turolense» un magnífico ejemplar de estilo jónico, que suspende y encanta por lo acabado de la obra.

Este templo quedó convertido en Catedral por bula de Gregorio XIII, expedida en 20 de julio de 1577, á petición de Felipe II, el monarca que abolió los Fueros de Aragón, llevado de un mal entendido centralismo.

Dejamos hoy de intento la descripción del artístico tesoro que se guarda en las oscuras naves de esta iglesia, para recorrer el recinto de la ciudad, tan lleno de evocaciones y sugerencias. Como vestigios de la muralla que defendía el antiguo Alcázar, quedan todavía en pie los torreones conocidos con los nombres de «Ambeles» y torre «Lombardera»; la fatídica puer-



Entrada á la ciudad, por el «Arquillo»

ta de la «Traición», por donde penetraron, en 1363, las tropas de Pedro I de Castilla, y el arco tradicional de «La Andaquilla». Este último trae á nuestra memoria un episodio de los malaventurados amores de Marcilla é Isabel de Segura. El arco de «La Andaquilla», abierto en la muralla, es el sitio por donde don Diego hubo de penetrar en la ciudad en la preciosa noche que se cumplía el plazo fatal de espera señalado por su amada Isabel. Afirma la tradición que al entrar por esta puerta el enamorado doncel oyó las campanadas de las once, y creyendo ser mediada la noche hincó espuela á su cabalgadura, para llegar á tiempo de impedir el matrimonial enlace, diciendo á su escu-



La típica plaza del Mercado

dero: «Camacho, perdidos somos», y á la jaca que montaba: «¡Anda, jaquilla!» frase que corrompida hoy, pronuncia la gente «Andaquilla». En la plaza Mayor, ó del Mercado, se alza airosa columna, sobre la cual se destaca el simbólico «torico», emblema del escudo de Teruel. Por ambos lados se halla adornada de los clásicos soportales ó «porches» y evoca un sangriento episodio, acaecido en ella, revelador del temple aragonés frente á las arbitrariedades de un monarca. Alonso V de Aragón había convocado, en 1427, Cortes generales del Reino en la Ciudad de Teruel. En una de las sesiones parece ser que el rey había dictado ciertas dis-



Iglesia del Seminario, uno de los edificios más notables de la ciudad

posiciones que tendían á menoscabar los fueros de la Comunidad; pero el juez don Francisco Villanueva se opuso con energía al acatamiento de aquellas órdenes, y por ello el despótico monarca mandó ahorcar en su presencia al ilustre patricio y que su cadáver fuese arrojado desde el balcón á la plaza de la ciudad. El magistrado Villanueva, víctima de su celo por defender el Fuero de Teruel, fué sepultado con gran pompa y solemnidad en la iglesia de San Pedro, el 6 de diciembre de 1427. Como se ve, esta gloriosa ciudad tiene sitios evocadores, y en el laberinto de sus calles y plazas palpitan todavía el misterio de muchos epi-



Arco mudéjar, al pie de la torre de la Catedral



La tradicional puerta de «La Andaquilla»

sodios de amor y de intriga, de dolor y de sangre. Al cruzar bajo los oscuros arcos que se abren profusamente en las vías de la población, el espíritu se dispone al goce intenso de la poesía oriental, ya que en ellos los artifices mudéjares dejaron impresa la huella del arte inimitable de su época con singular maestría. Y cuando en la noche se dejan oír las coplas dolientes de la brava jota y sus ecos armonizan con el cantar eterno del Guadalaviar, que al pie de los muros arrulla el sueño de la ciudad, es cuando Teruel adquiere intensamente su encanto peculiar de poesía y de leyenda...

ANSELMO SANZ SERRANO

PAGINAS DE LA HISTORIA

CÓMO SE HIZO LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA

CON poca diferencia de días, han aparecido en los escaparates de los librerías dos obras interesantes, cuyos rótulos resumen todo un período de la Historia de España: *Sagasta*, por el conde de Romanones, y *Cánovas*, por el académico francés Charles Benoist. La lectura de ambos puede ser provechosa; la de *Cánovas* pudo tener, no hace mucho, más vivo interés de actualidad, mostrando cuán débil fué siempre en nuestro país el Poder civil ante los desafueros militares, pero también cuán diferente la conducta de los hombres civiles que gobernaron en 1875 de la seguida por los que gobernaban en 1923. Charles Benoist cuenta muy al pormenor cómo se hizo la Restauración borbónica, y su relato merece ser señalado como muy interesante.

Por él sabemos que Sagasta, presidente del Consejo en 1874, tenía por sospechoso al general Martínez Campos, entonces de cuartel en Madrid y, consiguientemente, sin mando de tropas. El general Serrano Bedoya, ministro de la Guerra, hombre confiado y buen camarada, logró durante algún tiempo tranquilizar al presidente, garantizando al general, al que consideraba como inofensivo.

Pero la garantía llegó á ser insuficiente en el último mes del 74. Sagasta tuvo noticia detallada de los trabajos de Martínez Campos para sublevar una parte de la guarnición de Madrid y conseguir movimientos análogos en los ejércitos liberales que en el Centro y en Cataluña, y ordenó que el general fuese detenido.

Pero entonces surgió una nueva garantía: el capitán general de Madrid,



La última fotografía del Príncipe Don Alfonso de Borbón y Borbón, hecha en Viena

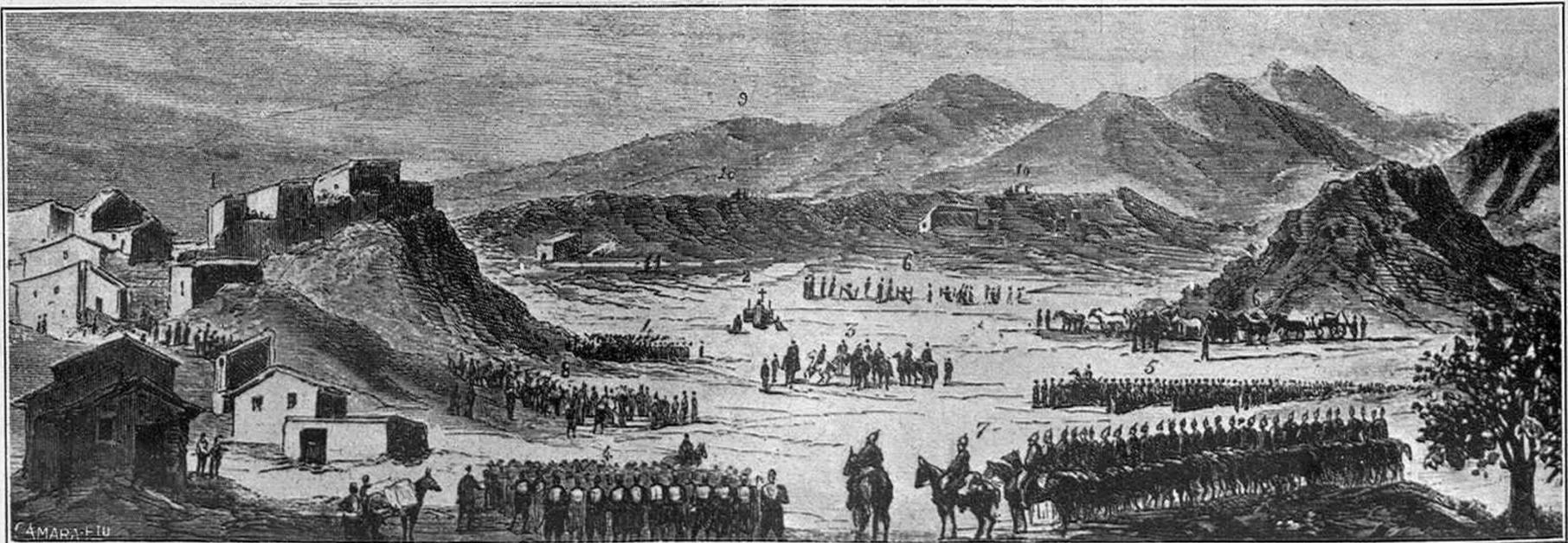
don Fernando Primo de Rivera, en lugar de cumplir la orden, se presentó al Consejo de ministros para declarar de nuevo, «bajo palabra de honor y por su fe de caballero», que respondía de la lealtad de Martínez Campos, alegando, además, en apoyo de su opinión, motivos incluso de orden doméstico que aconsejaban al mariscal de campo en entredicho una prudente abstención política.

El Gobierno se dejó vencer, no sin recomendar á Primo de Rivera que vigilase cuidadosamente al general Martínez Campos, que procurara enterarse minuciosamente de sus manejos y que, llegado el caso, actuara como tenía ordenado, arrestando al sospechoso. Primo de Rivera prometió hacerlo así; era, además, su obligación como capitán general.

Inmediatamente—todo esto ocurría el 18 de Diciembre de 1874—Primo de Rivera comunicó su entrevista con el Gobierno á Martínez Campos, que, efectivamente, había tenido muy avanzada su conspiración, pero que en aquel momento había perdido una parte de la labor realizada. Su plan, efectivamente, era que iniciaran el movimiento restaurador de los Borbones Jovellar, al frente del ejército del Centro; Arrando, que mandaba el de Cataluña, ó Laserna, en Logroño; pero el general Serrano, dueño aún de todos sus prestigios militares, se había puesto al frente de las tropas liberales, en Logroño precisamente. Aquella de-

cisión del Regente había entusiasmado á los generales, y Martínez Campos veía frustrada aquella parte de su plan.

Pero entre los generales antes comprometidos, que seguían fieles á su



La brigada Dabán oyendo una misa de campaña en las inmediaciones de Adzaneta, el día de la Purísima de 1874, poco antes de proclamar á Don Alfonso XII

compromiso, había uno más decidido que los otros: el brigadier don Luis Dabán, á quien Jovellar había encomendado la defensa de Segorbe contra los facciosos. Un hermano suyo, don Antonio Dabán, coronel herido en Somorrostro y evacuado á Jerez, había venido á Madrid pocos días antes— el 11 de Diciembre— para servir de agente de enlace entre Martínez Campos y el ejército del Centro, y á él encomendó el jefe del movimiento comunicar á don Luis el nuevo estado de cosas.

El brigadier Dabán tomó inmediatamente su decisión y la anunció á su hermano, para que la transmitiera á don Arsenio: si antes del 30 de Diciembre ningún general alfonsino se había pronunciado, él se retiraría á su casa, resignando el mando, porque consideraba imposible mantener más tiempo á sus tropas en la inacción.

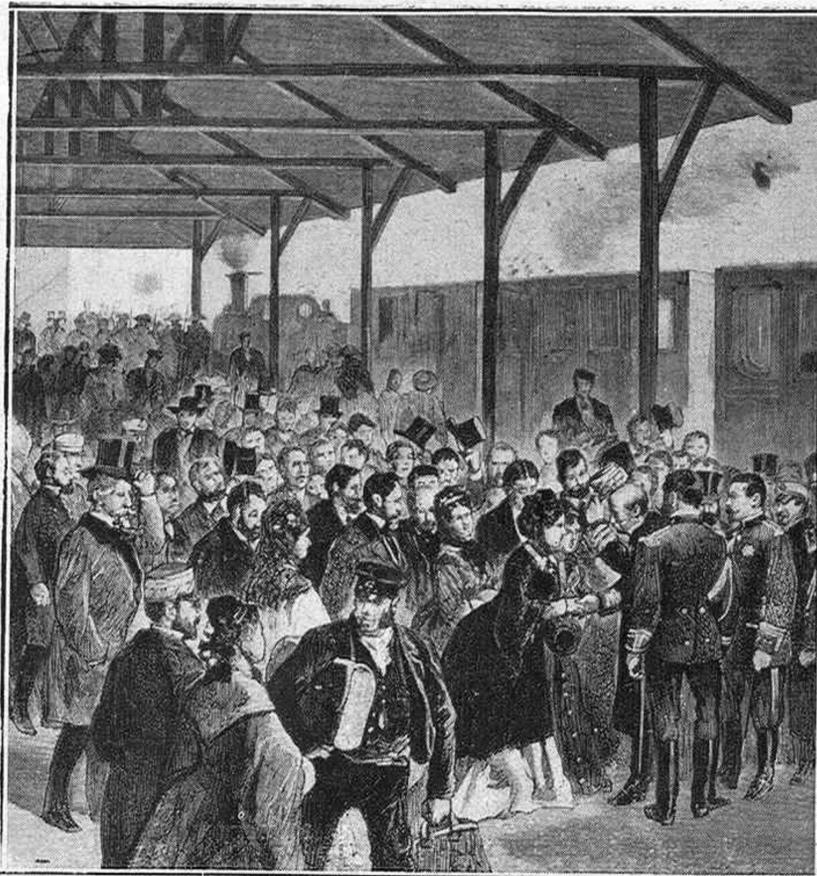
Martínez Campos recibió esa noticia el 22 de Diciembre, y sus preocupaciones crecieron; el apremio del brigadier le empujaba en el mismo sentido que su propia inclinación. Pero los jefes del partido alfonsino, y singularmente el jefe supremo, Cánovas, que constantemente afirmaba la inconveniencia de precipitar las cosas, pretendían llevarle por el camino contrario.

Pero los impacientes tenían cerca de Martínez Campos el más fuerte de los aliados: la esposa del general. «Meridional vibrante é impetuosa —dice Benoist—, realista y católica intransigente, esposa y madre llena de ambición para su marido y para sus hijos. La señora de Martínez Campos preparó ella misma, en el más absoluto secreto, la partida del general; le ayudó á formar su plan, y llegado el día de realizarle, acompañó á los conjurados á las cercanías de la estación del Mediodía, donde el brigadier Bonanza y el coronel Dabán se unieron á Martínez Campos, el 26 de Diciembre, á las nueve de la noche.

Los tres iban disfrazados. El coronel Dabán expidió poco antes, para su hermano don Luis, un telegrama convenido, que decía: «Salgo para abrazarte.»

Los disfrazados pasaron la noche en el tren, durmieron poco y llegaron á Valencia al día siguiente, 28 de Diciembre; de allí fueron en tartana á Sagunto. Allí les esperaba el brigadier Dabán con dos batallones de infantería, dos ó tres escuadrones de caballería y alguna artillería; el resto de la brigada había quedado en Segorbe. Dabán estaba seguro de que en menos de cuarenta y ocho horas todo el ejército del Centro se habría unido á los que se pronunciaron; allí no había que temer la oposición de un López Domínguez, como en Cataluña; ni de un Moriones, como en el Norte.

El solo punto negro era el gobernador militar de Valencia, el general Castillo, incapaz de faltar á la dis-



Salida del general Serrano para ponerse al frente del ejército del Norte, pocos días antes de ser proclamado Don Alfonso XII

ciplina ni de transigir con los que la hollaran. Sería necesario impedirle la acción ó deshacerse de él.

Los reunidos en Sagunto comunicaron inmediatamente al general en jefe, Jovellar, lo que se proponían, y anunciaron á todos los destacamentos que la columna se pondría en marcha para Valencia el 29 por la mañana, y que podían unirse á ella.»

En efecto, partió al amanecer, y á dos kilómetros de Sagunto se detuvo por orden del brigadier Dabán, que mandó formar el cuadro y se presentó en él, acompañado por Martínez Campos, de uniforme ya, y á quien los soldados miraban con sorpresa. Dabán anunció que el general iba á hablarles, y Martínez Campos, un poco emocionado primero, y seguro de sí mismo después, pronunció una briosa arenga, al final de la cual proclamó «Rey de España y de sus Indias— como se decía entonces— á don Alfonso XII de Borbón y Borbón». El mismo lanzó los vivas de ordenanza, que fueron unánimemente contestados con la más completa disciplina dentro de la indisciplina. A nadie se obligó; sólo un viejo capitán, monárquico y alfonsino, pero verdaderamente disciplinado sobre todo, se negó á pronunciarse. Los demás oficiales juraron defender hasta derramar la última gota de su sangre la bandera que acababan de alzar, y la columna reanudó su marcha hacia Valencia. Al llegar á la capital levantina ya se les habían unido otros batallones, y á la cabeza de todos marchaban el general Jovellar, con su jefe de Estado Mayor; Azcárraga, y todo su cuartel general; Martínez Campos, los dos Dabán, Bonanza, Lasso, Martí y otros generales.

Todos ellos fueron á la Capitanía general, y allí trataron de convencer al general Castillo; pero inútilmente. El general Castillo era también partidario de los Borbones; pero por encima de su opinión ponía la disciplina y el cumplimiento del deber.

Su gesto fué inútil; desarmados los voluntarios de la Libertad, con que en último extremo contaba para defenderse, y ocupada militarmente la ciudad por las tropas pronunciadas, hubo de rendirse. Antes de terminar el día, los sublevados, que al salir de Sagunto no pasaban de 1.800, eran ya 10.000 y disponían de 40 cañones.

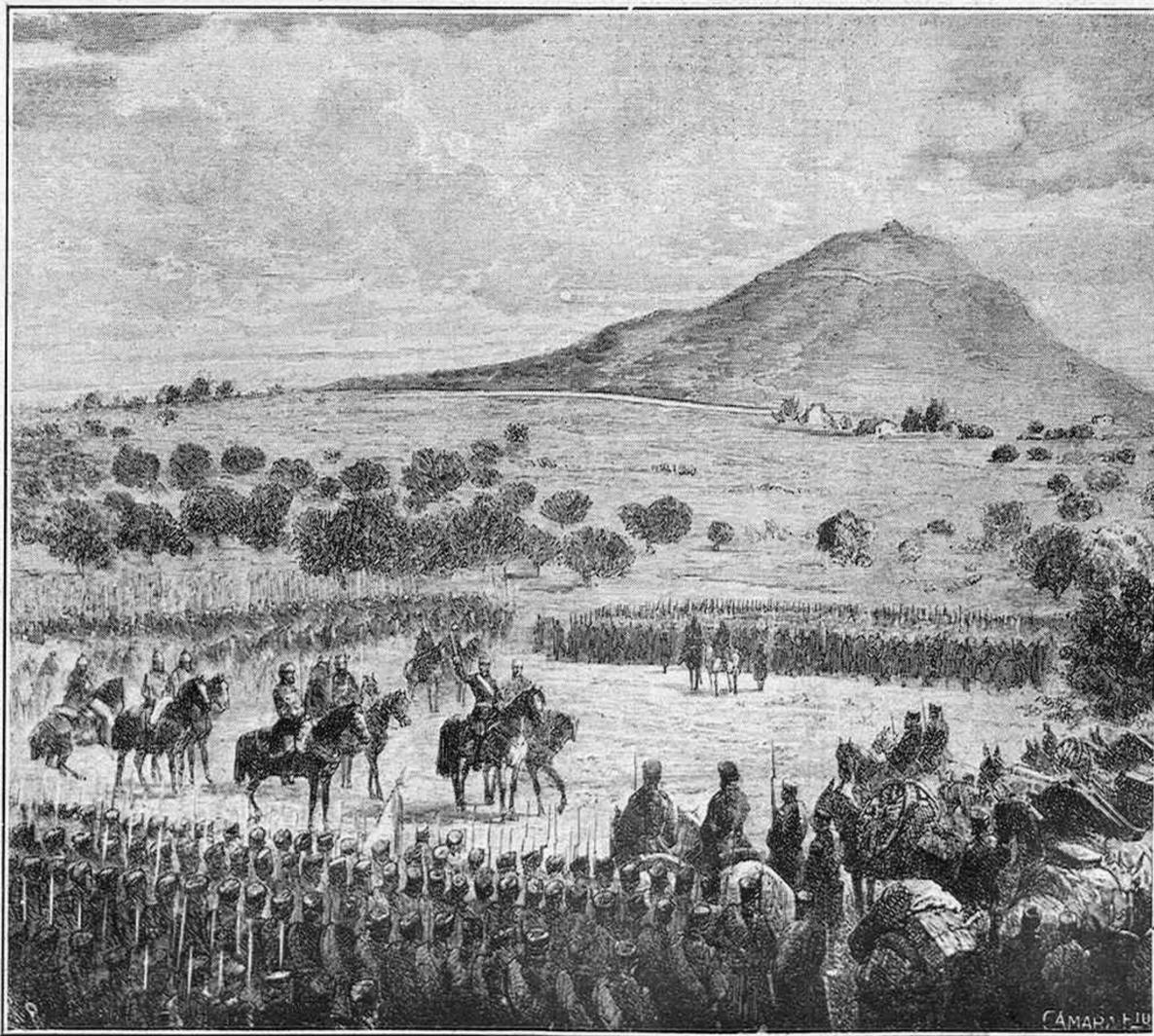
La noticia llegó á Madrid el mismo día 29, á las once de la mañana. Reunido inmediatamente el Consejo de ministros, llamó á Primo de Rivera y le comunicó lo que había hecho el general á quien había garantizado.

—Nobleza obliga— dijo don Fernando—; ahora más que nunca el Gobierno puede contar conmigo y con la guarnición de Madrid, de la que respondo. Inmediatamente salió para dictar órdenes.

Los ministros continuaron reunidos y discutieron si debían ó no destituir á Primo de Rivera. Prevalció, finalmente, la opinión negativa, gracias, sobre todo, al ministro de la Guerra, que, á su vez, dijo:

—Es un caballero, y no faltará á su deber, ni aun contra sus más íntimas convicciones.

El general Serrano, que estaba en Tudela conferenciando con



El general Martínez Campos, puesto al frente de la brigada Dabán, en Sagunto, proclama Rey de España y de sus Indias á Don Alfonso XII, el 29 de Diciembre de 1874



Su Majestad el Rey Don Alfonso XII el día de su entrada en Madrid, al pasar por las Calatravas



El general Martínez Campos

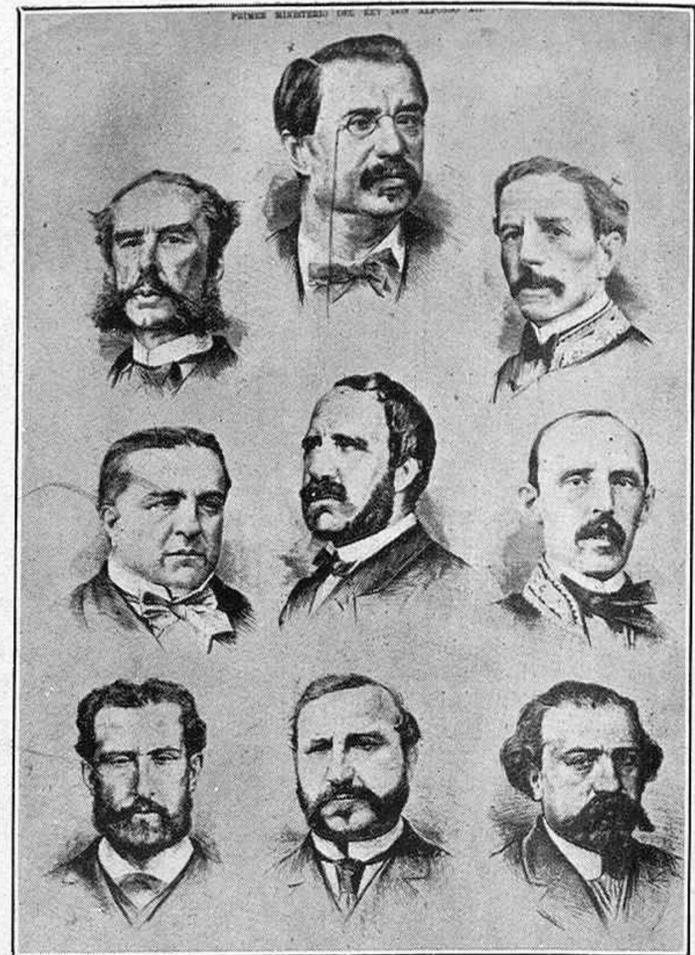
se al movimiento, y con tan firme voluntad, que sería inútil toda resistencia».

Serrano Bedoya, presa de súbita desesperación después de tanta inconsciencia, cogió un revólver y amenazó con suicidarse. No lo hizo; pidió una inmediata reunión del Consejo de ministros. Los reunidos increparon al ministro de la Guerra, y, débiles hasta el fin—dice Benoist—, consintieron en oír de nuevo á Primo de Rivera, que reiteró su declaración hecha al ministro.

Serrano Bedoya, por acuerdo del Consejo, salió con el capitán general para revisar los cuarteles. Al volver al palacio de Buenavista declaró que no quedaba otra solución que resignar los poderes en manos del jefe de la fuerza armada de la capital.

El Gobierno conferenció entonces telegráficamente con el Presidente de la República. Charles Benoist relata muy al pormenor la conferencia, en que quedó demostrado el alto patriotismo del duque de la Torre.

Poco después, Primo de Rivera, que había permanecido en un salón inmediato, penetró en el del Consejo, y dijo:



Los primeros ministros de Alfonso XII, presididos por Cánovas

—Acaban de decirme que el gobernador y el alcalde de Madrid están reuniendo las fuerzas de policía y armando al pueblo. No puedo consentir que se altere el orden, y para mantenerlo haré salir las tropas de los cuarteles.

Una hora después, cuando el Consejo de ministros iba á reunirse de nuevo, Primo de Rivera, al frente de una comisión de oficiales de las distintas Armas, se presentaba á Sagasta, y, con voz vibrante—según Benoist—, declaraba:

—Señor presidente: Me veo en la triste necesidad de haceros saber que la guarnición de Madrid se asocia al movimiento del ejército del Centro, y que va á ser constituido un nuevo Gobierno.

Sagasta protestó, elocuente y airadamente; pero acabó declarando que el Gobierno, por patriotismo, se retiraba...

La Restauración borbónica estaba hecha.

Pero algunos años más tarde tuvo en el Senado un epílogo, demostrativo de cómo entendían aquellos políticos la supremacía del Poder civil.

El 11 de Febrero de 1880, Cánovas, discutiendo en el Senado con el general Martínez Campos, le dijo duramente:

—Dados mis principios, mis convicciones y mi manera de ver las cosas, el mayor sacrificio que he hecho á la Monarquía ha sido el de tener á su señoría á mi lado.

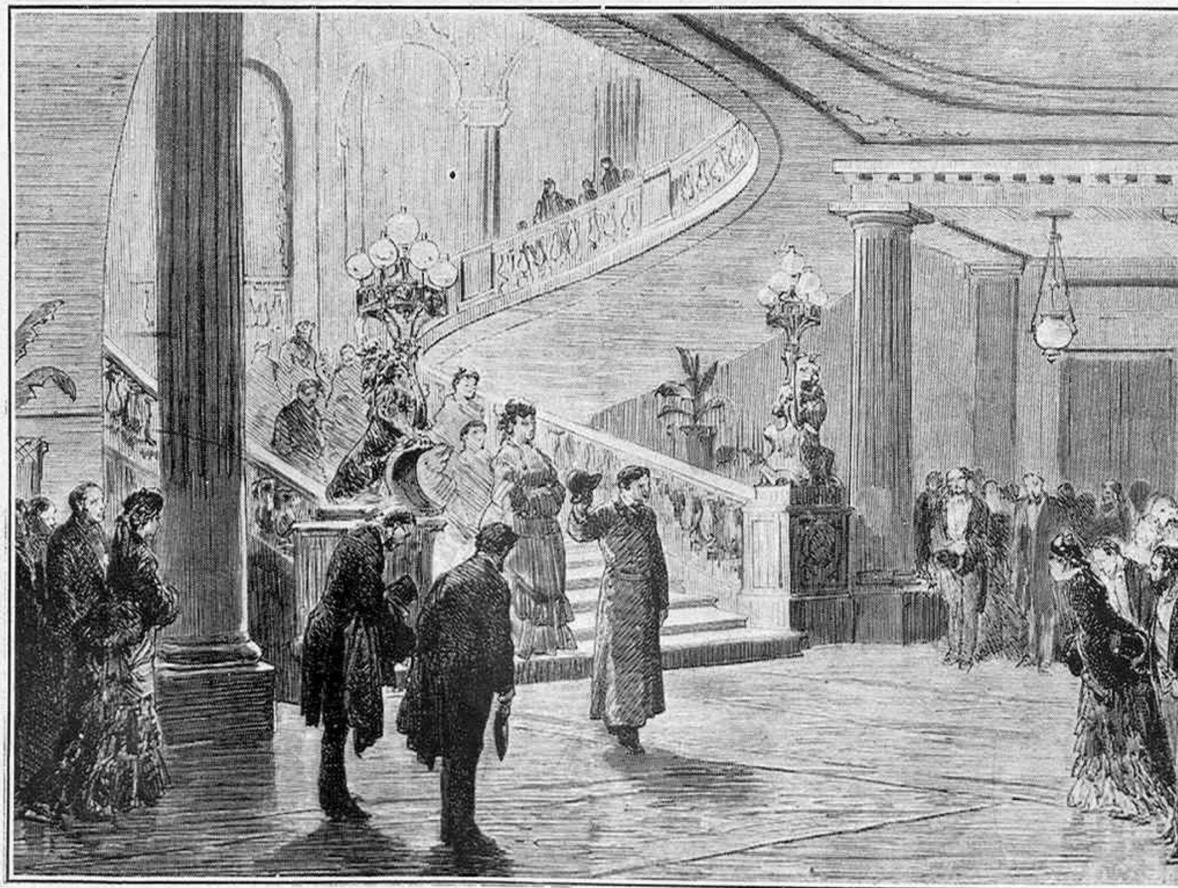
ANTONIO DE MADRID

Moriones, ordenó que le enviaran todo el material ferroviario, para marchar con las tropas de que pudiera disponer á Madrid. Nuevamente fué llamado al Consejo el general Primo de Rivera, que nuevamente hizo protestas de fidelidad: —¡Deshonraría estos galones que debo al duque de la Torre y á su Gobierno—exclamó— si faltase á mi deber! ¡El que hoy intente turbar el orden, republicano ó monárquico, será un traidor, y como tal habrá que tratarle!

Al caer la tarde de aquel 29 de Diciembre Madrid entero sabía lo ocurrido. Sabía también que la guarnición de la Villa hervía en conciliábulo, y que el general Primo de Rivera dejaba entrever que «su concurso no faltaría á una manifestación militar, cuando las circunstancias lo permitieran».

Las calles, los cafés, todos los sitios de reunión estaban animadísimo. La efervescencia era extraordinaria, creciente. A media noche, la agitación llega al colmo; los republicanos, optimistas, confiaban aún en que el movimiento sería localizado; pero los alfonsinos estaban seguros de que pronto se uniría á él la guarnición de Madrid. A las cinco de la madrugada se preguntaban: ¿Cuándo saldrán las tropas?

A esa hora el general Primo de Rivera se presentó al ministro de la Guerra para anunciarle que «la guarnición de Madrid estaba decidida á unir-



Su Majestad el Rey Don Alfonso XII saliendo del palacio Basilewski, de París, el 6 de Enero de 1875, para venir á España (Fots. Cortés, de grabados de la época)



LA ANTORCHA DEL ARTE

Mujer, rosa ó sueño: ¿De dónde has venido
que á mí me pareces aroma y sonido?
¡Sonido de besos y aroma de flores
de jardín que encantan claros surtidores!
¿Cubrieron tu cuerpo regias vestiduras,
que alevés rasgaron las turbas impuras,
ciegas de venganza, ebrias de coraje,
ante los destellos de tu albo linaje?
¿O eres, por milagro de mi fantasía,
la musa esplendente de la patria mía?
¿Callas y enrojece porque te amedrenta
la ardiente mirada de mi alma sedienta...?
Mi alma de trovero sólo brinda amores:
¿quién teme al perfume que exhalan las flores?
Yo jamás, cobarde, ultrajé á una dama,
que el amor de madre aun mi pecho inflama

con esas tibiezas de calor de nido,
con esas ternuras de un querer sufrido.
Mi vida no tiene rumbo ni lugar:
soy como las aves: sólo sé cantar
con ritmo vibrante de un arpa sonora,
que en silencio sufre y en silencio llora,
porque al fin soy eco de una voz perdida,
y ecos son las glorias que ofrecí la vida.
¡Gloria humana! Sombra, dolor, espejismo;
¡pero el arte es gloria por el arte mismo!,
y aun cuando pretendan las ignaras gentes
apagar el rayo que arde en nuestras frentes,
sigamos en lucha por el arte puro,
pues sus normas guardan el triunfo seguro.
Nunca te esclavices al aplauso vano.
Ya que el arte puso su antorcha en tu mano,

procura que siempre la llama encendida
alumbre el camino que emprendió tu vida.
Haz de tu existencia un arca cerrada
y oculta en su fondo tu flor más preciada:
la que simboliza los castos amores,
la que nunca enlodan viles seductores,
y así, por hermosa, sencilla y discreta,
rendido á tus plantas te dirá el poeta:
¡Mujer, rosa ó sueño de amor, te saludo:
la gloria es tu emblema y el arte tu escudo:
si al fin ha de verse tu ambición cumplida,
sigue por la senda que emprendió tu vida,
y aunque es tan oscura, ¡no has de abrir su arcano
si te puso el arte su antorcha en la mano!

SANTIAGO GUILLEN



La Ermita del Humilladero es una aldea leonesa. Fué bombardeada durante la guerra carlista. Consérvanse sus ruinas, convertidas en torre parroquial del pueblo (Fot. Cervera)

PAISAJES LEONESES

LA ERMITA DEL HUMILLADERO

La humilde ermita de este pueblo leonés añora su grandeza y esconde su fama al amparo de las sierras y collados de la aldea, á la sombra de seculares pinos, en cierto valle risueño de verdes praderas, engalanada por milenarios álamos.

Reposa al pie de la cumbre; su modesta condición pónela á cubierto de curiosos investigadores, y así es como vive en santa y envidiable paz, con el tesoro de sus recuerdos y de sus leyendas.

Grande fué la Ermita del Humilladero en épocas remotísimas. Entonces se alzaba soberbia y envanece de lucir el cubo románico la airosa torre renacentista, los magníficos ventanales policromados. Y tuvo á gala pregonar su riqueza por navas y desfiladeros, por aldeas y villas, por pueblos y comarcas.

El esquilón centenario anunciaba las fiestas y las romerías con bulla incesante; rodaban los ecos por las gargantas serranas, trasponían las cumbres, y su voz escuchábase en las Asturias de Oviedo.

Y así cantó las victorias; saludaba á los magnates, hidalgos y ricos-hombres, cuando por acaso caminaban triunfantes hacia la corte de León y deteníanse bajo su bóveda á entonar himnos de victoria, salmodias y plegarias de alabanza al Señor y endechas populares al apóstol Santiago.

En el atrio del altar mayor oró Bernardo del Carpio y amparóse en el derecho de asilo, fugitivo, perseguido por el rey Alfonso. En su portal juraron los del Temple la defensa de fueros y prerrogativas, antes de emprender su triste éxodo, ya consumado el drama y *finchado* el pleito del historial memorable.

También doña Sol, la doncella de los romances y de las leyendas, asistió á «ceremoniales de Caballería y lides», con su esposo; ofreció las flores legendarias al galán de la epopeya y per-

noctó en el convento próximo á la iglesia durante los días que siguieron al destierro de un famoso conde castellano.

En la noche del Corpus bajaban las *cantaderas* con sus ramos y sus carros y sus galas más preciadas á regalar el oído del Señor. Eran noches muy tranquilas y apacibles. Siempre los trovadores y juglares acompañaban á las mozas, y al son de pífanos y chirimías demandaban amor con tiernos requiebros y delicadas coplas.

Los trovadores «que sabían bien trovar» enseñaron á las damas, á las doncellas y á los villanos «las ensaladas de gracia» más populares.

Gustaban los magnates de idénticas alabanzas; mas preferían oírlas al morir la noche, y siempre en pícaras y atrevidas glosas. El romance del conde Claros, las batallas del moro Tarfe, ó los sinsabores de Delgadina, «una de las tres hijas del rey...»

Al amanecer, el viejo esquilón y las campanas de «tremante sonido» llamaban á misa.

Acuden á la ermita los campesinos de las tierras llanas y de los páramos, los de Asturias y los del Bierzo; vienen con los ramos de olivo y las blancas palomas á la *ofrenda de los panes*.

Visten ricas galas y trajes por demás lucidos. Las doncellas calzan chapín, cubren su cabeza con la toca de terciopelo y seda y anudan al corpiño los pañuelos de seda y oro recamados de adornos y bordados. Las violetas, los alielies y las margaritas las ofrecerán sobre el carro triunfante.

Entretanto avanza el mitrado leonés y bendice desde el presbiterio á los campesinos y gentes de lejanas comarcas; van canónigos y abades, en la compañía de los clérigos de estos pueblos míseros, hacia el altar mayor, con la cruz procesional muy bien guardada por peregrinos y romeros de luengas tierras.

Termina la fiesta; las doncellas bailarán el ramo, y en el atrio de la iglesia los renegados tañerán el tambor y con sus pífanos y albugues alegrarán las tierras cristianas hasta la hora de caer el sol. Entonces despiden á los peregrinos y les acompañan á la cumbre del monte Urbina.

Semanalmente, la ermita consagró el día á algún santo leonés: San Facundo, San Marcelo, Santa Nona, San Froilán...

Vivió largos años la famosa capilla del Humilladero como prócer medieval, como majestuosa catedral gótica. Los hombres la olvidaron. Apenas recuerda su vida de grandeza; ni caballeros, ni Capítulos, ni hidalgos, ni mitrados, ni mudéjares, ni cantaderas.

Pero la capilla humilde de hoy no envidia la soberbia pasada. Duerme un sueño pacífico de tumba y hállase muy visitada por estos labradores leoneses. Espera el sol de Julio, aguarda las auroras estivales, cuando, dorada la mies, retorna la paz al hogar villano.

Al cubrirse el cielo con el matiz otoñal del mes vendimiario, guarecida bajo la niebla, añora sus tiempos legendarios; evoca al Cid y al caballero Bernardo y á doña Sol y á la infanta Teresa... Se embriaga en su recuerdo los meses del frío y de la nieve.

Cierta mañana brotan de nuevo las margaritas, heraldos de la primavera. En ese instante se envanece de su humildad, abandonará el recuerdo de aquellas fiestas de abades, mitrados y canónigos. Ama la luz y saluda á las Kalendas de Agosto, en cuyos días el amor consagra á sus dioses, en ceremonias humanas, el pan de las eras y el zumo de la vid, alimentos predilectos del Señor...

Son las danzas de amor las que alegran hoy las veladas nocturnales de esta escondida Ermita del Humilladero...

MANUEL FERNANDEZ NUÑEZ



...y aquellos juramentos
que en silenciosa noche..

¡ V I E J E C I T A M I A !

*¡ Hemos llegado á viejos! La nieve de los años
ya tus cabellos rubios en blancos convirtió;
ya vamos ascendiendo la cumbre de la vida;
¡qué lento es nuestro paso! ¡Difícil la ascensión!*

*¡ Con qué extraña sonrisa miramos el pasado,
aquellas dulces horas, aquel tiempo feliz,
albores de un cariño, amanecer de un día
cuyo recuerdo grato no se aparta de mí!*

*Envuelta entre celajes de hermosas esperanzas,
cuán rápida, cuán breve pasó la juventud,
mirando sólo flores á orillas del camino,
la senda sin espinas, el cielo siempre azul.*

*No olvido aquella reja cuyos labrados hierros
oyeron las promesas de sincera pasión,*

*y aquellos juramentos que en silenciosa noche
nacieron de la luna al pálido fulgor.*

*Verdes enredaderas de azules campanillas
dieron á nuestros goces espléndido dosel,
y aromas deliciosos de rosas y azahares,
fueron como un incienso en el altar aquel.*

*No olvido que en mi alma nació la primavera,
como amoroso esfluvio de venturoso Abril,
cuando la miel suave de tus primeros besos
me hicieron que aprendiera lo hermoso del vivir.*

*La bendición divina selló nuestros amores,
labramos nuestro templo, formamos un hogar,
y un ángel de los cielos velando nuestros sueños
sublimes paraísos nos hizo disfrutar.*

*No importa, alma del alma, no importa que veamos
callada y misteriosa besarnos la vejez,
que el polvo de la vida nuestros cabellos cubra
ni pierda su tersura tu alabastrina tez.*

*No importa que los ojos, luchando con las sombras,
apaguen, poco á poco, tesoros de su luz;
que lentos nuestros pasos no avancen como antes...
mientras que yo te adore, mientras me quieras tú.*

*Aún saben cariñosos besarse nuestros labios,
aún nuestras viejas manos se cruzan con amor,
y juntos recorreremos la senda de la vida,
soñando en otro cielo, con la esperanza en Dios...*

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

(Dibujo de Tejada)

ACABA DE PUBLICARSE

«MITOLOGIA DE MARTI»

Dentro del género biográfico, tan amplio y multiforme en la época actual, es interesante el modo á que Alfonso Hernández Catá ajusta su libro nuevo *Mitología de Martí*, «resurrección no ajustada á datos concretos», según frase muy exacta de su autor. En la eterna oscilación de los géneros y las modas literarias, tal vez por habernos asimilado á Taine demasiado, necesitamos ahora separarnos un poco de Taine, y eso pueden significar las *Mitologías* de los grandes hombres substituyendo á sus biografías. En la que ahora publica Hernández Catá hay capítulos muy interesantes, y entre ellos descuella, por su presentación del espíritu de Martí, el titulado *Apólogo de Mary González*, en que con el mismo bello estilo de otras páginas de Catá se pinta una fuerte impresión de espíritu racial

ESTÁ invitado á almorzar, y llama en la cancela de la casa antes de que llegue el sol al meridiano. Ha corrido muchas tierras, ha vivido muchas costumbres, pero el amor á la patria donde tan poco ha estado con el cuerpo, lo mueve cuantas veces le es posible á ajustarse á los horarios de ella. A poco de sonar la campanilla, una muchacha avanza por el jardín. Es ágil; su tez soleada y el ritmo de su paso sugieren ideas de gimnasia y de juego. Luce esa fuerza ágil de los buenos cruzamientos de raza. Debe de ser la hija del anfitrión.

—¿Usted es el señor Martí? Pase. No puede figurarse las ganas que tenía de conocerlo. Al primer mitin que den los cubanos, voy... No he ido antes porque estaba en el colegio, en New Jersey... Pase. Yo le haré compañía hasta que papá venga. Tuvo que ir á la fábrica por no sé qué asunto... El cuenta y no acaba de usted.

Un poquito turbada, á pesar del aplomo aparente, la muchacha guía al invitado, que sonríe. Cuando van á subir los primeros escalones de la casa, él le dice:

—También yo la conocía á usted de nombre... Sé que, aun cuando ha nacido en Valladolid, se ufana de ser americana; que tiene el primer puesto en todas las asignaturas de savia inglesa... Y el acento es yanqui puro. Cuando tengamos confianza le diré que su boca puede reprocharle á su nariz el que se entrometa un poco en su conversación. Su inglés es nasal, y su español suena ya un poquito á falso, como moneda que empieza á partirse.

—¡Vine de tan chica...! Además, mi madre, aun cuando hija de españoles también, nació en Boston. El idioma de mi niñez no ha sido el español, y casi tengo que traducir... ¡Como que cuento y rezo en inglés! Papá querría que hablase como él, pegándome con las *jotas*, las *zetas* y las *erres*. Cuando me da por complacerlo quedo más cansada después de una conversación que tras un partido de *tennis*.

Ríe con su boca fresca de dientes nuevos. El invitado le responde:

—Ni su papá tiene en esto razón... ni usted tampoco. La corriente nos arrastra, mas hay que nadar contra ella. Y usted, tan buena deportista sin duda, hace todo lo contrario: nada á favor. Ya que no hablar, procure, al menos, pensar en algunas cosas como piensa su padre.

—Pues tampoco. No reñimos, porque nos queremos tanto que cuando estamos juntos sólo tenemos tiempo de mimarnos el uno al otro. Pero siento que si se pusieran frente á frente nuestras ideas sin que las sujetaran nuestros cariños, nos pelearíamos de firme. El, aunque usted lo ve tan comerciante y aunque le haya ido tan bien en su fábrica de tabacos, es poco práctico. Mientras que yo... Los molinos de Don Quijote le dan vueltas en la cabeza. No creo que haya, no aquí en Tampa, sino en todo el mundo, un español más español que él.

Ya están en el corredor festoneado por una enredadera de hojas brillantes; ya se miran, sentados, frente á frente.

Bajo el ancho bigote, la sonrisa buena persiste. La muchacha, para afirmar su desenvoltura, cruza una pierna sobre otra y respira recio, contrayendo é hinchando el busto de curvas magníficas. Media entre ambos un silencio atento. Ella, muy mujer, se desasosiega y lo corta.

—Mire que papá, español tan español, y usted, que es el filibustero más filibustero según dicen, entenderse...



ALFONSO HERNANDEZ CATA

—Y á maravilla. Nuestras almas hablan la misma lengua. Me ha invitado á su mesa, y pienso nada menos que sacarle dinero para nuestra revolución. Usted y yo, en cambio, creo que no nos entenderíamos tan bien. Vamos á ver, ¿quiere que riñamos un poco mientras él llega?

—¡Oh, no!... Ya sé que va á decirme lo que otros me han dicho: Que me he americanizado demasiado, que me siento americana hasta la médula, que admiro esta civilización, esta libertad, estas oportunidades dadas á todo ser libre... No lo niego. Para mí el pueblo más grande y más liberal del mundo, es éste. Pero discutir con usted, ¡Dios me libre! Sé que es un portentoso orador. Me aplastaría con bellas palabras, á la española.

La sonrisa ha comenzado á disolverse bajo el mostacho, y todavía, antes de que desaparezca por completo para dejar sitio á un gesto triste, transcurre otro silencio lleno de piar de pájaros y cabecear de rosales. Esta vez no es ella quien lo rompe.

—Ataca usted antes de que la ataquen. Dicen que es la táctica mejor. Y, sin embargo, no siempre es de fuertes. Habla usted de los oradores como de los brujos, con una especie de admiración medrosa, como si el orador fuera un tramposo, un prestidigitador de palabras... A los grandes oradores se les conoce mejor el mérito cuando tartamudean. Y yo ni siquiera voy á tartamudear ante usted, porque voy á hablarle de cosas que tengo muy pensadas, muy sentidas: que he dicho muchas veces. Mi admiración á este país es también muy viva.

Ha tenido y tiene grandes hombres; tiene grandes masas también. Pero adora á Mammon, se está envaneciendo de su fuerza y temo que, convertido en retorta de todos los pobres del mundo, dé un día una raza enriquecida y rapaz que no pueda tener por antepasados á los emigrantes del *Mayflower* ni á los redactores de la protesta ejemplar al rey Jacobo. Nada ayuda á despreciar tanto la razón como la fuerza excesiva, y este país ya la tiene. La meta es ya para cientos de miles de americanos el oro con todas sus concupiscencias sensuales y el poder con todas sus bastardías. Los grandes idealistas, poetas y filósofos, tienen en este pueblo que ama usted tanto, un carácter excepcional que sorprende. No son culminaciones de la masa, sino incrustaciones extrañas á ella. Hoy se amparan con todas las estrellas de su bandera, en el amor á la libertad; mas la libertad es incompatible, y la paz también, con el acaparamiento de la riqueza. El águila no es en vano su Espíritu Santo, y llegará un día en que otras fieras de otros emblemas tengan que luchar contra ella. ¿Que crecen aquí el bienestar y la independencia? En buena hora. ¿Que usted y cien mil *girls* se enorgullecen cada día más de lo deprisa que van hacia las nivelaciones sociales? Albricias. Las muchachas de España, las muchachas de toda nuestra América, son junto á ustedes pacatas é indecisas. Pero cuide de que para conquistar esta superioridad del cuerpo y del alma no haya sido menester sacrificar algo sustantivo del sexo. Yo le temo al dólar como á algo perturbador. En el nuevo Paraíso la serpiente llevará un dólar de oro en vez de silbido y de veneno. Admiro á esta gran nación en sí, pero no quiero parecerme á ella, ni quiero que la nación á la cual he dado ya mi vida dependa de ella nunca. Con los españoles como su padre y aun con los otros, me entiendo. Con los norteamericanos, no. Aunque á veces queramos las mismas cosas, las queremos con palpitations diferentes. Y usted, fundiéndose en esta raza, es algo que se me pierde y me dan ganas de llorar... Porque usted se casará con un americano, y sus hijos no mirarán nunca más con ojos puros hacia nuestros países; antes bien, se servirán de su heredado conocimiento de nuestras flaquezas para mejor perdersnos. De un Smith aun puedo fiarme. De un González norteamericano no me fiaré jamás. De la transfusión de sangre que no es afín, mueren los enfermos. Aun cuando se injerte en el tronco de nuestras repúblicas el mundo, el tronco ha de brotar de cada tierra, nutrido de su sangre, de sus sacrificios, de sus tradiciones. Cada país necesita vivir con todos, pero de sí. Ni con limosneros de derecho se fundan naciones, ni con parásitos ó mulatos de civilización se sostienen. Es más fácil invadir á un país que nos tiende los brazos que á uno que nos vuelve la espalda. Y en el futuro, cuando se rompan los lazos inmediatos de la estupidez y la maldad, de España tiene que venirnos la sangre afín: de esa España grande cuya esencia está usted cambiando poco á poco por *confort* y por libertad falsificada. Libertad, María—no Mary!—, es el derecho que cada ser tiene á hablar sin hipocresías y á ser honrado. A España, hoy enemiga, todos debemos, después de combatirla y de reformarla por nuestra victoria, sentirla en lo hondo de nuestras entrañas, porque de ella vino nuestra vida, de ella viene nuestro indómito temple y han de venir las resistencias del mañana. Si unificamos la cultura, de posible diversidad, la raza

de imposible separación, nos abrirá nueva plaza en la Historia. Un indio educado puede ser Benito Juárez. ¡Pero á condición de que Cortés fecunde á la Malinche! España caída, empobrecida en manos de torpes gobernantes, tiene, empero, esa grandeza que anhelo yo para todas las naciones de mi América, porque pueblo mayor no es aquel en el que una riqueza desigual produce hombres crudos y mujeres venales: pueblos grande, no importa su tamaño, es el que da hombres generosos y mujeres puras. Todavía está expuesto á ser esclavo el que mantiene esclavos á su lado, y este pueblo tiene dos amos déspotas: el dinero y la prisa. Yo digo á los míos: El vino, de plátano, y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Y así le digo á usted, María—no Mary!—, María González, hija de español, nieta de españoles, acepte usted sólo de este emporio lo que pueda ser fronda de su árbol, sin alterar el jugo vital que por el tronco hispánico viene de muy hondo, de muy lejos. La vida espiritual es una ciencia como la vida física; cultive usted su españolismo y, corrigiendo el viejo proverbio, piense que, por desgracia, aquí todo lo que reluce es oro. De la raza, como de la religión, el que reniega es siempre sospechoso hasta para las mismas raza y religión porque deja las suyas. Recuerde usted sus años de colegio, y alguna aventura habrá en la que su españolismo le haya servido de coraza ó de arma. Usted dice con Séneca: «La Patria es donde bien se está» y además, en el idioma perentorio de hoy: «¡Quiero vivir mi vida!» Y la vida, la más nuestra, María—no Mary!—, no es nuestra sólo: hay sepulcros y hay cunas. Hay voces en la sombra, manos invisibles que impulsan y piden... ¿Se le aguan los ojos? ¡Buenas lágrimas! ¿Ve usted cómo el orador no es el abillantador de mentiras, sino el desnudador de verdades?

Una mano ha ido á refugiarse en otra mano y una cabecita de rizos color de caoba ha buscado el cobijo del pecho varonil. Sin duda todas las palabras no fueron entendidas, pero hay el tono, la atmósfera... Y las que dieron en el blanco del corazón bastaron. Al través de las insinuaciones de lágrimas que no llegan á llanto, ella sonríe. Y una marejada dulce los envuelve. Por esa sonrisa veteada de emoción se siente pagado de su larga plática. El mito de Orfeo ha vuelto á realizarse. Una palabra más, una insinuación suya, y el premio supremo sería para él á pesar de toda la diferencia de edad. La certeza subconsciente de que su vida está cercana al fin, lo embriaga cual si fuera á llenarse en raudal la copa á medio vaciar de la existencia. La tentación dura un tiempo mínimo. ¿No venció otra más fuerte, allá en Guatemala? En la mañana rubia, ante la belleza rubia rendida, siente otra vez que del mismo germen son la miel, la luz y el beso. Ya la conciencia se ha impuesto en fácil triunfo. Si la mujer, al ser conmovida, necesita besar, Mary González no será hartó defraudada: Besaré; pero el beso que reciba no tendrá el aguijón sabroso y ponzoñoso que suele encontrar los besos febriles. Dos manos cogen su cabecita y la guían. El beso no es ruidoso: es largo, de alma, en la frente. Y, al separarse, él murmura:

—Vamos á ver si el discurso sirvió de algo: ¿Cómo se llama usted?

—María González—responde ella comprendiendo rápida.

En ese instante se abre la cancela, y entra el dueño de la casa. Es corpulento, jovial, áspero de facciones, y de ojos blandos. Desde lejos bromea con su huésped:

—¿Me está usted dando lecciones de filibusterismo á mi princesa, señor cabecilla?

—No, señor. Se las he dado de españolismo, que no es lo contrario, aunque algunos se lo figuren.

Ya están juntos los tres; y hay otro beso entre padre é hija, y un apretón de manos entre los dos hombres. Los rosales cabecean en el jardín cual si quisieran otorgar fragante aquiescencia á las palabras. Una brisa que viene de bañarse en el mar, que viene de Cuba tal vez, lleva hasta el fondo de los pulmones ecos de sal y yodó.

ALFONSO HERNANDEZ CATA



ANTONIO LUCAS MORENO

NUESTROS GRANDES ARTISTAS

ANTONIO LUCAS MORENO, PROFESOR DEL CONSERVATORIO

La excepcional circunstancia de actuar en las oposiciones para ocupar una cátedra de Piano, de reciente creación, en el Conservatorio de Madrid opositores de indiscutible mérito, el triunfo del joven pianista Antonio Lucas Moreno ha tenido singular significación artística.

La actuación de Lucas Moreno en estas oposiciones ha sido una revelación; y las personas ecuanímes, exentas de apasionamiento de grupo—muy disculpables—han tenido que reconocer una manifiesta superioridad técnica como pianista, una perfección sin igual en su mecanismo y una seriedad en las interpretaciones, de considerable altura artística. La soltura y el dominio de sus dedos, esa particularísima relación entre la agilidad (técnica) y la sensibilidad (tacto), de que depende la belleza del timbre y de la sonoridad, y cuyo resultado es la expresión, la expresión ponderada y de buen gusto, se han manifestado en el equilibrado temperamento del joven profesor, con extraordinario relieve, al menos para quienes no añublen su criterio artístico rencores póstumos. No en vano es discípulo—como el eminente Cubiles—de aquella excelsa profesora—nunca bastante llorada—Pilar Fernández de la Mora, cuyo don especial para infundir á sus alumnos el sentido de lo bien hecho fué siempre reconocido y admirado.

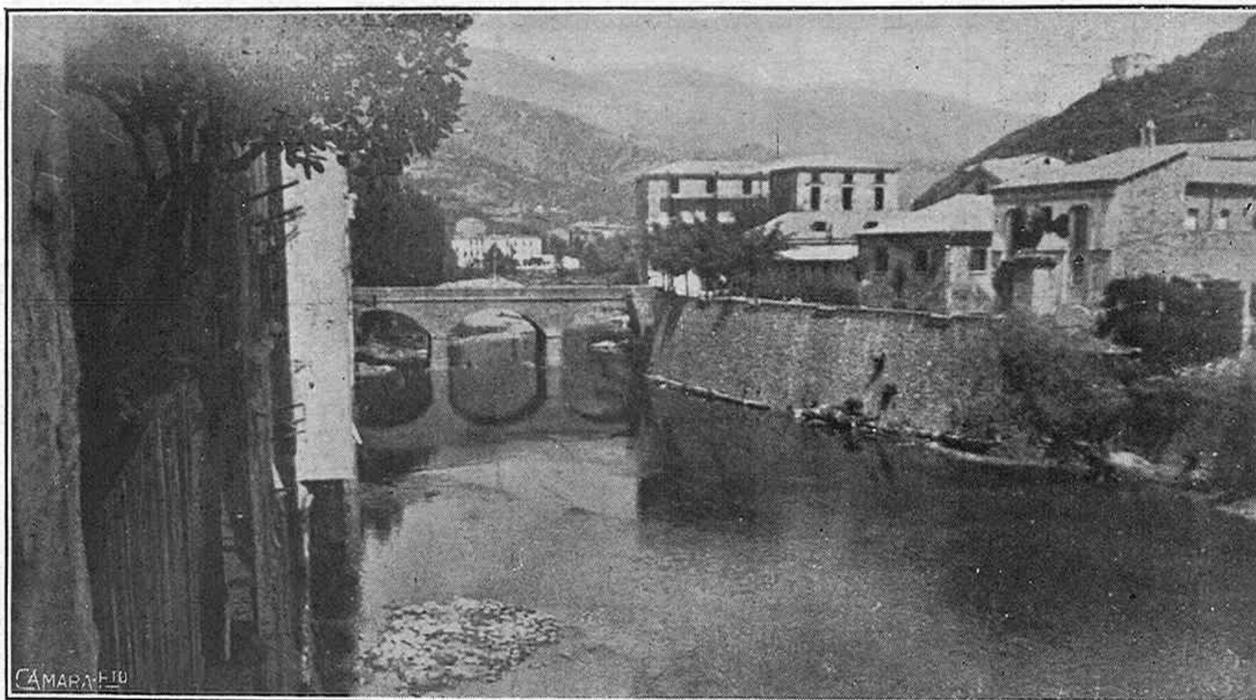
Porque no se es más artista por hacer gestos y poner los ojos en blanco; ni por usar y abusar del pedal sordina, ignorando su significación

—pues á ningún pianista inteligente se le ocurre emplearlo para obtener el mínimo de intensidad, de igual modo que un violinista no emplea la sordina para tocar piano—; ni por confundir el buen gusto con el amaneramiento y la cursilería, la técnica con el puñetazo, la claridad y el juego limpio con la chapucería, precisamente por falta de técnica sólida, de buena ley; ni la dicción y el fraseo con la deformación de la frase musical, que truncando el ritmo acumula el sentido del acento; pues así como la exactitud rítmica de los tiempos es infecunda artísticamente, el exagerado *rubato* conduce á la deformidad y á lo falso, y eso se llama en unos casos ignorancia; en otros, en los menos, exhuberancia de temperamento, y en los más, «deseo de distinguirse por excentricidades que no tienen nada que ver con la belleza artística», aunque lo aplaudan auditorios ignaros.

La pureza de la técnica de Lucas Moreno y su noble y sereno arte de la interpretación, puesto de relieve en estas oposiciones, están muy lejos de los defectos señalados en que incurren muchos pianistas.

El ingreso de Antonio Lucas Moreno en el Conservatorio tiene que verse con simpatía y afecto por el profesorado de este Centro—y por las personas cultas interesadas por las cuestiones musicales—, doblemente conociendo las cualidades personales del joven é insigne pianista, quien merece, de todo corazón, una cordialísima felicitación.

ROGELIO VILLAR



Pintoresco paisaje del río Ter, en las cercanías del Monasterio de Santa María de Ripoll

LEYENDAS ESPAÑOLAS

SANTA MARÍA DEL MONASTERIO DE RIPOLL

Al darse cuenta Carlo Magno (1) de que la morisma invadía las fronteras de Francia, emprendió una intensa campaña contra la misma, fracasando su expedición en el desfiladero de Roncesvalles, al frente de la cual figuraban en calidad de jefes aquellos Doce Pares de Francia. Intentó una nueva cruzada, con objeto de prestar auxilio á los catalanes, valiéndole el adueñarse de varias ciudades de Cataluña, las que gobernó por las leyes visigodas, colocando al frente de las mismas un conde en calidad de administrador de la provincia.

Conquistada Gerona y en uno de sus cotidianos paseos á caballo, llegó Carlo Magno á la desaparecida ciudad de Ricópolis, la que se propuso levantar. Contemplando sus ruinas, apareciósele detrás de un montón de piedras un venerable ermitaño, el cual le explicó que él y cuatro compañeros más hacían vida eremítica. Al mostrar el emperador deseos de conocerlos, fué conducido por el aparecido religioso á una oculta cueva, donde se guardaba y veneraba, sobre modesto altar de piedras, la Virgen. Cautivado Carlo Magno por la austeridad de aquellos venerables anacoretas, prometiéndoles transformar la gruta en granja, para luego convertirla en majestuoso monasterio, con objeto de que acudieran á dicho lugar fieles de todo el mundo, á cuyo fin entrególes buena cantidad de dinero á condición de que la comunidad que debía fundarse debía adoptar la regla de San Benito. Construido aquél, fué destruido por la morisma y degollados sus cinco moradores, salvándose milagrosamente la Virgen por haberla escondido aquéllos oportunamente.

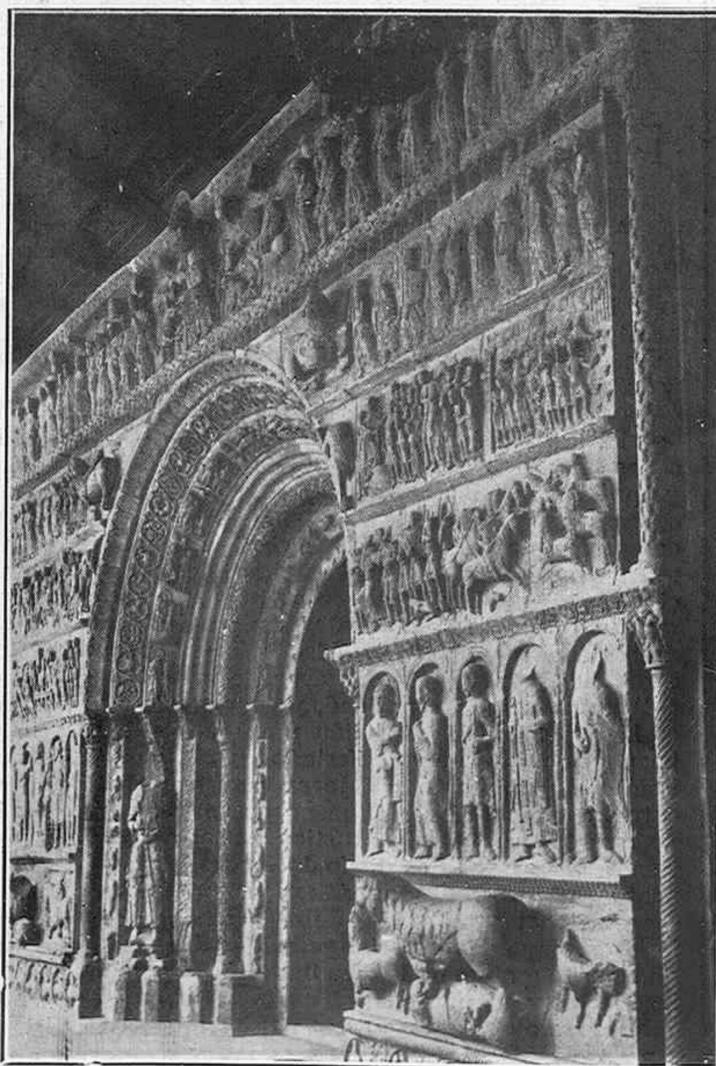
Pasados unos años, volvió Carlo Magno á Cataluña, y al querer visitar la granja de Ricópolis, sólo halló un montón de ruinas. Impresionado por ello, ordenó la construcción de un nuevo cenobio y la inmediata busca de la desaparecida Virgen; y aunque en aquel momento no pudo darse con el escondrijo de ésta, terminóse el monasterio.

Ocupando el trono condal de Barcelona Wifredo *el Velloso*, después de emprender algunas cruzadas contra los sarracenos y de haber sustituido el símbolo de la media luna por el de la redención, empezó á hacer levantar la villa de Ripoll sobre las ruinas de Ricópolis. Paseando un día por ellas, encontróse con Godmaro,

obispo de Vich, al cual le contó la siguiente extraña visión ó sueño que había padecido: «Hallándome en medio de una armonía angelical, apareció entre unas sombras de fantásticos personajes una voz que me invitó á levantarme del lecho y á seguirle, hasta encontrar una recóndita cueva, en la cual alzábase, sobre rústico altar de piedras, la imagen de una lindísima Virgen. De pronto, apareció un guerrero, que dándose á conocer, resultó ser el propio Carlo Magno, quien me comunicó había abandonado el sepulcro para acudir allí y postrarse á los pies de la Virgen, añadiendo que le había prometido un monasterio, el cual fué incendiado por las huestes agarenas, desapareciendo la Virgen. Que yo era el elegido por el Señor para la empresa de la Reconquista, así como también para continuar su hermoso proyecto, encargándome que en su nombre, al siguiente día del sueño, me postrara á los pies de la Virgen y le fundase el mayor monasterio que pudiera haber en Cataluña y, finalmente, que le consagrara la prenda que más estimara. Dicho lo cual, desapareció el glorioso guerrero.»

Explicado este fantástico sueño, pidió Wifredo á Godmaro un consejo con respecto á lo que debía hacer, indicándole el ilustre prelado la conveniencia de que sin pérdida de tiempo visitara al Abad del monasterio que mandó construir Carlo Magno, é inmediatamente, dirigiéndose á la mencionada casa de oración, con tan buena estrella, que al llegar á la puerta de la misma hallaron al pueblo congregado en ella lleno de júbilo, por el parlamento que les estaba haciendo un monje de la comunidad, dando cuenta del milagroso hallazgo de la desaparecida imagen, la que había sido hallada al fondo de una gruta tapiada, la misma que veneró Carlo Magno, según constaba en un pergamino hallado á los pies de la imagen, en el que se leía también que los moros volvieron á España tan pronto Carlo Magno marchó á Francia.

Ante tan pintoresco suceso, dió Wifredo por descifrado el sueño, dirigiendo-



Fachada del Monasterio de Santa María de Ripoll

(1) Llamado por los árabes Karilah.



CARLO MAGNO

Magno por el conde Wifredo, haciendo éste edificar un maravilloso cenobio, al que denominó Santa María de Ripoll, emplazándolo en la propia casa de oración que moraba el Abad y sus virtuosos compañeros, el que fué consagrado por el propio obispo Godmaro en el año 888, estando presentes en tan brillante ceremonia, además de la familia del conde, multitud de prelados, religiosos y caballeros. En este acto dice la tradición vistió el hábito monacal el primogénito del conde Rodulfo (1). Entregó el conde al Abad numerosas rentas y un buen patrimonio para la comunidad, compuesto de villas, iglesias, tierras, alodios, etc., riqueza que fué aumentando en atención á las numerosas donaciones de príncipes y en particular de los reyes de Francia, amén del favor que constantemente le prestaron los descendientes de Wifredo. Llegando á acumular tanta riqueza, que al siglo de su fundación había conquistado una sólida fama, al que acudían fieles de toda Cataluña á venerar á la Virgen, consiguiendo sus fervientes adoradores muchas gracias espirituales y frecuentes milagros, llegando á considerarse como el monasterio Benito más rico de la provincia tarraconense, del que sólo la mesa abacial tenía de renta tres mil escudos.



WIFREDO I «EL VELLOSO»

se á la gruta. En rústico altar hallábase la Virgen. La estaban adorando los Padres de aquella comunidad. Reconocida por el conde y por creer que aquel era el monasterio que debía engrandecer, llenóse de satisfacción y solamente preocupóse de cumplir la promesa de consagrar á la Virgen algo que tuviese en grata estima; cuando en estas, apareció por la puerta de la gruta su hijo mayor Rodulfo, atraído por el milagroso hallazgo, y sin titubear ofreciósele con la mayor resignación y religiosidad...

Cumplióse fielmente los deseos de Carlo

Terminada la leyenda, correspondería, para hacer más completa esta crónica, narrar, aunque fuera de una manera sucinta, la historia del antiguo Santuario ripollés, erigido en la confluencia del Ter y del Fraser; describir la gran riqueza artística y arquitectónica que atesora, á pesar de las grandes mutilaciones de que ha sido objeto; detallar su maravillosa fachada, su atrayente claustro, con sus amplias y dilatadas naves, que embellecen multitud de vistosos arcos, con afiligranados capiteles, en los que

(1) Aunque la tradición hace pasar como históricos episodios que sólo se deben á la fantasía popular, la historia afirma que Rodulfo no fué jamás Abad, ni monje de Santa María de Ripoll, y sí únicamente bienhechor del mismo.

hay labrados animales fantásticos, follajes y figuras de personas. Pero omitimos hablar de todo ello, por ser trabajo arduo y harto repetido en otros números de esta revista, contentándonos con patentizar que este monumento evoca el primoroso arte á través de los siglos en que fué construido y de cuya belleza dan fe las estampas que acompañamos del Monasterio de Ripoll, llamado la Covadonga catalana.

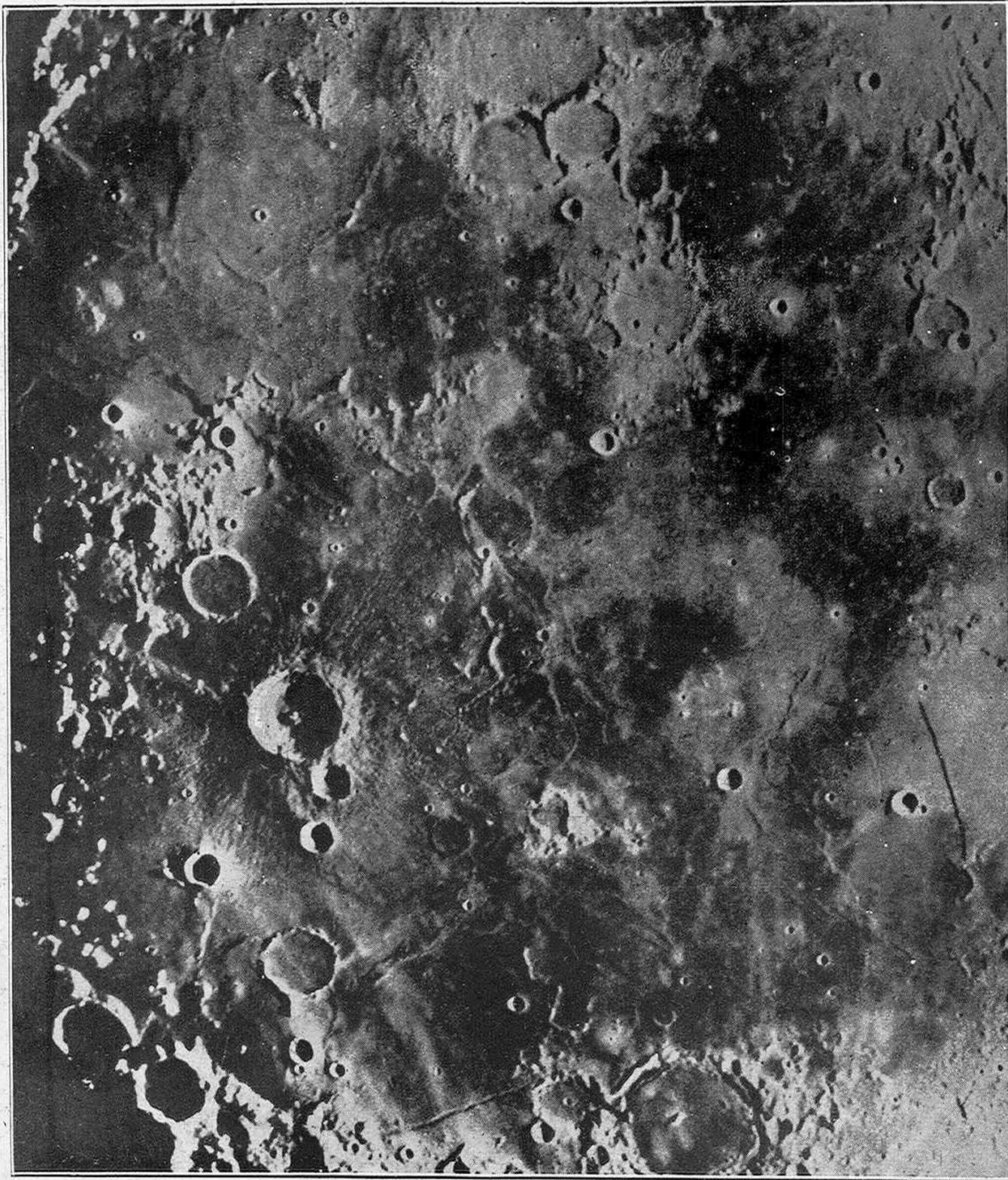
PEDRO CANO BARRANCO

(De la National Geographic Society de Vashington)

(Fots. del autor)



Magnífica galería del claustro de Santa María de Ripoll



Región de la Luna, llamada «El Mar de las Nubes», inmenso desierto devastado y sumergido por algún gran cataclismo

FANTASIAS Y REALIDADES CIENTIFICAS

¿ES POSIBLE UN VIAJE A LA LUNA?

UN sabio ingeniero francés, luego de estudiar á fondo las posibilidades mecánicas del avión-cohete, recientemente ensayado con éxito, ha afirmado que es por completo realizable la fantasía verniana del viaje á la Luna. Enviar á nuestro satélite una Comisión científica en un aparato construido sobre el mismo principio del cohete que, como es sabido, asciende por el impulso que le comunica una serie de deflagraciones sucesivas de explosivo, es tan posible, al menos dentro del terreno teórico, como situarla en el más inexplorado de los lugares de nuestro planeta. A juicio del referido ingeniero, la única dificultad á vencer sería hallar el dinero necesario para construir el proyectil ó el avión-cohete que transportase á los visitantes de la pálida Selene. La suma calculada por este hombre de ciencia asciende, en efecto, á unos 56 millones de francos, importe aproximado

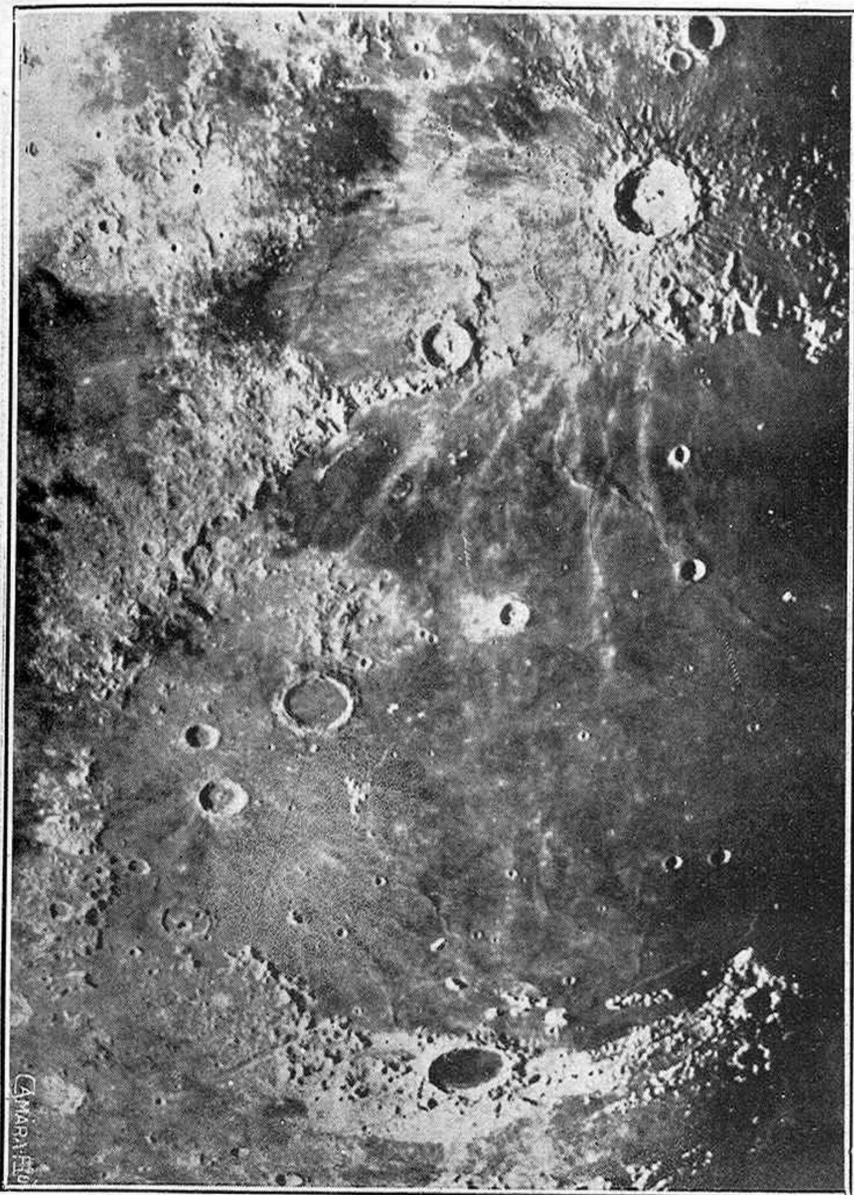
del aparato volador y de los aprovisionamientos y equipo de los exploradores.

Dando por supuesto que surgiera un potentado yanqui, amigo del reclamo, dispuesto á anunciar hasta en los mundos extraterrestres los productos de su *trust* petrolífero ó metalúrgico, y que á ese objeto sufragase los gastos de la expedición; que se lograra construir el vehículo maravilloso; que éste no se incendiase y diera un estallido antes de franquear la capa atmosférica, y que, por último, salvada la distancia que nos separa del astro misterioso, pusieran los expedicionarios en él la planta, sanos y salvos—todo lo cual es mucho suponer—, veamos ahora las posibilidades de éxito y aun simplemente de vida que se ofrecerían á los denodados campeones de la ciencia que se lanzasen á la conquista de nuestro viejo y pequeño satélite.

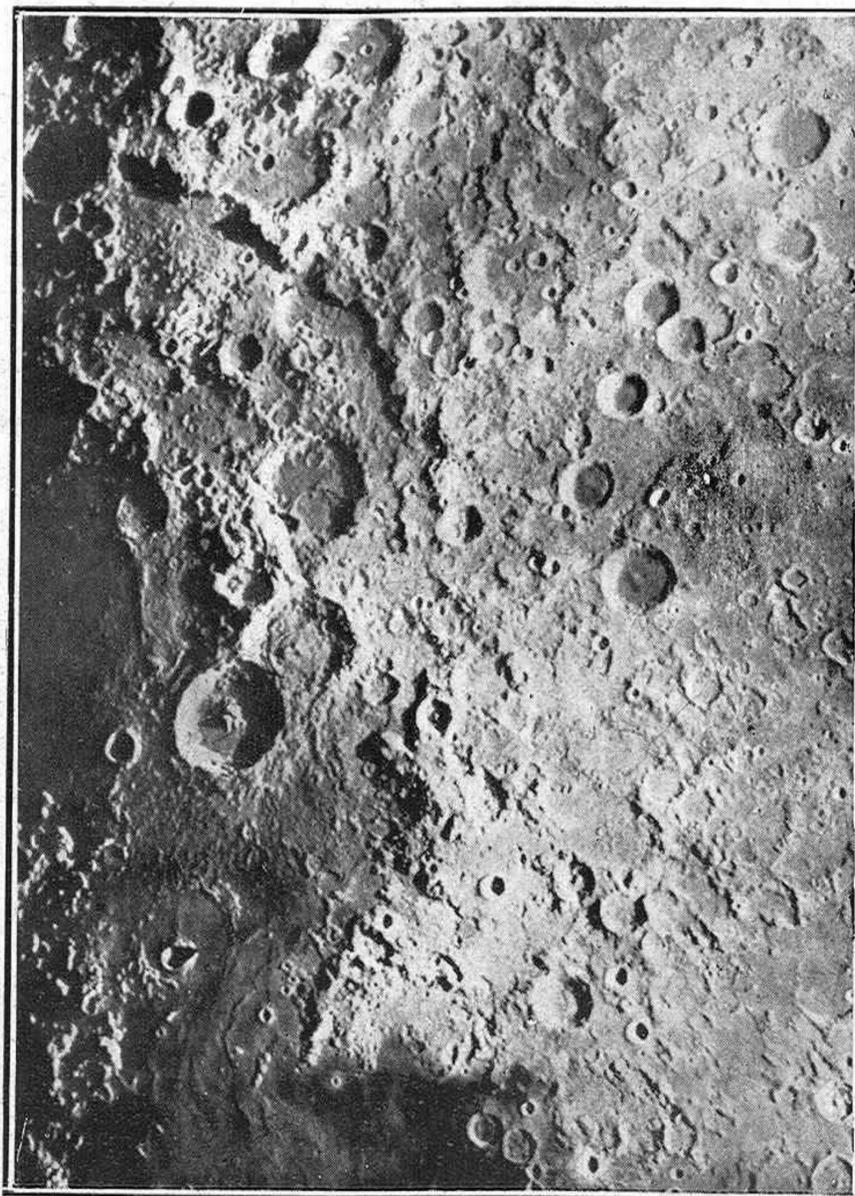
Para ello reproduciremos lo que acerca del

mismo expone en *L'Illustration* el sabio astrónomo del Observatorio de Yerkes, Mr. Ritchey, como resumen de sus más recientes estudios de selenografía:

«El volumen del mundo lunar no es sino una cincuentésima parte del de la Tierra; pero como la densidad de la materia que lo constituye no llega á las tres quintas partes aproximadamente de la de nuestro Globo, la masa, ó el peso, de la Luna es cerca de ochenta veces menor que la de la Tierra. En virtud de esa menor masa y de la pequeñez de la Luna, la fuerza de gravitación en su superficie es seis veces más débil que en la Tierra. Así, un hombre que aquí pese 70 kilogramos, pesaría apenas 12 en la Luna. Otra consecuencia: una presión eruptiva, como la de un volcán, haría brotar en la Luna un volumen de lava más considerable que en la Tierra, y formaría un circo volcánico de dimensiones en



Vista parcial del llamado «Mar de las Lluvias». En la parte inferior, el inmenso «Círculo de Platón»



La región de la Luna más rica en circos y cráteres. En el ángulo superior, la cadena montañosa de Altai

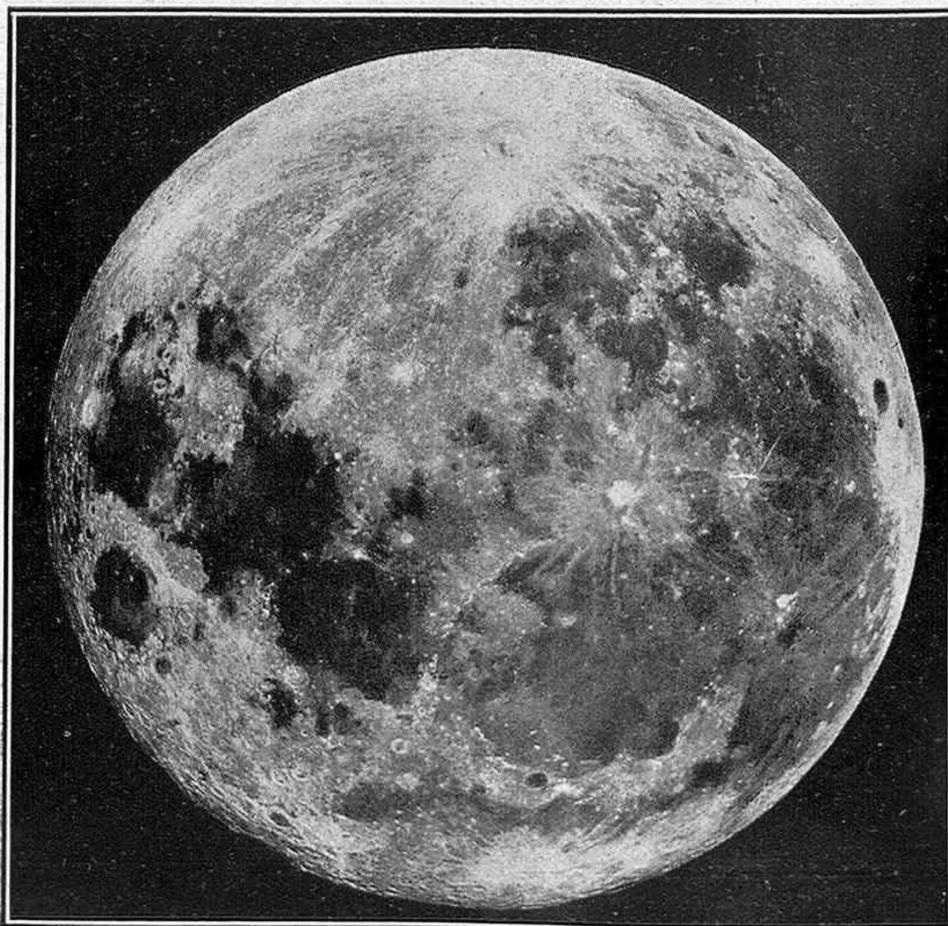
extremo superiores. Esta escasa fuerza de la gravitación en el astro de la noche parece ser la causa inicial de su desolación, de la falta de aire respirable y de agua, de vegetación y de vida en su superficie. Encontramos allí condiciones tan radicalmente diferentes de las que existen en la Tierra, que no es difícil concebir los resultados. Intentémoslo, sin embargo. En primer lugar, en la Luna no hay vientos, no hay nubes, no hay lluvias. Ni allí pueden encontrarse, por tanto, ríos, ni lagos, ni océanos. Sobre eso, la falta de atmósfera suprime toda protección contra la formidable radiación calorífica del Sol durante el día lunar, catorce veces más largo que el nuestro, ó durante la noche contra el frío del espacio, incomparablemente mayor que el del más riguroso de los inviernos siberianos.

«Esta ausencia de aire y de agua hace que la superficie de la Luna no se halle sometida á otras fuerzas de desagregación que las del bombardeo meteórico y las de dilatación y contracción producidas por las enormes diferencias de temperatura entre el día y la noche lunares. Las fuerzas poderosas que modifican continuamente el suelo terrestre, ó sean la erosión acuosa y eólica, la acción glaciaria y el incesante batir de las olas en las costas, se hallan ausentes en nuestro satélite. Cuantos geólogos han estudiado á fondo estas cuestiones estiman que los detalles del suelo lunar, tales como hoy aparecen, han debido producirse en gran

parte por la acción de fuerzas eruptivas surgidas del interior en la época lejana en que la Luna pasaba del estado líquido á los estados plástico y sólido. Ahora bien: como la masa de la Luna es muy pequeña en relación

con la de la Tierra, esa etapa de la evolución lunar debió terminarse durante el período en que nuestro planeta no era aún sino un globo de roca en fusión. Si los cálculos de los geólogos son exactos, aunque no pasen de aproximados, existen grandes probabilidades de que los principales detalles de la superficie lunar hayan presentado el mismo aspecto durante centenas de millones de años. Como quiera que sea, la Luna nos ofrece hoy el ejemplo más impresionante y melancólico de un mundo llegado á la fase final de su evolución astral, á la decrepitud y muerte. Tal como se halla, absorberá un día los últimos rayos del Sol en su agonía.»

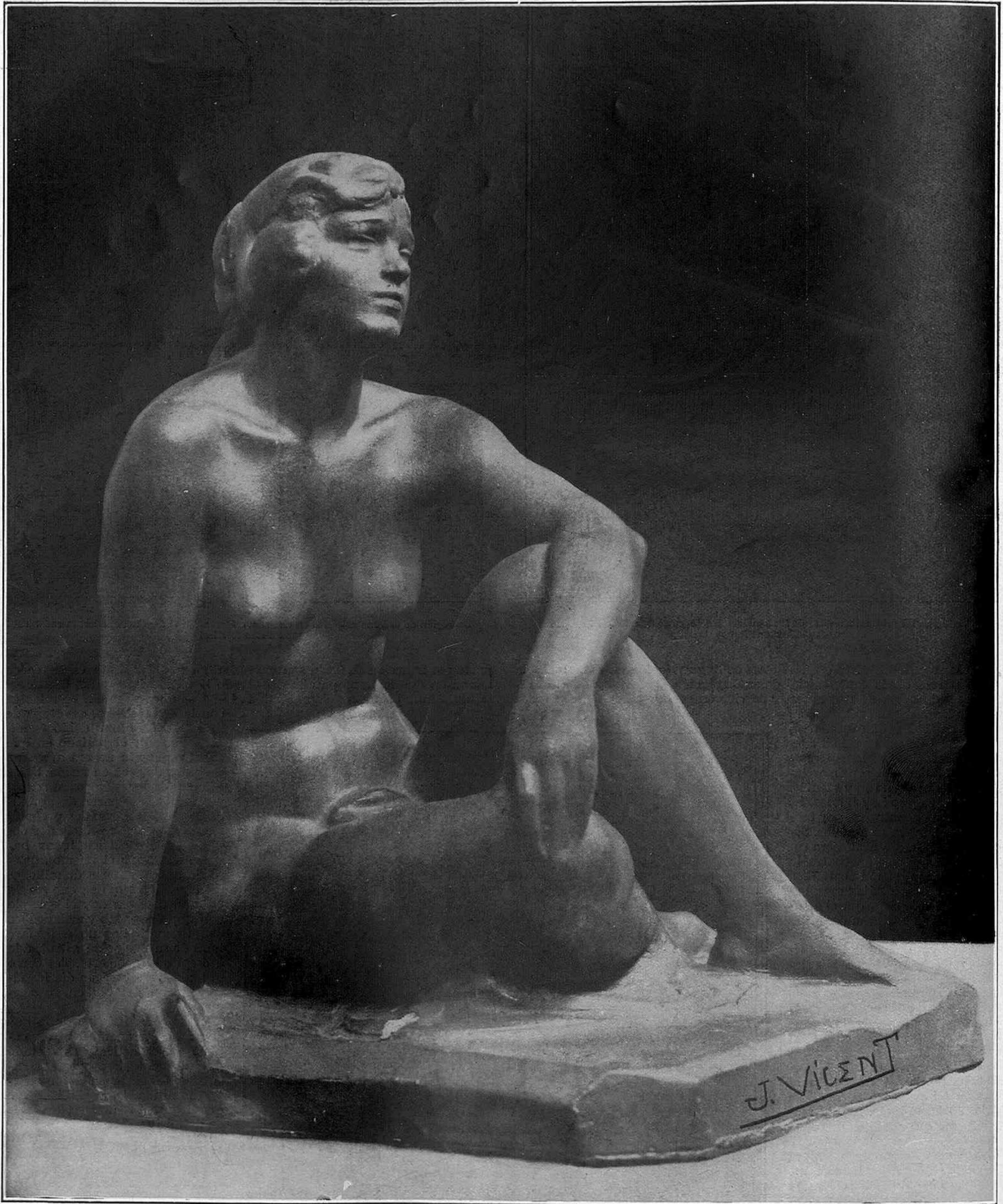
Como podrá inferirse de lo que el ilustre astrónomo Ritchey expone en el artículo extractado anteriormente, la proyectada excursión á Selene en avión-cohete, admitida la posibilidad de que llegara á realizarse, no sería en definitiva sino una inútil locura científica, en cuanto nuestro satélite no ofrece ninguna condición de vida para los humanos, quienes por muy mal que lo pasen aquí abajo, aún habrían de pasarlo peor en el mundo selenita. Y para eso no vale la pena lanzarse á los espacios.



Una bella fotografía da la Luna, obtenida, como las anteriores, en el Observatorio de Yerkes, después del plenilunio

D. R.

LA ESCULTURA MODERNA



«Mi modelo», escultura en bronce original del ilustre artista Julio Vicent, expuesta en el Salón del Círculo de Bellas Artes
(Fot. Moreno)



Palacio Nacional en la capital de la República de El Salvador. Ante su fachada, las estatuas de los Reyes Católicos son patente de amor á España



GENERAL DON JOSE MARIA PERALTA
Ministro plenipotenciario de El Salvador, en Madrid

El Ministro Plenipotenciario de El Salvador en España, General don José María Peralta, antiguo alumno de la Academia General de Toledo y de la Academia de Ingenieros de Guadalajara, ha demostrado ser siempre un hispanista militante y un defensor entusiasta de nuestra hermosa lengua.

En su país ha desempeñado altos puestos políticos, como los de subsecretario de Fomento y ministro de la Guerra. En 1912, con motivo de su brillante y patriótica actuación en momentos difíciles para la tranquilidad de la República, un numeroso grupo de ciudadanos le obsequió con una espada de honor, la que fué fabricada por la extinguida casa Marabini, de Madrid, constituyendo una verdadera obra de arte.

Culto y ágil escritor, ha publicado varios libros, muy aplaudidos por la crítica americana y española, destacándose entre ellos «Burla Burlando», «Brochazos», y «Doctor Gonorréitigoreas». Últimamente ha dado á la estampa un interesantísimo folleto titulado «En defensa del Idioma», donde el estilo y la erudición del autor corren parejas con la noble intención y la oportunidad de la lucha que el general Peralta preconiza para defender el tesoro común que nos legaron nuestros antepasados.

A fines de Junio, en uso de licencia que le ha sido concedida por su Gobierno, el ministro de El Salvador embarcará en Burdeos, con destino á su país, donde permanecerá tres meses.

LA ESFERA en América

UNA REPÚBLICA MUY HISPANOAMERICANA EL SALVADOR

QUÍZAS no hay entre las Repúblicas de América, que lo son casi todas, ninguna que lleve con más propiedad el nombre de hispanoamericana que El Salvador, no sólo por su historia y por su lengua, sino mejor y más eficazmente aún por la compenetración perfecta de dos razas que han constituido por su cruce una de mestizos con caracteres propios, perfectamente característicos y suficiente para que pueda ser definida como raza verdadera y llevar ese nombre, tan grato para nuestros oídos, de hispanoamericana.

En ninguno de aquellos países se conserva con tanta pureza el idioma castellano, que es conservar el más íntimo amor á España, y ese amor le manifiestan constantemente los hombres más preclaros de aquella tierra velando por la pura integridad de ese lazo de unión, como el general don José María Peralta, actualmente ministro plenipotenciario de El Salvador en Madrid, en un folleto muy recientemente publicado y que lleva por rótulo *En defensa del idioma*.

Entre El Salvador y España pueden, por esas circunstancias tan favorables, ser más íntimas y cordiales las relaciones que los prohombres políticos de aquende y allende el mar logren establecer. Las estatuas de los Reyes Católicos, principalísimo ornato del Palacio Nacional en la capital de la República salvadoreña, son como un símbolo excelso de amor filial hondamente sentido y que tiene en nuestro país la más viva correspondencia.

Ningún interés, en cambio, ni de los elevados espirituales ni de los más bajos, pero vitalísimos también de orden material, puede oponerse á que esas relaciones íntimas sean mantenidas y acrecentadas constantemente: Si algo puede extrañarnos es, precisamente, que hasta ahora las relaciones comerciales de intercambio de productos entre El Salvador y España no hayan tenido mayor actividad ni ma-

yor volumen. España, en efecto, ocupa uno de los últimos lugares entre los países importadores en El Salvador, y los productos salvadoreños tampoco vienen preferentemente á puertos españoles como último destino, aunque á veces lleguen á nuestros mercados á través de otros países que los reexportan en beneficio propio y con daño evidente para El Salvador y España.

Es necesario, pues, y no lo creemos imposible, que la intimidad de las relaciones mercantiles hispanosalvadoreñas correspondan á la cordialidad de relaciones espirituales, y todos tenemos obligación de coadyuvar formando el ambiente apropiado á que así sea.

La presidencia del doctor don Pío Romero Bosque, de nombres tan castizamente hispanos, ha sido muy fecunda para la República, porque el ilustre hombre público, perfecta y sólidamente impregnado de civismo, ha inspirado constantemente su labor en los más nobles ideales de libertad y democracia, no sólo por sentirlo, sino porque son las esencias fundamentales del espíritu salvadoreño: es El Salvador tierra apropiada para que en ella florezcan con toda intensidad todas las virtudes cívicas, y el doctor Pío Romero es muy exacta representación simbólica de aquel país, que merece, por múltiples razones, ser predilectamente amado por los hijos de España.



DOCTOR DON PIO ROMERO BOSQUE
Ilustre jurisconsulto, presidente actual de El Salvador

El doctor don Pío Romero Bosque, actual presidente de El Salvador en el periodo que terminará el 1.º de Marzo de 1931, llegó al Poder por el voto casi unánime de sus conciudadanos.

Hombre de leyes, de honradez acrisolada y altas miras democráticas, ha probado, con hechos irrefutables, que un gobernante puede, cuando le animan buenos propósitos y posee un claro talento, corregir los vicios y abusos de regimenes anteriores, y establecer en su país la libertad y el civismo de una verdadera República.

El Salvador, que actualmente se prepara á la lucha eleccionaria para elegir al sucesor del doctor Romero Bosque, aplaude la conducta ecuaníme del gobernante patriota que respeta y hace respetar las leyes, á fin de que, en elecciones completamente libres y garantizadas, el pueblo haga triunfar en las urnas electorales al candidato escogido por la voluntad nacional.

Su reciente mensaje al Congreso es una hermosa página de civismo, que perdurará en la historia política de aquel hermano país, tan celoso de su independencia y enamorado de la libertad.

Elegancias



Dos lindos vestidos para mañana ó viaje, en lanilla inglesa

EL peinado moderno, al igual que las *toilettes* de la noche, va derivando hacia el más puro clasicismo. Una mujer peinada con un *mis en plus* suave y con la frente y las mejillas orladas de cabellos anillados nos da la sensación de esas esculturas clásicas que tantas veces hemos contemplado en los Museos.

La idea es favorecedora para casi todas las mujeres, principalmente para la que posee un rostro ovalado de facciones angulosas.

Sobre este mismo estilo hay diversidad de tendencias: hay damas que peinan sus cabellos hacia atrás y adornan la frente con menudos caracolillos; otras llevan raya á un lado



Toca en paja azul y blanca, con cinta de «gros-grain»

(Modelo Charlier)



Vestido de noche en «satin» blanco, guarnecido de galón perlé

(Modelo Chéruit.—Fots. Hugelmann)



Vestidos de lana inglesa, el segundo con un abrigo del mismo tejido

y orlan la oreja graciosamente con unos rizos; también las hay que llevan el pelo en «bandó», y en el centro un gracioso anillado.

Generalmente, para la noche se lleva un moño postizo, porque con los vestidos de línea clásica las nuca rapadas hacen un efecto detestable. Como la práctica del deporte, ó simplemente la actividad en que la mujer moderna se desenvuelve durante el día, exige que adoptemos la melena cómoda, y nada lo es tanto como la peinada á lo *garçon*, los peluqueros compaginan una y otra necesidad lanzando unos postizos perfectos, que se colocan sencillamente y que favorecen mucho. La colocación de estos



Toca de encaje de paja en forma de turbante

(Modelo Liane)



Capelina de crin roja, guarnecida de cinta de seda
(Modelo Robert)



Toca de «picot» negra, con un pequeño lazo detrás
(Modelo Germaine Page)

(Fots. Hugelmann)

moños se hace según el gusto personal y las facciones de cada mujer; á unas les va mejor á la romana, mientras que á otras les favorece en extremo colocado muy bajo, casi descansando en la nuca.

Se hacen postizos en forma de rulo, de trenzado de dos y tres cabos, de tirabuzones en sentido horizontal y de menudo anillado.

Para el día ha de procurarse que la nuca quede libre de toda traba; melena cortada á lo *garçon*, peinado cómodo que se deshace y vuelve hacerse en un momento.

La ondulación permanente tiene la ventaja de que se puede cuidar al agua, lo que permite un peinado «personal»; de este modo cada mujer da á su cabeza un sello inconfundi-



Vestido de «crêpe» de China, estampado en azul y blanco

Vestido de «crêpe georgette», estampado, con cuello de organdi

Vestido de «crêpe» romano blanco, con abrigo de «kasha» azul marino

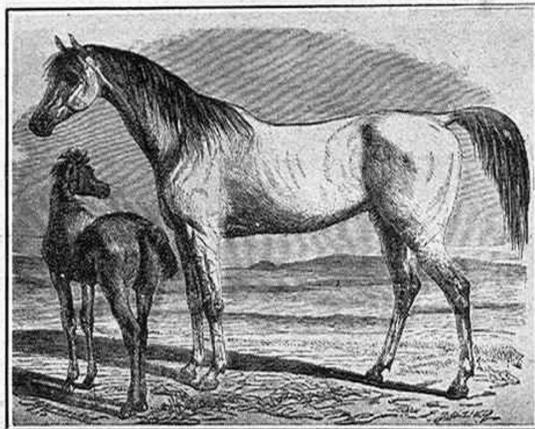
ble. Las cabelleras anilladas son muy bonitas, pero de difícil cuidado; únicamente teniendo el pelo rizado natural se puede recomendar este corte de melena. Desde luego rejuvenece, casi infantiliza, y por eso son muchas sus partidarias.

Aún hay algunas adeptas al corte de pelo á lo «chico», sobre todo las que no gustan del pelo rizado ni al fuego ni al agua y piensan veranear á orillas del mar. Este estilo de peinado es cómodo como ningún otro; pero se requieren varias cosas para poder desafiar con él á la opinión: juventud, belleza y un *chic* que no todas las mujeres pueden poseer.

ANGELITA NARDI

Primores del mundo orgánico

Comensales permanentes

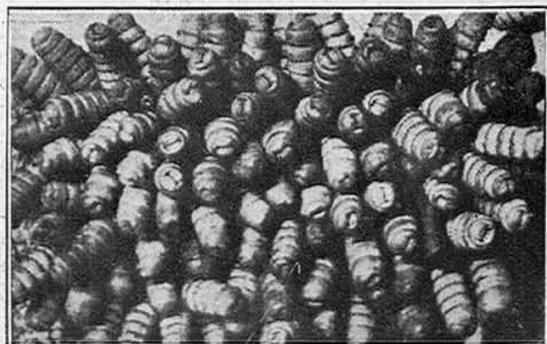


Los nobles huéspedes en cuyo estómago se desarrollan las larvas

No dudo de que las cosas con que voy á entreteneros os parecerán consejas; mas habéis de saber que no hay cuentos tan interesantes como las historias de los seres vivientes, las historias curiosísimas de los animales y de las plantas; ni fenómenos que produzcan más lindas emociones que los cuadros y movimientos con que la naturaleza aprisiona nuestra atención y alimenta nuestra inquietud. Estas historias suelen ser melancólicas endechas ó madrigales de amor, soplos trágicos de la envidia ó del egoísmo, chispazos de la holganza ó regocijados sainetes de la vanidad. Son historias semejantes á las de los hombres; porque, ¿quién puede negar que las vibraciones y las deformidades de la vida son análogas, cuando no iguales, en todos los rinconcitos y repliegues del Universo? El egoísmo, instintivo ó consciente, tiene un área tan extensa, que dentro de sus aldeaños se consumen todos los seres de la creación.

Hoy descaba deciros algo sobre la vida de unos animalillos que tienen su bien provista despensa en el interior del cuerpo de otros animales. Son muchos, casi sin cuento, estos bravos haraganes y pordioseros de la fauna, como son incontables los hombres que no viven sino poniendo á contribución, en beneficio propio, la riqueza ó el esfuerzo de sus semejantes. Los parásitos humanos andan alrededor de sus víctimas amenazándolas constantemente con el afán de satisfacer sus apetitos; los parásitos animales, ó se adhieren al cuerpo de algún huésped para tomar parte en el festín á que los incitan sus jugos nutritivos y su propia carne, ó esclavizan á la víctima, dominados por un instinto «industrial» prodigioso; es decir, que disponen de prisioneros y esclavos á los cuales explotan como nosotros nos aprovechamos de algunos animales domésticos.

Un caso de parasitismo de los más curiosos es el de la mosca gris de las caballerías, mosca cuya larva se llama *estro* ó *vezno*, y cuyo nombre científico es *Gastróphilus intestinalis*. Gastrófilo sig-

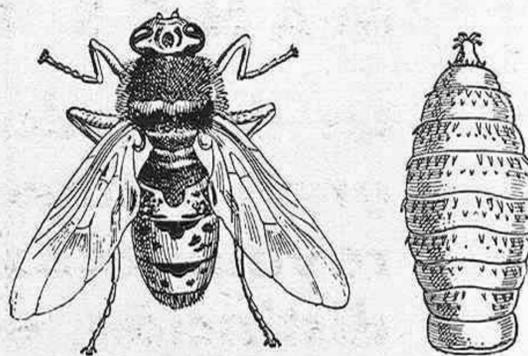


Larvas del vezno ó mosca gris adheridas en la mucosa gástrica del caballo (de youain)

nifica «amigo del estómago», y, efectivamente, las larvas de estos curiosos insectos se desarrollan adheridas á la mucosa gástrica del caballo. No tengo para qué deciros que debéis guardaros de las moscas, particularmente de la especie común ó mosca doméstica, cuyas larvas son frecuentes en las substancias orgánicas en descomposición. Debierais pensar con mayor interés en la destrucción de ese terrible enemigo del género humano, no sólo por la tenacidad desesperante con que nos agobia, sino porque á menudo acarrea en sus patas ó en su trompa los gérmenes morbosos que nos pueden conducir en derechura á la muerte: en la mosca debéis ver siempre un posible mensajero ó conductor de la tisis, del tifus, del cólera. Mientras podáis, no dejéis vivir una mosca en vuestros hogares.

La mosca gris de las caballerías es de tamaño mayor que el de la mosca ordinaria; tiene el cuerpo vellososo, de color ceniciento; las antenas cortas y solamente dos alas. Los insectos que tienen dos alas se llaman *dipteros*, como las moscas y los mosquitos; las moscas, además, por tener cortas las antenas (cuernos), se llaman *braquiceros*.

La mosca del caballo (*Gastróphilus equi*) es curiosísima por su forma particular de desarrollo. La hembra adulta revotea constantemente, al aire libre, alrededor del caballo, del mulo y del asno. De pronto, como si estuviera cansada, se detiene un momento á reposar sobre una



El vezno ó mosca gris del caballo, «*Gastróphilus equi*», «*Gastróphilus intestinalis*» y su larva

pata delantera ó sobre el pecho de la caballería, en un punto en donde ésta pueda lamerse con desembarazo: la justeza y precisión con que la mosca elige el lugar de parada es uno de tantos primores maravillosos del instinto. Porque este alto en el vuelo no lo origina el cansancio, sino la apremiante necesidad de la puesta: es la hora del alumbramiento, y la mosca pone un huevecillo sobre el pelo del solípedo. Cumplido este imperioso mandato de la reproducción, el insecto vuelve á sus vertiginosas danzas aéreas, giros y revuelos. Y el mandato se repite, y la madre, obediente, pone otro huevecito al lado del primero, y otro, y otro...

La caballería parece someterse también á una orden providencial ineludible: súbitamente arquee el cuello, acerca la boca al ponadero mosqui! y se lame. Con la lengua se lleva los huevecillos, cincuenta, ochenta, un centenar; luego los engulle, y ya tenéis los productos ovulares instalados en el magnífico palacio gástrico del «noble bruto». Las larvas, en cuanto salen, se aferran con sus mandíbulas á las paredes de la amplia habitación que les ha depurado la Providencia; y allí, sujetas como clavos, á modo de sanguijuelas, se nutren de sangre hasta el momento en que, próximas á convertirse en ninfas, dejan la mucosa hospitalaria y se abandonan á la natural circulación de las substancias alimenticias y de los detritos intestinales del bruto. Así, después de una plá-

cida expedición y un banquete de doce á quince meses, las larvas salen del cuerpo de su huésped por la extremidad del aparato digestivo precisamente opuesta al punto por donde entraron los huevos.

Al salir al exterior, la piel de la larva se endurece y forma una especie de cascarón, dentro del cual se desenvuelve la ninfa, y ésta se transforma en insecto.

Pocas semanas después (cuatro ó cinco) el díptero perfecto sale de la «concha» y busca á su pareja del otro sexo, con lo cual empieza una brevísima existencia de amor, de feliz acoplamiento y de renovación de vuelos y puesta de huevecillos sobre la piel del futuro huésped. El ciclo se repite. La siguiente generación de larvas sucede á la anterior en el tibio y generoso albergue de nuestro noble amigo el caballo.

PELAYO VIZUETE

El «record» del salto de altura



El *parachutismo* ó paracaidismo contaba ya entre sus más valientes campeones norteamericanos al capitán de ingenieros Stephens, que hace ocho años se lanzó desde un aeroplano hallándose éste á 5.000 metros de altura, y llegando felizmente á tierra. Este *record* intentó ahora batirlo el aviador californiano Bert White, considerado en su país como el *as* del peligroso salto de altura. Bert White, que sólo durante lo que va de año ha llevado á cabo con entero éxito más de un centenar de descensos en paracaídas, se propone elevarse en su avión á 9.000 metros y dejarse caer desde esa altura enorme. Este sensacional *parachute jump*, que, de no estrellarse el auronauta, será la mayor proeza en su género intentada hasta ahora, tendrá por lugar de experimentación el desierto de Mohave, en California, con objeto de evitar la posibilidad de hacer el descenso en el mar. El equipo del paracaidista es bastante complicado y voluminoso, según puede verse en la ilustración adjunta. Comprende, en efecto, además del paracaídas, una caja de oxígeno, careta protectora contra el frío y el enrarecimiento de la atmósfera, barógrafo registrador (sellado por las autoridades aeronáuticas de los EE. UU.) y cajas con provisiones para tres días de marcha por el desierto, más un fusil y un cuchillo, previsto el caso de un ataque por los indios.

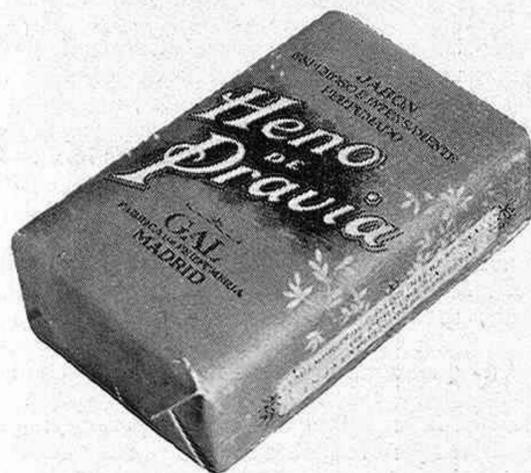


MANOS QUE VIVEN

La delicada elegancia de unas manos bien cuidadas, reveladoras de pulcritud y distinción, es prenda segura de quien usa con método y asiduidad el Jabón Heno de Pravia.

La pureza y finura de su espuma hacen que los poros queden libres, que la piel transpire y viva. Deja en el cutis suavidad y belleza, y ese grato perfume inconfundible, que es su calidad característica.

PASTILLA **1,25**



PERFUMERÍA
GAL
MADRID
BUENOS-AIRES
LONDON
NEW-YORK

**JABÓN HENO
DE PRAVIA**

ACTUALIDAD FEMENINA

La intranquilidad espiritual de la mujer en todas las latitudes

La mujer, á quien tantas veces y con todas las músicas, antes y después de Verdi, se acusó de inquieta y mudable, cual «piuma al viento», podría, lejos de llorarlas como un pecado, envanecerse de esas mudanzas que indican sólo una enorme avidez espiritual.

El espíritu femenino es, indudablemente, como el espíritu del niño, sin el cual no sería posible el del hombre, como un mundo en formación. Necesita constantemente impresiones nuevas y le fatigan pronto las que perdieron, por gastadas, su fuerza activa.



Las chinas comienzan á adoptar, en un curioso retorno, las costumbres occidentales, y algunas fuman ya como europeas



La bellísima «estrella» cineasta Daisy d'Ora, baronesa Daisy de Freyberg en el mundo, que ha sido víctima de un accidente casi mortal de alpinismo



La última moda de sombrillas quiere que las señoras vayan cubiertas por amplias dalias de seda roja con centro amarillo

La versatilidad de la moda no revela otra cosa. La mujer no encontrará jamás su forma definitiva, aunque la busque constantemente y con empeño decidido, al que se mezcla, además, para acrecentarle, el interés de los modistos, porque ninguna forma le parecerá perfecta más de cuatro ó cinco semanas; pero, ¿á quién debemos culpar de ello?

Una comparación muy exacta, si para hacerla justa interpretamos los hechos físicos tal como son y no como parecen, nos da la respuesta: el culpable de la versatilidad femenina es el hombre, más mudable y antojadizo de lo que parece, y á cuyo afán de novedad obedece la mujer procurando variar constantemente.

Es el caso de la veleta, á la que se acusa también de voluble, hasta el punto de tomarla como prototipo de volubilidad, cuando lo es de todo lo contrario: la veleta, en efecto, no hace sino dejarse llevar, con una constancia y una fidelidad á prueba de engaños, por el viento mudable.

Es, pues, el viento, como el hombre, el que cambia y hace mudar á la veleta, como el hombre á la mujer.

También la mujer tiene una constancia indiscutible, en su afán perseverante y fiel de agradar, y eso es lo que, en todos los climas y en todas las latitudes (menos favorecida por la Naturaleza que otras especies zoológicas, á que se lo dá todo hecho), busca afanosamente atractivos, y entre ellos, como el principal, la novedad: una china, que fuma displicentemente, como la más *boulevardier* de las peripatéticas de Montparnasse; una inglesa, que se libra de los rayos del sol mediante una enorme dalia de seda roja, ó una linda *star* cinematográfica que está á punto de perecer en un accidente de alpinismo. Parecen movidas por anhelos muy diferentes; en el fondo, obedecen á un mismo móvil: el deseo altruista de agradar.